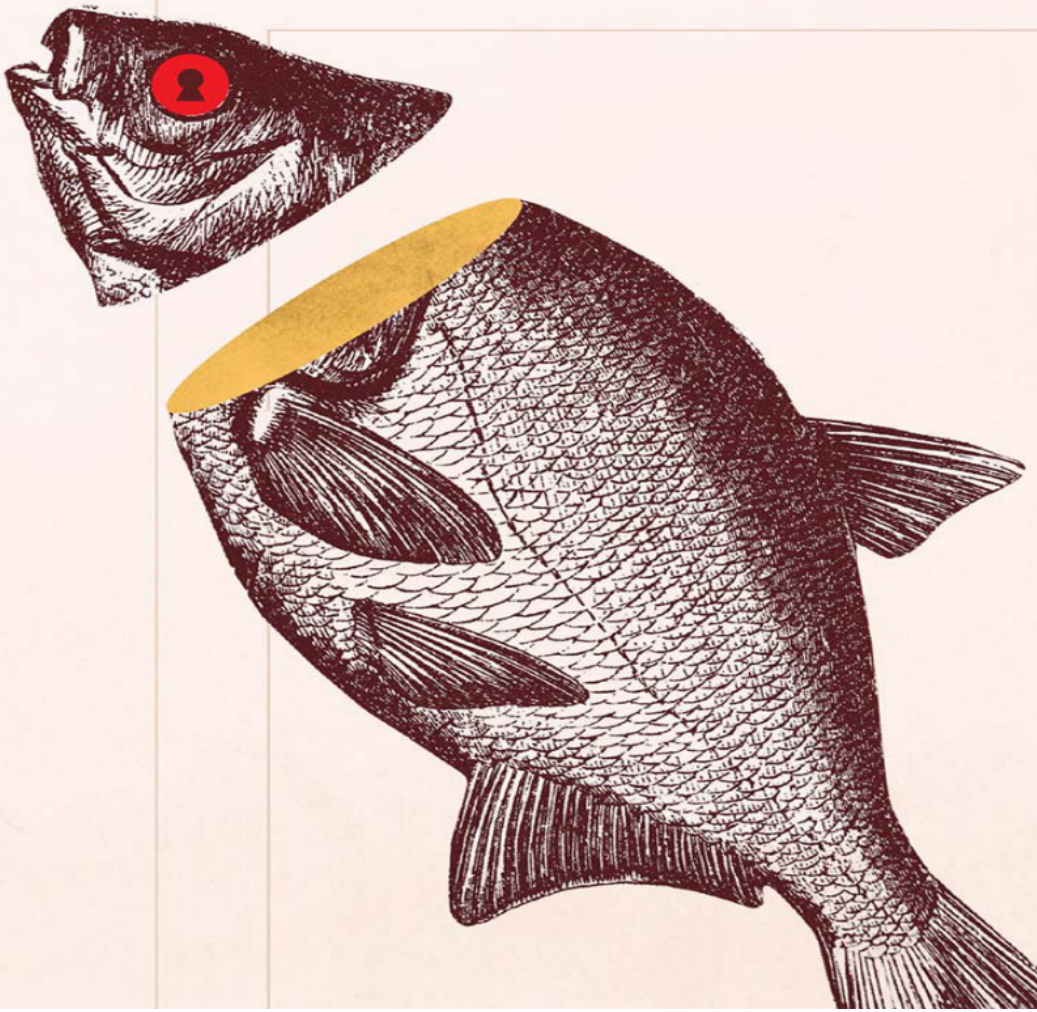
ALFAGUARA

Maruan Soto Antaki

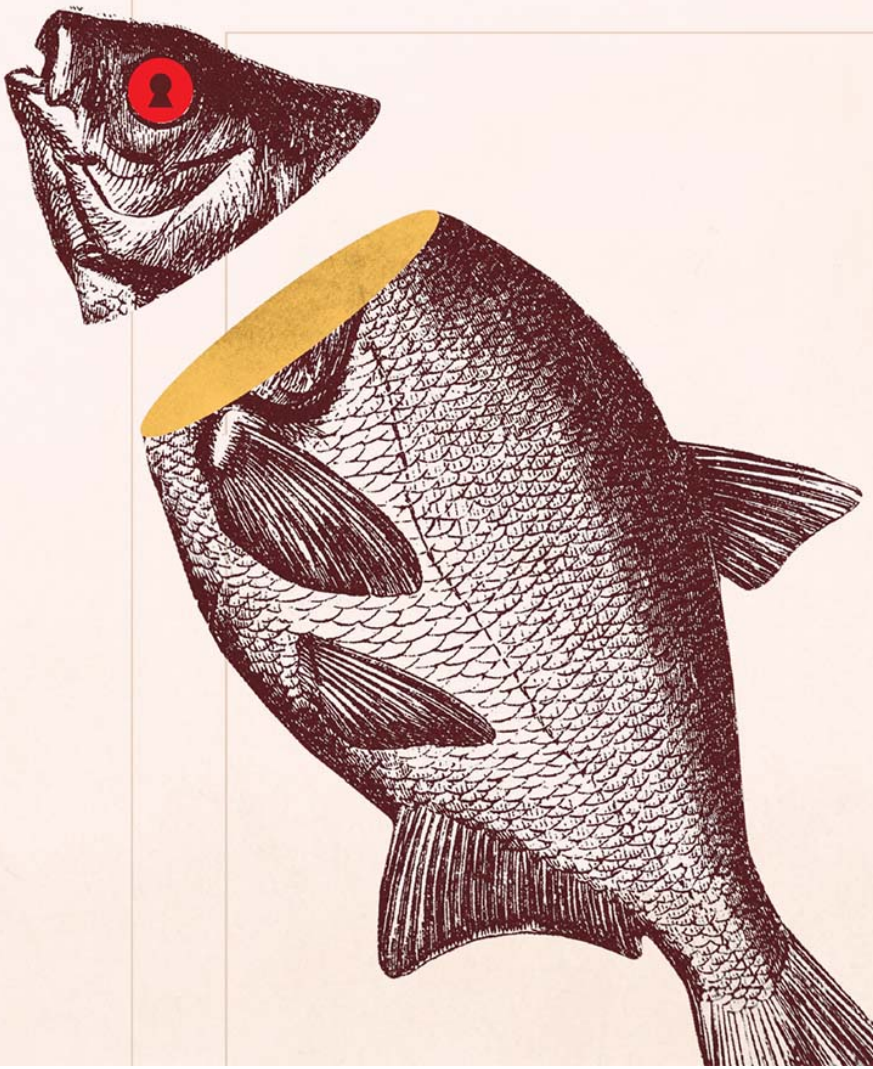
La carta del verdugo



ALFAGUARA

Maruan Soto Antaki

La carta del verdugo



ALFAGUARA

La carta del verdugo

Maruan Soto Antaki

Índice

Portadilla
Índice
Cita

La carta del verdugo
Agradecimientos

Créditos
Grupo Santillana

El patíbulo no es solamente una máquina de muerte: es también el más antiguo y más obsceno símbolo de esa tendencia propia de la especie humana que la conduce a desear su propia destrucción moral.

ARTHUR KOESTLER,
Reflexiones sobre la horca

El hombre es capaz de hacer lo que es incapaz de imaginar. Su cabeza ara la galaxia de lo absurdo.

RENÉ CHAR,
Las hojas de Hipnos (a Albert Camus)

A los ochenta años uno envía pocos obsequios. La mayoría de tus amigos han dejado de serlo; varios descansan bajo tierra, los que quedan se están muriendo, y sólo si tienes nietos te dedicas un poco a encontrar la manera de hacer feliz a alguien. Aunque ahora se vive más y se le dice joven a uno de sesenta, la mayoría de tus sonrisas pertenecen a la memoria.

La mente de Bernard divagaba sobre su vejez. Arrastrando las suelas contra el tapete del piso, limpió sus zapatos y entró al departamento donde vivía, a unas calles de la estación del metro Châtelet. Llevaba diciéndose lo mismo desde hacía algún tiempo. El fatalismo de sus pensamientos provenía de la conciencia del fin, adquirida tras largas pláticas con Cloé, antes de que la bióloga regresara a México, cuando estaba en París y le enseñó todo lo que sabía sobre la evolución y la naturaleza. La razón como virtud; el recuerdo de los elefantes, que ella le mostró en libros, quienes al acabar sus días se dirigen a los cementerios donde descansan los restos de otros de su especie. Ellos saben cuándo es el momento de morir, de morir solos, no porque les falte con quién hacerlo, sino porque ya han resuelto sus cosas en este mundo. Y así, como desde los egipcios antiguos hay quienes al darse cuenta en lo más primitivo de sus organismos de que posiblemente no hay mañanas, así como los viejos compran en los panteones sus tumbas para decorarlas y elegir el lugar donde permanecerán, él llevaba esperando ese día desde hace más de una década. Esa semana daría un último regalo.

Bernard vivía en un departamento de una sola recámara, pequeño al punto en que cocina y comedor eran lo mismo. Las paredes blancas tenían uno que otro cuadro, fotografías y dibujos, regalos de las mujeres con quienes había compartido su vida y la mesa junto a la ventana, enmarcada por las tuberías atravesando el techo desde los pisos de arriba. Por ellas viajaba el sistema de gas instalado junto a los radiadores de la calefacción central, demasiado cerca de la estufa y los ductos de agua provenientes de baños y fregaderos de los demás departamentos. Pese al ruido que hacían, las tuberías no le molestaban, sabía que todos los pisos en esa ala del edificio, apuntando al norte de la ciudad, compartían la misma decoración. Seis meses antes, el administrador había mandado pintar las cañerías de rojo brillante, para darles nuevos aires. Con esos brochazos de tintes llamativos, el barrio de su infancia y vejez se hacía partícipe de

las nuevas tendencias en diseño arquitectónico y entraba en la modernidad.

Pocas cosas eran nuevas en sus costumbres: sobre la mesa tenía una charola giratoria de madera, barnizada, con las especias que acompañaban todas sus comidas. También un vaso de cristal y una jarra con agua, la cual llenaba cada que el líquido descendía por debajo de la mitad. En la boulangerie de la esquina, el pan de la mañana llegaba la noche anterior, desde una central panificadora en los suburbios, y las mermeladas que ahora compraba eran procesadas, de distintas marcas. Cuando alguna estaba por terminarse, iba al Monoprix más cercano para comprar otra que jamás hubiese probado. Llevaba siete años con ese juego y aún no repetía ninguna. Francia había avanzado tanto desde su juventud, que era posible elegir entre más de quinientas mermeladas y jaleas para desayunar. Se consolaba pensando en los americanos, había leído en un artículo de *Le Nouvel Observateur* que, en Estados Unidos, podían desayunar un cereal diferente cada mañana por más de veinticuatro meses, y si se mezclaban con los distintos tipos de leche que ofrecían los anaqueles de sus supermercados, daban combinaciones suficientes para alimentar a un niño desde que aprendía a comer solo hasta que era adolescente.

Ese día algo más era distinto: había pasado toda la mañana en la sucursal Opera del Banco Nacional de París. Tomó el metro para llegar y, al salir de la estación, una pareja de turistas latinoamericanos le pidió, con pésimo acento, ayuda para tomarles una foto con las Galerías Lafayette de fondo. No les importó el mal pulso y la evidente falta de conocimiento de Bernard para manejar la sofisticada cámara digital, una Sony Alpha que guardaba sus vacaciones.

—Bouton, bouton, galerrgies. Pas operrggá.

Un click y devolvió el aparato; apenas esbozó una cortés sonrisa. Se limpió las manos con una toalla húmeda; las guardaba en su saco dentro de una bolsa plástica resellable. Aprovechando la escala, compró cien gramos de nougat en un puesto ambulante a un costado de la tienda departamental. Desde niño disfrutaba disolver el dulce en su boca y, hasta esa fecha, seguía sin tener la menor idea de qué era, pero lo trataba con inmenso placer, y sobre todo respeto, pues temía que en un descuido alguno de sus dientes quedara incrustado en la blanca y pegajosa sustancia, adornada con pistaches amenazando romperle los molares. Bernard parecía ya sólo tener un gran miedo en la vida: perder sus dientes; por eso los cuidaba hasta la obsesión y los cepillaba entre cinco y siete veces al día, lo que había ocasionado, en contra de sus intenciones, que estos perdieran parte de su esmalte y se hicieran frágiles, obligándolo a visitar a un dentista por lo menos tres veces al año. Con el último trozo de dulce bajo su lengua, entró por la

puerta del banco. Gracias a su edad y a las normas que dan preferencia a inválidos y personas mayores, no tuvo que hacer cola para acercarse a una ejecutiva de cuenta a quien veía cada tanto, desde que contrató una caja de seguridad doce años atrás.

Bernard visitaba a la empleada en la sucursal los días previos a navidades para regalarle una pequeña bolsa con galletas horneadas en su diminuta cocina. Las recibía siempre alegre. De saber que él era responsable de su gusto culposo, habría agradecido un poco más las totalmente ordinarias muestras de cortesía. Su preparación, un ejercicio de orden y malabares necesarios para acomodar charolas, batidora y recipientes para masa, junto a harinas y huevos que se rompían en un espacio de menos de tres metros cuadrados.

La ejecutiva del BNP lo conocía perfectamente e identificaba a varios metros de distancia, más por su característica mirada tierna y prominentes facciones que por sus fotos y breve presencia en las notas de los periódicos. Un escándalo de nota roja que, dándole algo de fama, removió su pasado. Le pidió su identificación según ordenaban los requerimientos del banco para entrar a la bóveda de la planta baja del edificio. Cuando la sonrisa de la mujer dio su visto bueno al rostro en la credencial de jubilado del sistema judicial francés, abrió con singular y poco medida discreción la gran puerta de metal con tres perillas de combinación, que lucía hermética detrás de una reja de barrotes al fondo del lugar, a un costado de las cajas para clientes.

Fingió, como todas las ocasiones en que se encontró ahí, no ver los números que la mujer acomodaba minuciosamente para botar los seguros de la puerta —55 izquierda, 42 derecha, 25 izquierda—, para dar acceso al cuarto donde cientos de cajones de metal escondían anónimamente cuanta cosa los clientes guardaran. Ese mismo anonimato y discreción que exigían todos los usuarios del BNP, lo pedía Bernard. Juntos, sincrónicos, giraron las llaves para botar la portezuela del cajón que le fue asignado. De él sacó una larga caja de aluminio, pintada de negro, con alguna ligera descarapelada por el tiempo. La llevó a un cuarto intermedio, ahí podría abrirla con total confidencialidad. Una sonrisa, más dos o tres palabras amables, sirvieron para aparentar tranquilidad y rutina, imprescindibles para que ella lo dejara solo. Como tantas otras veces lo había hecho, la ejecutiva señaló un timbre que él debía tocar cuando terminara de hacer lo que tuviera pendiente; entonces se volverían a abrir las puertas y finalizaría la operación.

El interior de la caja de seguridad guardaba dos cosas: su medalla al mérito, recuerdo olvidado de una vida al servicio de la República Francesa, y un caracol escondido a principios de los años dos mil. Aquel regalo que había guardado tantos años para Clóe. Cada visita tenía la única intención de admirarlo y esperar a ese día, cuando lo

sacaría para enviarlo, sabiendo que al recibirlo ella entendería.

Al regresar a su departamento, revisó cuánta suciedad habían dejado las suelas de sus zapatos en el tapete, movió la cabeza de lado a lado reprochando el polvo en el piso y colgó su saco de pana gris en un perchero de pared. De la bolsa interior derecha tomó la pequeña bolsa de terciopelo negro que había retirado de la bóveda de seguridad. La dejó sobre la mesa, entre la pimienta y el aceite de oliva. Por dos horas dio vueltas en cada habitación, revisando todos los cajones, asomándose bajo los muebles y por encima de ellos, buscando una caja de cartón que nunca encontró a pesar de que tenía su imagen clara en la cabeza; incluso recordaba su olor y textura. Una alacena escondía todo tipo de refractarios y otros artefactos. Agarró una navaja Opinel, con la punta de la cuchilla corva, de esas con las que se cortan uvas para elaborar vino.

Bernard guardaba lo mucho que cocinaba cada semana en recipientes perfectamente acomodados dentro de su refrigerador. Aunque sabía cocinar arriba del promedio y había vivido más tiempo solo que acompañado, tenía la constante falla de preparar alimentos más allá de lo que era capaz de comer. De un cajón levantó una tabla para cortar verduras: la usaba para no maltratar su mesa. Tomó un rollo de cinta adhesiva y, de la barra junto a la estufa, una caja de infusiones inglesas hecha con un cartón tan fino que parecía madera de modelar barcos y aviones de juguete. Retiró las bolsas y las arrojó a un lado, entre los platos que se estaban secando.

La edad lo había hecho torpe. Con la navaja rompió sin querer el empaque de los tés y tuvo que armarlo de vuelta para meter ahí el objeto que había llevado.

A final de los ochenta, Bernard vio en el cine una película en la que unos viejos japoneses iban a morir en pareja a un monte, como los elefantes de Cloé. Para él, enviar ese regalo representaba la misma partida, el dolor controlado, el nerviosismo que recuerda que aún se está vivo. Porque ese objeto tenía una historia: partía del fondo del mar y se debía al gobierno de Vichy, a los alemanes fascistas con los que se alió; al general De Gaulle, quien los expulsó del suelo francés y a un antiguo soldado oriental, convertido en empresario y lleno de crueldad. A un terrorista argelino condenado a muerte que salvó su vida, tan musulmán, bereber y comunista como culpable. A una mujer mexicana que debió haber nacido en Francia, donde él fue un verdugo autorizado a matar en favor de la ley, en nombre de la Quinta República.

Ya con la caja cerrada y su contenido resguardado, Bernard buscó una hoja de papel en blanco; no encontró ninguna suelta en su departamento. Lo metódico de su acomodo hizo fácil examinar cada esquina. Halló un cuaderno sin usar. Arrancó cincuenta hojas antes de

dar con una dedicatoria para la destinataria del obsequio. Las palabras estaban en su mente, no llegaban a la lengua, eran lejanas a la mano que las debía escribir. Después de un día entero, la hoja cincuenta y uno aún se mantenía encuadernada. Quedó sólo con la fecha y el nombre de Cloé.

Ninguna dedicatoria o explicación hubiera sido necesaria si Bernard no hubiera nacido en las inmediaciones de Les Halles a mediados de mayo de 1935, a cinco calles de su actual departamento. Cuando ahí había un gigantesco mercado de carnes, de mariscos, de verduras, de todo, y el Centro Pompidou ni siquiera pertenecía a la ficción. Cuando el presidente al que debía su nombre era un maestro de literatura, París era sucio y los padres le pegaban a sus hijos por molestar a sus compañeros. Porque para esa época las dos acciones formaban el carácter. Cuando Francia se encontraba en su Tercera República, la que le siguió al Imperio de Napoleón. Cuando la panza de África era gala y aunque el mundo estaba más cerca de la segunda mitad del siglo XX que de la Época del Terror, aún se usaba la guillotina y faltaban cuatro años para que a Eugen Weidmann lo pusieran boca abajo sobre una plancha de madera en la plaza pública afuera de la prisión de Saint-Pierre, en Versalles, frente a cientos de personas que gritaron al caer su cabeza en una cesta. Entre los que alzaron la voz estaba Bernard, cargado sobre los hombros de su padre.

Monsieur Reynaud, conocido por sus amigos y colegas como Cyrano de Merlu, era un vendedor de pescados y mariscos quien no encontraba cómo hacerle perder a su hijo el asco por los productos del mar. Lo llevó al espectáculo de la guillotina para minimizar las caras de molestia que ponía al ver a las mismas manos que acariciaban el cuerpo de su madre, retirar con un cuchillo largo las tripas de los lenguados. Un utensilio de la misma marca, pero más grande que aquel que retiró de su alacena. El ejercicio no tuvo éxito. Un raro retraso en la salida del tren provocó que llegaran tarde a Versalles, apenas para ver brotar del cuerpo chorros de sangre goteando sobre rostros jubilosos. Los gritos del pequeño no pedían más, sólo suplicaban irse.

Weidmann era un secuestrador tan torpe en su profesión que pocas veces se hizo de un rescate y sus víctimas terminaron constantemente muertas. Tenía un método favorito para acabar con sus vidas: dispararles en la nuca, olvidando la razón del plagio. El fervor popular en contra del asesino era tal que, por la magnitud de los desmanes

acontecidos fuera de la prisión donde estaba encarcelado, la suya fue la última ejecución pública.

Los cinematógrafos portátiles estaban de moda y un hombre rico usó el suyo para filmar clandestinamente el evento desde uno de los departamentos cercanos a Saint-Pierre. Esas imágenes de alguna forma permanecieron y formaron parte de los documentales que cuentan la historia moderna del país. Fueron vistas por todos: comunistas, anarquistas, empresarios y académicos, como los padres de Cléo, bastante más viejos que Bernard. Miembros de la recién formada izquierda europea, convencidos del poder de los pueblos, la igualdad de las naciones, albergaban cientos y cientos de libros en las paredes de su departamento, ubicado en un barrio no tan lejano pero mucho más lujoso que el del pescadero.

La cabeza de Weidmann quedó inmortalizada en las imágenes del cinematógrafo, sus crímenes en el olvido; a unos cuantos meses de su muerte pocas cosas importaron. Al año siguiente, los fascistas habían tomado con sus tanques el centro de París.

Pero si los alemanes no hubieran invadido Francia, Bernard no tendría a quién enviarle regalo alguno, porque en cuanto Philippe Pétain instauró el gobierno de Vichy, los padres de Cléo no tardaron en ser perseguidos por la recién reformada Sûreté Nationale. Conocieron el hambre, acusados de participar en la Resistencia, formada por militares y civiles luchando en contra de la ocupación.

A Jean Marie Gilbert, padre de Cléo, Bernard sólo lo había visto en las fotos que ella le enseñó al conocerlo, cuando contuvo una sonrisa para ocultar sus pensamientos. Si bien el doctorado en letras francesas de la Sorbona era ya una enorme diferencia entre el académico y Bernard, las similitudes de sus físicos mostraban un mayor parecido; los rostros de una vida marcada por los ánimos de complacencia a lo que se ama, habían sido los responsables de las primeras palabras que la bióloga y él cruzaron. Además, los dos hombres rompían con la idea que los americanos tienen sobre los franceses: en su mayoría los creen altos, delgados, elegantes y casi afeminados. Bernard y Jean Marie eran más brutos y bruscos de lo que el cine les permitió aparentar a los parisinos, aunque sus narices sí eran grandes, en eso el arquetipo tenía razón. Ellas guardaban el peso de sus herencias.

Tres años de ocupación alemana fueron suficientes para que Jean Marie y Dominique, su mujer, una maestra de educación básica interesada en la geografía, huyeran de los colaboracionistas. No soportaron la desesperanza marcada por las noches que pasaron escondidos, durmiendo entre cráneos acomodados y pilas de fémures amarillentos en las catacumbas de la ciudad —las mismas que enamoraron a Víctor Hugo—, cada que un informante solidario les avisaba de los rondines que hacía la policía para apresar a los

enemigos del régimen.

Para 1943 lograron huir simulando un viaje de investigación a América. Subieron a un barco que atravesó el Atlántico y llegaron a México.

Fortuna matemática. Para planear el destino de su exilio, Dominique sacó al azar de sus libreros, perfectamente catalogados y mal alineados, el tomo "M" de la Encyclopaedia Britannica. Lo colocó sobre la mesa del comedor de seis sillas que regulaba el tránsito frente a la chimenea. Cerró las ventanas y cortinas por temor a que la estuvieran espiando desde un edificio más alto y abrió en dos el libro para extender el mapamundi de las páginas centrales, con menos países de los que hoy se encuentran. Buscó el punto más lejano de la guerra. Corrió por el pasillo de duela hasta el cuarto que ella y su marido usaban de estudio. La madera crujía bajo sus pisadas. Del cajón de artilugios de papelería en su *secrétaire*, tomó un compás de madera confiscado a uno de sus alumnos, un gordo prepotente que amenazaba con él a sus compañeros. Al abrirlo lo más que pudo, una punta del aparato se quedó en Île-de-France, la otra tocó la Ciudad de México; ese era el punto más distante que su geometría alcanzaba. El compás no era muy grande. Si el instrumento hubiera sido de medida regular, no necesariamente profesional, al menos para uso de estudiantes de bachillerato, habrían acabado en Hawai y Bernard tampoco tendría razón para envolver esa pequeña caja.

Siete años después, nació Cloé. Otros treinta y uno pasaron para que él la conociera.

A mediados de la década de los noventa, Bernard le regaló un juego de geometría comprado en una papelería de barrio. Traía un compás de gran tamaño, hecho de metal y plástico, acompañado de una regla y de una escuadra marcada con líneas milimétricas. Recuerdo del objeto al que le debía su lugar de nacimiento.

Jean Marie y Dominique se establecieron en México y jamás volvieron a Europa. Llegaron a pensar en su regreso, pero con una niña en brazos, cambiar de país ya no era una cuestión tan sencilla. Apenas lo mencionaron, imaginaron con nostalgia el local de gaufres y crepas bajo su antiguo edificio, soñaron con ver la cara de Cloé llena de puré de castañas. Esa noche acostaron a su hija y Jean Marie le cantó La Marsellesa, himno y canción de cuna que tarareó hasta dejarla dormida.

Para 1958, Francia iniciaba su apogeo moderno. El fin de la posguerra trajo a las tiendas un sinfín de productos procesados. El jamón se empezó a comprar en pequeños empaques al vacío, de diez rebanadas. Volvieron a tratar el tema en la sala de su departamento, construido a principios del siglo XX en la colonia Roma. Ahí adentro aún se comían baguettes con queso y se insultaba pasando la mano

volteada por debajo del cuello hacia la barbilla. La respuesta fue la misma, Cléo ya no daba lugar para correr riesgos.

Ese año desapareció la Cuarta República francesa, instaurada después de la Segunda Guerra. La mayor parte de África anunciaba su independencia y en el país se convocaron elecciones. De Gaulle fue electo presidente a través de un colegio de notables y con la Quinta República establecida, se marcó el destino de Bernard gracias a la facilidad del Estado para soltar la navaja de la guillotina.

Francia había tenido su mejor oportunidad de abolir la pena de muerte al terminar la guerra. El general De Gaulle, fiel a su formación militar, mandó fusilar a diez hombres acusados de traición por colaborar con los alemanes. Igual que a Pétain, a quien a última hora le fue permutada la condena a cambio de un encarcelamiento vitalicio.

Durante la presidencia de De Gaulle, su segundo periodo al frente del país, a más condenados, de menor lujo, se les conmutó la sentencia. A otros no se les pudo probar responsabilidad en los crímenes que llevaron a su arresto. Once sentenciados perdieron la vida en una máquina igual a la que Bernard vio con su padre cuando era pequeño, parecida a la que se usó a finales del XVIII, al terminar la revolución de Lafayette y Robespierre. La frecuencia del castigo todavía no sorprendía, pero por momentos decaía la simpatía popular hacia los métodos que impulsaron los jacobinos. Como si eso cambiara la brutalidad e insensatez del acto.

Tras casi dos siglos de un aparato que prácticamente no sufrió ninguna modificación, sólo las leyes que permitían su uso cambiaron. Entre ellas, un artículo promulgado el 25 de noviembre de 1870 dictó que en toda Francia no habría más de un ejecutor autorizado para botar el seguro que tensaba la cuerda y dejaba caer la cuchilla: el *bourreau.*

Otros cinco ejecutores adjuntos eran designados para asistirle y sólo el presidente podía ratificarlos. Un *bourreau* más era necesario, con un papel discreto que a lo largo de la historia pasó desapercibido, ignorado por los libros: el único quien en caso de emergencia podría sustituir al *Ejecutor en jefe de presos criminales* si éste se encontrara indispuesto y la ejecución no pudiera ser aplazada.

Bernard Maurice Reynaud tenía entrados treintaitrés al recibir en 1968 el nombramiento de *Ejecutor de remplazo*, junto con un carnet de identidad azul, blanco y rojo, con su nombre escrito a máquina y bajo éste, su firma y el sello de la República.

Ese mismo año, en otro continente, Clóe fue testigo de las lágrimas de sus padres, llorando las noticias de un Mayo francés que anhelaban. Como muchos otros extranjeros en México, observaron callados las protestas anteriores a las olimpiadas, pero ella, la menor de la familia, demasiado interesada en las ciencias exactas como para participar en movimientos sociales, inició sus estudios de biología en la Universidad

Nacional, que también le expidió una credencial con su fotografía.

Bernard terminaba de cerrar la pequeña caja de tés entre sus manos, convertida en envoltorio de regalo. Se despedía del hombre que fue antes de que ella lo encontrara en noviembre de 1981 en el interior de una tienda que vendía conchas de mar, propiedad de un japonés obsesionado con la puntualidad.

Nada había sido más natural para Bernard que el fin de la vida, algo obvio para un ejecutor, un verdugo, un operador de "la máquina". Sus padres murieron en marzo de 1944, meses antes de la liberación. No tenían convicciones políticas y jamás se afiliaron a la Resistencia. Eran comunes dentro de los comunes, destinados al olvido. Habían cerrado el local donde vendían pescado por la falta de insumos a causa de la guerra y trabajaban desde inicios de ese año en la planta de Renault en Billancourt, destruida en uno de los pocos bombardeos que se soltaron sobre la capital. Bombas desaparecidas del recuerdo porque fueron arrojadas por los ingleses y los americanos, dirigiendo sus ataques contra el Estado aliado que se había doblegado.

Pocas ciudades del mundo permiten vagar tan bien como París. Bernard gritó emocionado el nombre de De Gaulle a mediados de agosto del cuarenta y cuatro, corriendo junto a las tropas del general, avanzando triunfantes por los Campos Elíseos. Esa noche, como tantas otras hasta que fue arrestado, durmió en las cuevas que sirvieron de refugio a Jean Marie y Dominique.

Las catacumbas habían sido edificadas para resguardar los huesos de los seis millones de parisinos que habían llenado los panteones en el siglo XVIII. Sus restos se colocaron en el subsuelo para contener un problema de higiene, dentro de las antiguas minas de piedra excavadas por romanos más de un milenio atrás. De sus trescientos kilómetros bajo tierra, sólo un par de ellos permanecían abiertos al público, como atracción turística; a los restantes se tenía acceso a través de puertas escondidas en los túneles del metro, de alcantarillas fingiendo ser desagües y entre las grietas profundas, ubicadas en los edificios más bajos de siete *arrondissements*. Entre esos distritos, el decimosexto, estaban las ruinas de la planta de Renault que Bernard visitaba si tenía ganas de hablar con la memoria de su madre.

De mancebo se alimentó con las sobras de los comercios en Les Halles, cercanos al puesto de su padre y, para lo que él consideraba ocasiones especiales, compraba una gigantesca baguette. Como el 6 de junio, cuando se conmemoraba el desembarco en Normandía, o el 19 de agosto, recordando sus pasos al lado de la tropa el día de la liberación, aclamando a De Gaulle. La rellenaba de queso de cabra, jamón dulce, una lata de hueva roja de lumpo, el caviar del lumpen

parisino, junto con un poco de nougat como postre, excentricidad que lo obligaba a ahorrar todo el año las propinas de turistas americanos a los que ofrecía paseos por las entrañas más recónditas de la ciudad.

Sus recorridos iniciaban cerca de la Plaza de Italia, en el antiguo Jardín de los Gobelinos. Una compuerta de metal parecía dejar entrar al sistema hidráulico de la fuente central del parque, pero en realidad comunicaba a la serie de túneles rellenos de huesos humanos. El imberbe guía de turistas mostraba los cuarteles de la Resistencia durante la guerra, por tres francos vendía las balas alemanas que hallaba en búnkeres bajo la Escuela Nacional de Artes. Si se le pedía el paseo largo, advertía del frío y de la humedad a los que los visitantes se someterían durante cuatro oscuras horas en pasadizos a punto de caer; efigies de hombres con coronas de laureles labradas en roca fueron colocadas entre los restos: tibias, costillas y peronés que después se acomodaron. Los turistas se maravillaban con el pequeño anfiteatro de tres gradas y casi cuatro metros de alto que los primeros constructores habían dejado. Bernard mentía al mostrar una mariposa de mosaicos incrustados en una pared: decía era romana, aunque nunca supo cómo había llegado ahí. Tres túneles no tenían acceso por estar inundados con filtraciones del río Sena. Las gotas de agua cristalizada formaron en su interior lo que parecían ser los tentáculos de una medusa y al fondo de una de las galerías, una escalera de piedra conectaba con alguna otra entrada cerca del cementerio de Montparnasse; a pocos metros de ahí estaba el primer nivel del panteón sobre el que las tumbas modernas fueron construidas. Una intensa luz indicaba que el recorrido había terminado junto con las vías de un viejo tren que ya no iba a ningún lado, forzando a salir cerca de una estación de policía. En los rieles las prostitutas de Argelia se ofrecían sabiendo que, al tener pasaporte francés, nunca serían deportadas y ellas, que adoptaron a Bernard hasta que obtuvo un pobre bigote, servían de vigía para avisarle si el camino estaba libre y sus clientes —quienes en ocasiones terminaban siendo también de las mujeres— podían salir. Tremendas orgías sobre las paredes mohosas vio el pequeño Bernard hasta que un canadiense, gritando como texano al entregarse a los trabajos carnales, dio alerta a la policía, que se llevó presos a todos y a Bernard lo mandó a una casa de asistencia.

Su existencia empezaba.

Apenas cumplió los dieciocho se le dejó salir para hacerse responsable de sus errores. Aprendió a leer y escribir correctamente en el orfanato, pero su mundo era pequeño: putas, miseria y policía. Estos últimos fueron los que más le ayudaron; entonces decidió seguirlos e hizo el examen para enrolarse en la Sûreté, el viejo nombre de los actuales uniformados. Huérfano y sin estudios, ingresar a los cuerpos del orden fue, como ocurre en muchísimas partes del mundo, una

forma segura de tener comida fresca y un techo seco.

Todavía no encontraba en su vida ninguna particularidad que lo alejase de la ordinaria herencia que sus padres le habían transmitido, de la cual su nariz era el único pero grandioso recuerdo.

Transformado en aquel oficial que un día le dio una segunda oportunidad a su vida, moviendo el tolete, daba rondas y rondas por las grandes avenidas. Harto de regañar turistas orinando en el Sena y de esposar a borrachos expulsados de los bares del Quartier Latin, una noche de guardia dedicada a labores de escritorio en la Comisaría descubrió un anuncio en el tablero de corcho donde los policías dejaban avisos, casi siempre vendiendo artículos que sus mujeres despreciaban por no encontrarles utilidad. Entre ropas viejas, cachorros de gato esperando hogar y una que otra pieza de joyería estaba la convocatoria para ocupar la vacante recién abierta de una de las plazas menos deseadas en todo el aparato de justicia francés.

Un empleado del sistema penitenciario había muerto a causa de una torsión gástrica, provocada por un vaporoso queso corso. Su puesto estaba libre. A la mañana siguiente, Bernard envió al Ministerio de Justicia una carta de petición para formar parte del equipo encargado de la guillotina.

Para esas alturas, parte de la población francesa parecía algo molesta con la pena capital. Se empezaba a poner en duda una costumbre más gala que los chocolates de Pascua, las papas fritas y los mejillones caldosos —con el tiempo descubrió que eran belgas—. Desde la Revolución y La Bastilla, miles de personas llegaron a observar el espectáculo de la navaja cortando cuellos. Decenas de criminales que luego fueron condenados presenciaron esas ejecuciones sin que ese evento tuviera el menor efecto en sus actos. Cientos de policías habían dudado de accionar el gatillo al momento de detener a un delincuente peligroso. Otros más eran incapaces de pensar siquiera en formar parte de ese equipo anónimo encargado de ponerle fin a una vida en nombre del Estado.

Un correo interno llegó a la Comisaría seis meses después. Se le pidieron referencias a sus superiores y, por días, un par de gendarmes vestidos de civil lo siguieron hasta el ático de siete metros cuadrados que rentaba, para investigar sus rutinas. Fue la única etapa que pasó alejado de Châtelet-Les Halles y tomó una línea de metro o autobús distintas a las que recorrió a lo largo de su vida. La originalidad de su acto no se quedó en la petición de un empleo que pocos querían, aunque una leyenda dentro del Ministerio de Justicia afirmaba que se recibieron cientos de solicitudes. A primera vista parecía todo lo contrario, ya que gozaría de los privilegios de un ejecutor en primer grado, pero se le había otorgado el rango más bajo que un verdugo podía tener.

Jean-Laurent Olivier fue el primero en morir guillotinado mientras Bernard esperaba a que André Obrecht, el *bourreau* en jefe, hiciera su trabajo. El equipo de ejecutores viajó el 10 de marzo de 1969 a Amiens, un pueblo a poco más de cien kilómetros de París, conocido por ser uno de los lugares donde empezó la liberación al final de la guerra. Dos días antes, un oficial de nivel bajo tocó a las puertas de las casas de cada uno de los miembros del escuadrón. Un golpe, dos golpes en la madera hasta que el mensajero detectó un timbre con bocina en la pared del edificio de Bernard, quien tardó en saltar de la cama en el tapanco de su reducido espacio y llegar al auricular que comunicaba con la puerta exterior. Bajó a la entrada de la calle en calzoncillos y se identificó con un saludo marcial.

Recibió una carta dándole cita en la prisión de Rue de la Santé, a las once treinta del día 9. Dos mil trescientas, según el argot militar adoptado por la policía.

El grupo de ejecutores entró a la penitenciaría, todos uniformados para disfrazar sus cuerpos en la obscuridad. Se dirigieron al sótano y, de un galerón cerrado bajo llave, recogieron la única guillotina empleada en las ejecuciones de la Francia continental. Las campanadas de una iglesia cercana avisaron la llegada de la media noche. La máquina se encontraba totalmente desarmada para ser transportada en un gran camión rumbo al destino de su siguiente trabajo. Luego de acomodar la cuchilla y las múltiples piezas en un furgón, los ejecutores abordaron tres camionetas Citroën. Con sus sirenas se abrieron paso entre las calles desiertas. Obrecht subió al primer vehículo acompañado de su sobrino, Marcel Chevalier, quien trabajaba como su asistente principal. Tenía el rango de ejecutor en segundo grado, preparándose para sucederlo en el cargo según las usanzas de la profesión, que aun después del fin de la monarquía seguía siendo el único puesto heredable en la República.

Los otros ejecutores asistentes ocuparon el segundo automóvil; un oficial fungiendo de chofer le abrió a Bernard una tercera puerta. La humedad en las baldosas reflejaba sus siluetas iluminadas por las farolas de la calle.

Llegaron a Amiens sin luz de día; bajaron rápidamente de las camionetas como si fueran un destacamento de infantería, ocupando sus posiciones de combate a la voz de mando de su general. Se apresuraron a montar el gigantesco aparato en el patio de la cárcel de Amiens, siguiendo las instrucciones de Obrecht, quien gritaba cada palabra que el oficio le había hecho repetir decenas de veces. Trabajaron en penumbra, rodeados por una serie de telones negros colocados por el personal de la prisión. Con juiciosa mirada, el jefe revisó cada pulgada de la guillotina. El sonido de la diana matinal coincidió con los primeros rayos de sol. Perdidos entre la bruma de la

hora, cada ejecutor hizo de su presencia el eco de la muerte; ya regresarían a la madrugada siguiente.

Después de un día haciendo turismo local, el novato verdugo presenció ahí su primera ejecución, completa y en silencio.

Once de marzo, cuatro y diez de la madrugada. Los miembros del escuadrón salieron de los cuartos de descanso que les habían sido confiados dentro de la prisión para levantar el *paquete*.

Bernard logró dormir un par de horas en la litera de una habitación con tres camas que ningún otro de los miembros del equipo quiso ocupar. Todavía era un desconocido y debía ganarse el respeto de sus compañeros.

La de Amiens era una cárcel que gustaba a los fiscales apasionados con el oficio de la muerte; en su patio, como en la prisión de La Santé o Fresnes, un gran número de celdas tenían vista a los telones que ocultaban la máquina. El escenario servía por unas horas como recordatorio de un posible destino, para cuando los condenados por delitos menores llegaran a alcanzar su libertad.

La mitad de los presos que vieron en acción a la guillotina volvieron a cometer crímenes, incluso más viles que los ya perpetrados. Los argumentos de Camus eran absolutos. Ensayos de la época que Clóe hizo leer a Bernard mucho después: la labor de los ejecutores era la más inútil del Estado. Nunca una cabeza sirvió para detener otra felonía.

Jean-Laurent Olivier había sido condenado por asesinar a dos niños pequeños, de diez y doce años, después de violarlos. Ninguno de los ejecutores pensó si sus actos tenían justificación; estaban convencidos de la vengativa frivolidad que los había puesto ahí. El delito de violación fue considerado menor en Francia hasta la década de los setenta: del mismo nivel que las infracciones de tránsito. Una muerte para pagar otra. Ley escrita fuera del criterio humano y bajo la cual la guillotina era un castigo válido.

Subieron las escaleras rumbo al patio de la prisión. A la entrada se encontraron con el fiscal general, acompañado de un grupo de personas que, por ley, debían atestiguar el evento. Dos celadores encabezaron la comitiva. Obrecht y Chevalier los siguieron. Bernard se mantuvo a tres metros de todos, siguiendo al abogado del condenado, quien de mala gana avanzaba con pasos cortos. De la puerta, se dirigieron directamente al nivel subterráneo del edificio, el pabellón de los sentenciados a muerte: ocho celdas flanqueando un pasillo siempre iluminado. Su piso cubierto por una gran tela blanca. Antes de poner un pie adentro, los celadores junto con los seis ejecutores que adelantaban hicieron una pausa, se recargaron sigilosamente sobre las paredes y sin emitir el menor ruido se sacaron los zapatos, dejando a sus calcetas tocar el suelo. Todos menos Bernard repitieron

la acción; era un grupo tan grande que le fue imposible meterse a los calabozos. Trece hombres caminaron hasta la segunda celda de la izquierda, al fondo del pasillo. Bernard pudo escuchar cómo abrieron la puerta de barrotes y se lanzaron sobre el durmiente, le llevaron las manos a la espalda y lo sometieron. Una patada del reo Olivier impactó el estómago de Chevalier; su tío le devolvió un golpe en la cara. Tuvieron que limpiarlo antes de salir. Las cejas sangran demasiado: señas de tortura inadmisibles, más sobre quien iba a perder la vida. Los forcejeos despertaron a los ocupantes de las otras mazmorras. La precaución de la tela que mitigaba el ruido de las pisadas no contemplaba la resistencia del sentenciado. Tres presos vecinos saltaron en protesta, gritando injurias. Ahí terminó el papel del abogado. El fiscal le notificaba a Olivier que su apelación había sido rechazada.

Entre gritos, Olivier fumó un Gitanes y bebió un trago de ron, servido de una botella vieja como las robadas por colonizadores a los filibusteros. Tan grande que venía vaciándose por más de un siglo, vaso a vaso, en los muros de la penitenciaría. Dos ejecutores asistentes le colocaron unos grilletes de metal en los pies, otro par sostuvo los hombros contra el respaldo de una silla. Chevalier le agarró la cabeza con su mano extendida y, usando una tijera, Obrecht le cortó el cuello de la camisa.

En la capilla de la prisión, el condenado se negó a comulgar. Al cura se le dio llamado en vano. Sacaron a Olivier al patio trasero. Ahí lo esperaba la guillotina.

El *paquete* vio a la *máquina*, pintada de rojo para que los borbotones de sangre se disimularan. Los celadores dejaron que los ayudantes hicieran el resto del trabajo; dos de ellos lo apresuraron hacia una escalera. Para evitar caerse por el poco movimiento que los grilletes le dejaban a sus pies, Olivier dio pequeños saltos hasta estar de frente a una media luna: ahí debía descansar su cuello. Con un leve acomodo quedó en posición y Obrecht dejó caer la cuchilla. El peso al que estaba conectada, el *mouton*, cargaba treinta kilos. Subió en menos de un segundo.

La plancha de madera sobre la que se colocó el cuerpo tenía unas bisagras que inclinaban uno de los costados hacia una larga cesta: un ataúd provisional. Chevalier recogió de una canasta redonda la cabeza que allí había caído, le cerró los parpados y la puso junto con el resto del cadáver, entre sus piernas como era la costumbre. Un asistente cerró la caja y todos los presentes se dieron la vuelta.

Desde la llegada a Amiens hasta que salieron de la cárcel, Bernard no pudo ver los ojos del jefe ni una sola vez. Posiblemente fueron los quince metros de distancia a los que se mantuvo. Tal vez fuera su mirada, violenta, autoritaria y tan cansada de ver la muerte pasar, que

las pupilas ya no tenían el menor de los destellos.

Para los ajenos, la dinámica podía ser reprobable. Todos en el mundo están acostumbrados a escuchar de bocas criminales las peores palabras, los mejores improperios, pero en esa ocasión, Olivier dejó de hablar al verse sometido en su celda, como un perro acorralado en una esquina infranqueable que espera su destino.

Su respiración dejó de ser agitada, los músculos relajados como partes de un títere sin cuerdas.

El lenguaje de los ejecutores era el de los tintes folklóricos. Los motes designando al pobre diablo destinado a perder la cabeza y al aparato que debía cortarla representaban el poco respeto que el oficio le daba a la vida del semejante. Para ellos, él no lo era.

Las leyes impedían golpearlo; sólo en casos de defensa propia alguno de los encargados de contenerlo podía atizarle para que se calmara. Insultos y humillaciones se adelantaron a la sentencia; poco quedaba de aquel hombre cuando se escuchó el sonido del aire cortado por el filo de la navaja. Sonido inolvidable, poderoso, aún más que el de la carne y el cuello cediendo, porque con ellos hay un cuerpo que mitiga todo.

La posición de Bernard en torno al patíbulo le impidió ver caer la cabeza, que apuntaba al lado contrario. Se le había señalado un punto donde debía permanecer de pie para observarlo y aprenderlo todo. Demasiado atento a los movimientos de las manos de sus compañeros, en especial las de Obrecht, supo que habían terminado cuando el médico de la prisión certificó la muerte de Olivier.

Despertar, someter, de preferencia sin dejar moretones. Informar, dar de beber y fumar. Incluso los condenados preocupados por su salud aceptaban el protocolo, y más los que no tenían el consuelo de la fe.

Grilletes, capilla y a la plancha, los pasos eran sencillos: poner la cabeza en la luneta, encerrar el cuello con una pieza de madera y retirar el seguro, soltando la navaja. La cuerda que la sostiene corre y deja de estar tensa, sólo las piernas del muerto se mantienen rígidas, pero manipulables, por quince segundos. En ese lapso había que lanzar el cuerpo hacia su cesta, aún suficientemente estirado y lejos del rigor para entrar al sarcófago sin dejar las extremidades afuera.

El regreso de Amiens mantuvo el silencio del primer trayecto.

Para los criados en la guerra, la presencia de un cuerpo sin vida no causaba mayores sorpresas. Lo único que llamó la atención del novato fue la cantidad de sangre saliendo del muñón del cuello. No se adivinaban las vértebras. Nunca imaginó que uno podía traer tanto líquido dentro. Eso lo asqueó como de niño las tripas de pescado.

Lo exacto de los actos previos, la precisión de la violencia y las reacciones sumisas de quien sabía su suerte hacían pensar en lo más

primario del comportamiento humano.

Bernard terminó de cerrar la caja de tés y no pudo darle la espalda como lo hacía con los féretros de los condenados. Algo vivo se mantenía en el objeto que había encerrado; los remanentes de las especies anteriores a cuando todos los primates se colgaban de los árboles, cuando el determinismo era una ley en la naturaleza, como lo que marcaba la pieza en el interior del paquete que mandaría a Clóe al día siguiente, al otro lado del mundo.

La razón de su vida, el objeto con la respuesta a la pregunta que ella se hizo.

Esa tarde, al cortar los dos trozos de cinta adhesiva necesarios para cerrar el regalo, jugó a ver la cuchilla de setenta kilos separando las cabezas de los condenados. Con un ffff labial, replicó el ruido del viento al cortarse. Se dio cuenta de que sonreía con un aire de nostalgia.

En México, Cióe pasó sus años universitarios dedicada a los estudios, desaprovechando, según sus compañeros, la herencia de su madre. Los grandes y oscuros ojos, las cejas pobladas y los acentuados rasgos de niña, que con su baja estatura le permitían disimular los dieciocho que aparentó hasta los veinticinco, cuando empezó a parecer de diecinueve y se confirmaba que la nariz de su padre no había ganado la batalla genética. Su estrechísima cintura le remarcaba la cadera, obligándola a perder horas de investigación y academia, según sus propias aseveraciones, tan resignadas como categóricas, cada que tenía que comprarse ropa. A causa de su desinterés, la que tenía dejaba de serle útil por haberla usado hasta que las costuras de los hilos daban de sí. Malhumorada, iba a buscar con qué vestirse en los departamentos de niñas en las tiendas, para tratar de entrar en alguna talla. Sufría avergonzándose mientras las vendedoras de ropa en tiendas para adulto le pasaban cantidades de pantalones. Nunca le quedaban bien.

Todas las mañanas el timbre del despertador de Cióe sonó temprano en el departamento donde vivía con sus padres; era el primer ruido de ese barrio que mantenía a regañadientes la arquitectura europea, llevada con la urbanización de la colonia Roma. El entorno minimizaba las añoranzas de Jean Marie y Dominique, quienes se mudaron ahí cuando los habitantes de la zona, las clases más altas de la sociedad mexicana, habían empezado a abandonar sus casas a raíz del cambio en el estilo de vida del centro de la ciudad y sus áreas más cercanas. Algunos inmuebles ejemplificaban el desarrollo del México contemporáneo y el deterioro de las construcciones originales permitía rentas relativamente baratas de espacios definitivamente grandes.

Después de las protestas estudiantiles de 1968, una de esas veces en que las campanadas del reloj de Cióe despertaron a toda la familia, Jean Marie Gilbert abrió los ojos en un solo parpadeo, ligeramente ilusionado, convencido como lo había estado los últimos nueve meses de que su hija se sumaría a las manifestaciones. Sólo que para ese momento ya pocos estudiantes salían a las calles y la vida social y política del país buscaba inútilmente un espasmo de normalidad. Segundo timbrazo, Jean Marie se paró de la cama dispuesto a entregarse a su recurrente discurso sobre derechos sociales, igualdad de clases y activismo político, que había preparado como lo hacen algunos padres cuando les toca hablar de sexo con sus hijos. Lo venía

repitiendo desde el verano pasado sin lograr explicar su punto. Con profunda vehemencia y convencidos ideales, salió del cuarto dejando dormir a su mujer; pocas cosas le molestaban más que un despertar obligado. Se adelantó a su hija, arreglándose mínimamente en la discreción de su cuarto para preparar el café que compartiría con ella.

Para Jean Marie, en los eventos de la vida ocurrían, de cada tres cosas, dos buenas y una mala. Él había perdido su país por la guerra, asunto fatal, pero De Gaulle, pese a su claro conservadurismo y controvertida cercanía a la derecha, mandó a Pétain a morir en prisión. El segundo triunfo debía quedar en Cloé, quien en sus sueños, sin lugar a dudas, se transformaría en la revolucionaria que él no logró ser. Nunca imaginó que desde ese día su hija iría cada mañana a la casa de la coordinadora del diplomado en Teorías de la Evolución de su facultad, quien la contrató para levantar el catálogo de su colección de conchas marinas. A partir ese momento, Jean Marie, con todo y su fascinación por los mariscos y sus variadísimas preparaciones mexicanas, no volvió a comer ostras.

Eulalia Alonso era una refugiada catalana llegada al país poco después que los padres de Cloé. Huyó del franquismo posterior a la Guerra Civil española y se estableció en la capital de México como maestra de biología, convirtiéndose en precursora de los estudios sobre patrones geométricos en la naturaleza. Republicana y poco religiosa, decía *Jesú* cada que alguien estornudaba. Los apuntes de la primera clase que Cloé tomó con ella a principios de su segundo semestre eran réplica fiel de todo lo escrito en la pizarra de un gran salón donde pocos alumnos estuvieron atentos.

La mayoría de los estudios de la época sobre temas evolutivos partían de los planteamientos darwinianos y se enfocaban en buscar la mayor cantidad de especies extintas que confirmaran su transformación en especímenes del mundo moderno.

—Cerrad vuestras libretas. ¿Qué pasa si no hemos entendido a Darwin? —espetó a medio salón.

Los intereses de la española estaban más centrados en descubrir los siguientes pasos de aquellos primeros procesos evolutivos.

El porvenir se anteponía al entendimiento de los orígenes.

Cloé, a diferencia de muchos hijos de migrantes que intentaban recuperar su pasado y el de sus padres, queriendo esbozar uno que otro rasgo de identidad, dibujaba una sonrisa al teorizar sobre un mestizaje cultural que, afirmaba, nació gracias al exilio provocado por la guerra en Europa. Desde los primeros años de escuela, cuando el almuerzo empacado diariamente por su madre contrastaba con los víveres de la mayoría de sus compañeros, se sentía cómoda con quienes habían nacido fuera del país de origen de ambos padres y dudaban a la hora de responder cuál era su lengua materna, si la

hablada en el interior de sus casas o con la que se comunicaban en la calle.

Desde su llegada a México, la profesora se descubrió en lo que cada dos clases llamaba “un paraíso biológico sin Biblia que lleve a cielo”.

—Tenéis dos océanos, más animales que tiempo para verlos y plantas que le harían el día a un boticario.

Todos desprotegidos con todo y las leyes, pavoneándose de ser vanguardistas para esos años, dejando lucir nulos controles sobre protección ambiental.

Lo que la arropaba en México era el paisaje.

Cada domingo, Eulalia recorría uno de los mercados más grandes del continente, de esos que venden de todo y a los que en su vieja tierra les llaman *de pulgas*. Con una mínima noción de las distancias y sus desastrosas consecuencias para la organización de los tiempos diarios —advertidas por un colega de buenos modales en la universidad—, abordaba un transporte colectivo para, con un pago de dos pesos, dirigirse al norte, hacía la calle de Comonfort, y adentrarse en el mercado de La Lagunilla.

En el segundo pasillo del mercado dominical, viendo de poniente a oriente, pasando la sección de antigüedades y cerca de los puestos de incipiente electrónica importada ilegalmente, llegó a entablar amistad con algunos de los comerciantes de minerales semipreciosos. Ofrecían, sobre mesas improvisadas, trozos gigantes de pirita, rosas del desierto, cobre, cuarzos morados, amarillos, transparentes; ágatas, geodas de hasta dos metros de diámetro con cristales filosos, dignos de una cámara de tortura medieval. Ópalos de distintos colores, que los compradores locales rechazaban por considerarlos de mala fortuna. Plata en estado natural, incluso cobalto en polvo para crear pigmentos azules y mercurio envasado en minúsculos frascos, comprados a petición de niños pequeños para jugar con ellos sin ser conscientes, tampoco sus padres, del riesgo de envenenamiento al que se exponían. Un puesto que se encontraba cerrado en su primera visita, pero abierto y montado en la segunda, la sorprendió vendiendo conchas de mar.

Las conchas se conseguían de dos tipos de comerciantes: los mercaderes de basura y los especialistas. A los primeros, que ofrecían caparazones rotos y barridos de playas, la catalana no les prestaba la menor atención. Los segundos, que con su atavío de arrabal ocultaban sus conocimientos de negocios y ciencias exactas, también controlaban el mercado negro de fósiles y metales semipreciosos, todo lo que no fuera oro o piedras excesivamente caras, controladas por el Estado y usadas en joyería de mediano nivel, haciendo común encontrar raros especímenes marinos entre las existencias de traficantes de México y Japón, los dos países con mayor oferta y coleccionistas de ese tipo de

rarezas.

En La Lagunilla, un caparazón de tortuga carey llamó la atención de la señora Alonso. Sobre la misma mesa y por pocos pesos, anunciando su precio en un pequeño cartel de papel con los números pintados a mano, había trilobites de quinientos mil siglos y *Cypraeas* del Caribe; más de cincuenta especies. Cuatro años tomó a la catalana reunir mil seiscientas treinta y siete piezas que acomodó en su casa, en tres vitrinas; una de ellas obra de un escultor mexicano, artesano del latón y del cristal. Tenía forma hexagonal, decoraba la esquina del comedor con un par de metros de altura y tres niveles sobre los que descansaban las carcasas de los moluscos. Las otras dos, muebles hechos de madera apolillada y vidrios cóncavos, fabricados durante la época porfiriana. Una en el estudio y la segunda en la recámara principal, adquiridas en el mismo mercado, remates de los comerciantes de lotes sacados de viejas casas llevadas al abandono y vendidos por herederos, quienes se sentían más cómodos con las tendencias de avanzada y veían en los plásticos y termoformados el futuro del diseño de interiores.

Para una mujer que sufrió la guerra, vio lo peor de los seres humanos y aprendió de forma malsana la importancia del desapego a las cosas, a los seres, a todo lo que se considera importante e imprescindible en algún momento de la vida, las conchas marinas representaban el consuelo en la belleza y lo más puro. Todas las joyas que se pasaron por generaciones en la familia Alonso fueron robadas por los soldados de Franco, el día que entraron a su casa en San Andrés de Llavaneras, cerca de Barcelona. En las formas y colores de las conchas vio un tesoro que a nadie más le importaría. La falta de hijos y el poco interés en la vida social fuera de sus habitaciones le permitieron una rápida acumulación de piezas marinas. De dos a tres ejemplares semanales, en ocasiones repetidos, si llegaba a encontrar uno en mejor estado que el que ya tenía.

Cloé llegó alrededor de las nueve de la mañana a la casa de Eulalia en el sureño barrio de Coyoacán, que como el resto de la ciudad se adentraba en la modernidad, mezclando ventanas de aluminio y materiales baratos de edificios multifamiliares con los tintes de un pueblo colonial. Zócalo con kiosco al centro, construcciones de la época de la Conquista, arquitectura mudéjar y tonos blancos contrastaban con los azules y rojos óxido de casas decoradas con salientes de piedra y hierro forjado.

El interior de la casa de la catalana no era tan distinto al del departamento de sus padres: pocos cuadros en los muros, casi siempre cubiertos por libreros. Porque esas casas no se adornaban: se permitía que las lecturas fueran llenando los espacios vacíos en las paredes. En la vitrina de latón repujado se exhibían tres nautilos y dos argonautas

de buen tamaño, con el tono y peso del papel arroz. El recorrido a través del museo privado de la catalana comenzaba.

Los asomos de maternidad y el gusto por explicar todo le habrían recordado, de haber conocido a su madre cuando joven, el entusiasmo por la enseñanza que Dominique perdió al llegar a América.

—¿Todos son caracoles? —preguntó Clóe entusiasmada.

Esas primeras conchas eran pulpos, cefalópodos, fósiles vivos que despertaron las más maravillosas historias de fantasía en la literatura que aún no conocía y las mejores perversiones de la mitología de oriente.

Las dos mujeres rodearon la primera vitrina, bajaron las rodillas y quedaron a la altura del segundo nivel. El piso intermedio. Ahí, Eulalia había colocado veinticinco bivalvos *Spondglide*, conchas de almejas de dos a treinta centímetros, de blancos perfectos y naranjas, morados y rosas intensos, sólo igualables por los muralistas mexicanos que, como buena republicana, adoraba más por simpatía ideológica que por sensibilidad estética. Clóe volteó a verla esperando una explicación a los objetos que se le presentaban. Las almejas se diferenciaban de los otros moluscos de su familia por los grandes y agresivos picos envolviendo sus superficies, así fueran erizos apuntando lanzas al frente. Solo permitían tomarse con extremo cuidado de no tocar los bordes de las ramificaciones y salientes, que fácilmente rasgarían la piel del descuidado. La catalana acomodó la rodilla derecha en el piso y señaló el nivel inferior; unas treinta volutas, con formas más inmediatas a la imagen que viene a la cabeza cada que se nombra a los caracoles comunes. Pequeños tanques enroscados sobre una espiral de casi hueso, que con su punta se protegían de los depredadores.

La prisa provocada por el asombro de Clóe, quien no paraba de señalar especie tras especie, le impidió a la bióloga cumplir con los más elementales rituales de hospitalidad. El café que debió tomarse en la colonia Roma fue preparado en la cocina de la casa de las conchas, en una máquina italiana de dos piezas. Hicieron una pausa y llevaron la conversación a la única habitación sin objetos que mostrar. Recargadas alrededor de la estufa de gas, esperando que el agua de la cafetera llegara a la parte superior del utensilio, Eulalia encendió su primer cigarro. Extendió la cajetilla para que la joven visitante tomara uno, pero ella negó el primer intento. El tiempo, amaestrado por quien considera el café un asunto ceremonial más allá de la simple bebida, dio aviso en el instante justo en que la parte inferior de la cafetera quedó vacía. Clóe sirvió dos tazas pequeñas y la señora tomó un cenicero que sostuvo por horas con la mano izquierda, alternando la diestra para llevarse un tabaco más a la boca, mientras sorbía pequeños tragos de café.

La fascinación de quien descubre algo nuevo se hizo evidente en el rostro de la joven Cloé, dando sus primeros pasos dentro de la malacología: el estudio de los moluscos al que la bióloga dedicó la última parte de su vida, haciendo crecer su colección gracias al empirismo en el tráfico de especímenes protegidos.

Salieron de la cocina y se dirigieron a la segunda vitrina. Ocupaba la mayor parte de uno de los cuartos, también tapizado de libreros. Uno de ellos guardaba volúmenes antiguos, nada impreso después del XIX, lomos de piel y encuadernaciones de cinco nervios, con grabados dorados en bajorrelieve. Al centro, dos metros y medio de lo que fue el escaparate de alguna tienda de guantes, bufandas o estolas, lleno de conchas acomodadas en sus seis largas repisas de vidrio, sostenidas por escuadras de metal y enmarcadas en una estructura de madera de tonos anaranjados, oscurecidos por la edad que había remarcado sus ennegrecidas grietas y vetas. Primer estante: espírulas de decenas de tonos. Las *Spiriludae* parecían cucuruchos de castigo de escuela vieja, largos y casi transparentes por lo delgados. Segundo estante: mitras, *Mitridaes* y más bivalvas. Debían su nombre al parecido con el sexo femenino, y cerradas eran idénticas al símbolo de una compañía petrolera. Los colores que Cloé observaba y Eulalia describía resultaban sólo catalogables bajo la mirada de un experto colorista. Una sola especie ocupaba un nivel completo, la tercera familia con más ejemplares en la colección: los múrex. Sus estructuras eran parecidas a las de las volutas, aunque más frágiles, menos pulidas y con la aspereza porosa de un hueso roído por los colmillos de un animal salvaje. Los tonos múltiples, constantes en las criaturas que no ven la luz y descansan en su quietud, desenvolviéndose bajo sus propias reglas y orden, ajenas a los hombres. Cloé preguntó si podía tocarlos, señaló un *Múrex pectem* y Eulalia dejó a un lado cenicero y taza. Le sostuvo la mano derecha con la suya izquierda para que la palma se levantara en espera. Con singular cuidado la maestra lo levantó y lo llamó el *Peine de Venus*. Medía veinte centímetros de largo pero el cuerpo de la concha no sobrepasaba la pulgada de alto. Bóveda circundante y ahora vacía, un día albergó el cuerpo de un molusco. Una serie de punzadas marcaron la piel de Cloé. Del *pectem* salía medio centenar de picos largos, puntiagudos como alfileres y delgados como mondadientes. Menos de veinte gramos de un esqueleto externo, que en las profundidades hacían intocable a su portador. Cuarto nivel al fondo: *Aporrhaidaes* y *Turbinidaes*. Lección de latín completa bajo su pequeña nariz. Un ejemplar de estas últimas daba la impresión de haber sido tocado por el mal gusto de los hombres: *Xenophora pallidula*, la basurera. Concha de forma piramidal que, como los más extraños especímenes, se encontraba únicamente en aguas profundas pero, para su desgracia, asequibles a los buzos experimentados. Su

espiral giraba hacia arriba hasta transformarse en pico y cada línea dibujaba lo ascendente de su forma, marcando niveles en los que el animal recolectaba y pegaba a su cuerpo, gracias a una membrana viscosa, cadáveres de otros moluscos que yacían al fondo de las aguas. Una especie diferente cada nivel, orden perfecto e inexplicable dejando a los animales más viejos, con una circunferencia de otras criaturas adornado su derredor.

Eulalia no tenía intención de parar su monólogo si no era interrumpida, y eso no sucedió.

Si en los árboles derrumbados se establece su edad por la cantidad de aros en el corte de los troncos, en los ejemplares de esa especie se podía adivinar cuánto llevaba arrastrándose en los mares por lo completa de la colección de conchas que cargaban. Solo las más ancianas llegaban a terminar su vida completas, con un coral en lo más alto del cuerpo, sosteniéndolo como un sombrero exhibiéndose majestuoso. La *Xenophora* llevaba apenas siete meses en la colección. Un comerciante de piedras al que Eulalia nunca le había comprado nada pero a cada visita en el mercado de La Lagunilla la saludaba con un *güerita*, un día la llamó haciéndole una seña con la mano.

—¿Una noche, un beso o doscientos dólares por algo más raro que un diamante?... Güerita.

A la vista de todos, el vendedor prendió un cigarro de marihuana y se metió la mano bajo la cremallera de los pantalones. La maestra encontró en una rama de la zoología su refugio e identificó lo más primario del comportamiento de algunos animales.

—Los simios jamás seremos muy elegantes —se dijo a sí misma.

La concha no estaba guardada en los límites del puesto. Ella y el comerciante caminaron hasta una bodega, a unos cuarenta metros de ahí, esquivando la estela de yerba quemándose que aquel hombre dejaba a sus espaldas y normalmente, cada que la olía, le provocaba a la española inmensos dolores de cabeza. La bodega era un espacio compartido por varios de los ambulantes, que los fines de semana vendían cosas de diversos orígenes. Entraron cuando la cortina de metal se abrió tras un silbido, discreta contraseña. Adentro, encerrado en una jaula a oscuras, un joven lince muerto de hambre, sin un colmillo y las costillas a la vista entre el poco pelaje que le quedaba. Se escuchó el parloteo de dos pericos color verde brillante, con las alas vendadas al cuerpo para impedirles volar. Caminaron junto a tres cajas cuyo contenido Eulalia no quiso averiguar y rozaron un cuadro mal enmarcado en el que se adivinaba un Kahlo, seguramente robado. Una pequeña caja con tapa, rellena de algodón, contenía la concha, perfecta, completa, con su colección de desechos pegados al cuerpo.

Para llegar a la tercera vitrina era necesario entrar a la habitación de la malacóloga. Un esquinero con vidrios curvos mostraba su edad

en lo delgado de la superficie más alta de los cristales, abultándose conforme se iba bajando la mirada.

—¿Sabías que el vidrio es un líquido?

Y no, Cloé no lo sabía.

—Por eso en las casas viejas las ventanas parecen gotas.

Dos especies se alojaban en ese mueble, Conos y *Cypraeas*. Los primeros, obvios en forma por su nombre. Ciento ocho piezas en línea, colocadas por la similitud de los patrones que las hacían únicas. Un espacio en medio evidenciaba el lugar reservado para un faltante. Mismo caso con las segundas, casi esféricas, con forma de huevo alargado y lisas. De esas con las que en las playas tropicales se hacen collares, perforando sus extremos y uniéndolos con hilos de cáñamo para adornar los cuellos de las turistas. Una concha en particular hacía ver pequeñas a las demás: roja con un borde blanco en su parte más baja. *Cypraea auratium*: el tomate, como la apodaron de forma cariñosa al levantar el inventario.

Otro cigarro fue encendido para hablar del hueco dejado en la repisa de las *Cypraeas*. Cloé pidió uno para sí; lo quería desde el momento en que no supo cuál fue la forma de pago para adquirir la primera gran rareza de la colección.

—Aquí un día pondré una *Fultoni*.

Mientras oía tales planes, Cloé tosía por lo áspero del tabaco. Eulalia se dirigió a uno de sus libreros, sacó un gran volumen de pasta dura con las fotos de un sinnúmero de conchas y abrió una página marcada con un pequeño trozo de papel blanco. Ahí estaba la *Cypraea fultoni*; no llegaba a medir más de cuatro centímetros. El gasterópodo habitaba en las aguas de Mozambique y Sudáfrica. Para esos años y hasta principios de los dos mil, cuando un buque ruso encontró una colonia gigantesca al sur de África, el valor de la concha en el mercado negro, si era perfecta, rondaba los quince mil dólares. Pocos comerciantes se hacían de una para vender. El animal vivía en aguas tan profundas que sólo lo hallaban en el interior de los estómagos de animales grandes, sobre todo ballenas, quienes las comían accidentalmente a la hora de dragar los fondos marinos en busca de su alimento. Los balleneros japoneses eran la principal fuente para encontrarlas y los traficantes se internaban en el mercado Tsukiji de Tokio, donde las compraban en los locales que ofrecían aceite y carne provenientes del enorme mamífero marino.

Meses antes, la malacóloga había leído en una publicación científica sobre la colección de conchas que guardaba el Museo de Historia Natural de Nueva York. Se sorprendió por el pobre número de especímenes albergados en esa institución y pensaba, algún día antes de morir, donar los suyos a cambio de un viaje para conocer la gran manzana e inaugurar una sala designada con su nombre. Había

averiguado lo necesario para proponer la donación que escondía su sueño.

El primer paso, su inventario, quedaba en manos de la paciencia y dedicación de Clóe, quien tenía la tarea de levantar un minucioso catálogo fotográfico y hacer fichas para identificar cada una de las piezas.

La mañana se terminaba. Ambas mujeres tenían menos de una hora para presentarse en su facultad. Los conos, su explicación y patrones tendrían que esperar. También la historia de la concha aguardando llegar al segundo espacio reservado en la vitrina más importante de esa casa.

Eulalia, a la manera de una niña traviesa, se refirió a ella como si se tratara de un secreto y el tema necesitara mucho más tiempo del que tenían.

—La de la ballena es poca cosa. A los conos les gusta matar como a los hombres.

Y se llevó el dedo índice a la boca en el ademán de quien guarda silencio.

Al día siguiente, Cloé salió temprano para llegar a casa de Eulalia Alonso media hora antes de lo acordado. La puerta del cuarto de sus padres se mantuvo cerrada. En la cocina, tostó un pan para untarlo con mantequilla y espolvorearle azúcar, mientras pensaba cuál sería el origen fantástico de aquel cono que la malacóloga buscaba para completar su colección. Qué sería más difícil de conseguir que una concha en el estómago de una ballena muerta. Cómo un molusco se transformaba en un objeto tan inasequible que hablar de él pedía un momento único y cercano al mito.

La catalana, acostumbrada a despertar a las cinco de la mañana para tener unos momentos de lectura sin las molestias matutinas, saludó a su estudiante con el café listo para ser servido de un termo estampado con el diseño de un tweed escocés. Lo había preparado desde la madrugada, y ahí se mantendría caliente durante las horas de trabajo y plática que les esperaban. Cada día, incluso después de terminar el inventario, el mismo recipiente siempre lleno la recibió en la barra de la cocina.

Las conchas tuvieron que aguardar un poco, una noticia en la primera plana del periódico capturaba la atención de la dueña de la casa, leyendo con sus pequeños lentes de armazón metálico y patas translúcidas de pasta verde. Le colgaban a media nariz para evitar el humo del cigarro que sostenía en la mano; detestaba se encerrase entre los cristales de las gafas y sus ojos. Eulalia señaló el termo de forma automática y casi cariñosa, sugiriéndole servirse una taza, extendiendo la suya vacía para que la llenara.

—¿Azúcar?

—No, gracias.

Bebieron un trago. El cigarro se consumía en el borde del cenicero. Olvidándose de él y aprovechando la costumbre de ofrecer uno a quien tuviera enfrente, Eulalia encendió otro para sí. Cloé, con su taza en la mano, se quedó de pie, ignorando el gesto de su anfitriona, invitándola a sentarse en una de las sillas contiguas del comedor. Tímida, vio el par cigarros humeando sin atreverse a hacer el menor comentario. Aquella noticia debía ser de enorme magnitud: la catalana se encontraba absorta entre las líneas del diario. Al terminar de leer, sonrió dándole la bienvenida.

—¿Tus padres son franceses?

Y Cloé asintió tratando de entender lo abrupto de la pregunta.

—Anda con ellos a casa. Que nos vemos mañana.

En el camino de regreso compró un ejemplar del mismo periódico y entendió su preocupación. De Gaulle, luego de perder un referéndum que buscaba reformar la constitución francesa, se había visto obligado a renunciar y la cabeza del Senado, Alain Poher ocupó de inmediato la presidencia interina en tanto se organizaban nuevas elecciones. El Palacio del Élysée, la casona de Rue du Faubourg que desde la Segunda República había funcionado como despacho presidencial, se encontraba vacío otra vez.

Ya su padre le había contado cómo, en medio de las protestas del Mayo de 1968, De Gaulle había salido de ella por miedo a una revolución encabezada por estudiantes y trabajadores.

—¡Un francés con miedo a los franceses! —llegó a decir enojado, frotando con el lomo de su mano la barba mal cortada de tres días.

Debió haber empacado pocas cosas porque regresó pronto, huyó y se escondió seis días en los cuarteles franceses de Baden-Baden, en Alemania. El lugar se transformó en la palabra repetida de sus juegos de infancia, cada que sus padres le preguntaban dónde se encontraba cualquier cosa que había perdido.

—Chloé, où est le stylo?

—Baden-Baden!

—Où est votre pantalon?

—Baden-Baden!

La nota del diario avisaba, amenazante, cómo la renuncia del general hacía perder el estandarte que logró unificar el país bajo el gaullismo, corriente conservadora con brazos izquierdos. Se abrían entonces las puertas a las estructuras más ultras del nacionalismo francés y con ellas, reaparecían los vestigios del gobierno de Vichy. Aquellos quienes un día defendieron ideales rojos, como Jean Marie y Dominique, tendrían que temer.

Durante los veintinueve días del interinato de Alain Poher, ocho reos condenados a muerte mantuvieron su cabeza. Dos más fueron condenados a la guillotina y el presidente temporal perdonó la vida a un par que esperaban morir en las ciudades de Nancy y Besançon.

Esos días, Bernard descansó en la misma tranquilidad que se venía sintiendo desde meses atrás en el departamento de la colonia Roma. Jean Marie Gilbert le había dado la espalda a Francia cuando el Partido Comunista coqueteó con posturas a favor de las huelgas de Mayo y en contra del movimiento revolucionario que inundaba los aires de París. Las diferencias entre izquierdas y derechas se diluían entre distintas percepciones sobre economía y apenas uno que otro aspecto de la administración social, pero él necesitaba en Europa un mundo de buenos muy buenos y malos muy malos.

Al llegar con sus padres, Cloé se encontró con los rostros de la

displicencia. Miles de migrantes crecieron por el contacto con lo mejor de las sociedades a las que llegaban. Jean Marie y Dominique absorbieron lo peor del conformismo y con la idea de franquear el paso por sus nuevos caminos, se hicieron pequeños.

Cloé nunca le mencionó a Eulalia la indiferencia de sus padres, aunque el intento fallido de tocar un tema que pensó les interesaría sirvió para encontrar en Eulalia la cercanía ausente en casa.

Si bien su relación fue construyéndose en poco tiempo, llegó al punto del pensamiento futuro, y en el testamento de la malacóloga se indicó que toda la colección de conchas fuera entregada a su alumna, transformada en algo parecido a una hija. La decisión sobre su legado la tomó al recibir una carta de Nueva York, seis años después de la primera taza de café que tomaron juntas. En la correspondencia del Museo de Historia Natural de Nueva York se aceptaba recibir la colección y cubrir los gastos de embalaje y envío. Habían accedido a colocar una placa con el nombre de Eulalia afuera de la sala donde las piezas serían exhibidas, y junto a la carta venía un formato con espacios en blanco que la malacóloga debía llenar y devolver, para recabar los datos necesarios al momento de expedir su boleto de avión: México-Nueva York. Una nota escrita a máquina acabó con sus planes, avisando que la petición de incluir un pasaje extra, a nombre de Cloé Gilbert, excedía las posibilidades económicas de la Sociedad Americana de Historia Natural.

En la tercera visita de Cloé, una charola con *éclairs* de distintos rellenos y cubiertas esperaba junto al termo. Los pastelillos eran una atención de la malacóloga, quien buscaba enmendar algún tinte de sobresalto desmedido ante la renuncia de De Gaulle. La noche anterior, terminando de trabajar en su investigación sobre patrones gráficos en la flora endémica de la ciudad, se topó con una pastelería presumiendo de francesa y pidió seis piezas: dos de café, otro par de chocolate y unos más, rellenos de crema pastelera y cubiertos con ralladura de cacao. Aún no conocía los gustos de su nueva amiga como para saber cuáles serían sus predilectos.

Fumaron un cigarro, bebieron café, comieron el postre y se dirigieron a la habitación de la catalana. La cama estaba perfectamente tendida, ni una sola mota de polvo se adivinaba en las paredes, limpias como para comer en sus esquinas. Los cristales redondos de la vitrina con las *Cypraeas*, pero en particular ese día los conos, brillaban llamando a que las dos mujeres se acercaran.

En una clase anterior, la malacóloga mencionó las trece cavidades huecas del interior de la concha de un nautilos y analizaron, como lo hicieron los griegos, la espiral logarítmica del animal.

$$r = r_0 e^{b.\theta}$$

Comentaron las proporciones de los hexágonos en un panal de abejas, la distancia entre los círculos concéntricos de una onda en el agua. Las formas geométricas en el capítulo de una flor, alrededor del pedúnculo donde las abejas descansan para alimentarse y luego polinizar. Pero esas abejas, con patrones dibujándoles alas y cuerpo, también dieron de qué hablar. La naturaleza tenía un sinfín de números escondidos en sus formas. Todas las conchas de la colección estaban decoradas con patrones naturales, algunos más sencillos que otros. Pecas de colores se acomodaban en algunas superficies de los moluscos, permitiendo que esas figuras se imprimieran en los cuerpos, con tal precisión, que los espacios vacíos entre cada una de las manchas ocupaban la misma área a lo largo de todo el cuerpo de los animales. Los conos, representaban figuras más complejas, las más extrañas y aritméticamente exactas en la naturaleza. Si bien algunas de esas conchas tenían motas, éstas estaban acomodadas de tal forma que los espacios entre ellas dibujaban un trazo imaginario repitiéndose constantemente. La mayoría tenía dibujadas una serie de líneas parecidas a la gráfica de un electrocardiograma. Crestas y depresiones que, en teoría, eran traducibles a una ecuación.

Era viernes, ninguna de las dos debía presentarse en la universidad. Tenían espacio para adaptarse y hacerse cuantas preguntas sobre moluscos quisieran. Eulalia no tenía ninguna limitación sobre los espacios permitidos para fumar en su casa; se acercó al buró de la cama, abrió un cajón y sacó de un paquete de diez cajetillas la más cercana a la abertura hecha el día anterior. Cada cuarto tenía por lo menos un cenicero, a veces de vidrio soplado, de cerámica mexicana y algunos eran antigüedades, adquiridas en sus paseos por los mercados que frecuentaba. Junto a la vitrina de los conos y las *Cypraeas*, destacaba un gran bloque de ónix pulido con receptáculo cóncavo y dos hendiduras para descansar las colillas. Frente a ese punto del cuarto, ella pasaba horas tratando de encontrar algún tipo de lógica en los patrones de aquellas conchas, casi siempre bicolores. Sus estudios hasta ese momento, se habían centrado en encontrar qué especies mantenían dichos esquemas y cómo se habían modificado. En la mayoría de los especímenes analizados, encontró una o cuando mucho dos formaciones transmutables a números; pero en los conos, llegó a descubrir hasta cincuenta líneas distintas que, estaba convencida, representaban una compleja operación aritmética.

La vacante en la repisa de la familia de gasterópodos puntiagudos estaba reservada para un cono en particular. Eulalia sólo lo había visto en fotos por lo extremadamente complicado que era encontrar uno en buen estado: *Conus gloriamaris*. La *Gloria de los mares*, proveniente de las Islas Salomón, donde era frecuente hallarla en fósiles, atestiguando lo arcaico de la especie. Por su rareza, llegó a ser considerada la más

extraña de las conchas marinas.

La pasión por ella se desató en Eulalia gracias a uno de los libreros de viejo en La Lagunilla. Un tipo delgado con las yemas de los dedos amarillas, no por nicotina sino gracias al hojeo de volúmenes antiguos. Le consiguió tres páginas del catálogo del gabinete de curiosidades del rey de Dinamarca, fechado a finales del XVIII. Entre manchas de humedad, encontró el registro de un ejemplar comprado en una subasta en 1792, destruido inmediatamente a la vista de todos los presentes al evento para que el comprador, dueño de un *Gloriamaris* en mejor estado y poseedor de la corona danesa, tuviera el único espécimen en Europa.

El sueño de la catalana quedaba como un marco sin cuadro en una galería de arte, esperando el momento y la fortuna de la vida para hacerse de uno.

—¿Cómo matan?

Cloé se había quedado con la frase que la malacóloga le dijo dos días atrás. Aunque la historia de la *Gloriamaris* guardaba su toque de misticismo sobre el objeto, no le fue tan llamativa como la *Cypraea* anterior. Tratando de evitar la decepción, queriendo escuchar una historia aún más fantástica, guardó el recuerdo del comentario de su maestra para ver si con él recuperaba el interés en una concha que perdía por momentos su lugar como favorita dentro de todas las especies, a pesar del entusiasmo de Eulalia por compartir su deseo.

—Los conos matan por venganza.

La historia había enseñado que sólo uno que otro primate, los más avanzados, acababan con la vida de un similar por el gusto de cobrar alguna cuenta. Eulalia se dirigió a la mesa de noche en una de las paredes del cuarto, sostuvo su cigarro apretando los labios y levantó un par de libros. Tomó el de hasta abajo. Una copia facsimilar de los estudios de Hieronymus Chemnitz, concólogo europeo especialista en conchas marinas cuyos estudios no abarcaban, como lo hacen los malacólogos, todo lo que rodea a los moluscos.

—Ellos sólo se ocupan de sus caparazones —dijo la catalana con un aire de desprecio.

El hombre había descubierto especímenes de conos con muestras de tortura e intentos de asesinato por parte de otros de su tipo.

La forma de atacar de los conos era fascinante para los estudiosos. Con la parte viscosa de su cuerpo, se arrastran por las profundidades y adhieren a las rocas. Escondido en ese pie musculoso, guardan un largo tentáculo, bastón extensible para enfrentarse a sus enemigos. Con él inyectan un ácido, disolviendo un punto en el caparazón de sus contrapartes para luego, en un segundo y cruel ataque, paralizar parcialmente al individuo. Hieronymus había encontrado moluscos vivos con un perfecto orificio, resultado de la inyección corrosiva

sobre su concha. Animales a los que en ocasiones les faltaba una pequeña parte de su cuerpo, cortada por el animal atacante para que la víctima aprendiera con quién no debía meterse.

Eulalia caminó de vuelta hacia la vitrina; la brasa de su cigarro estaba a punto de llegarle a la boca, con la colilla encendió uno nuevo. Continuó, como si se encontrara dando una conferencia, explicando las peculiaridades en la forma de matar de su especie consentida.

La mayoría de los animales que la zoología había estudiado mataban y se comían a quien perdió la vida. Sobre ese orden nadie cuestionaba a la naturaleza.

Para sus investigaciones, Eulalia había colocado dentro de una gran pecera dos conos de similar familia y subgénero, animales pertenecientes al mismo grupo, sin diferencias biológicas tangibles entre sí. Por días los alimentó con plantas y pequeños organismos, lo suficiente para que subsistieran. Pasada una semana de hambruna, separó al famélico par y uno de ellos se sació con un trozo de merluza, comprada en el mercado de mariscos cercano a la universidad. Al colocar el cono alimentado con plantas cerca del ejemplar satisfecho con la carne, el animal poco afortunado se las ingeniaba para robar un pedazo y el primero lo permitía.

—Pero no creas que la solidaridad es hermana del hambre —lanzó Eulalia en una suerte de acertijo—. Antes de atreverse a tomarlo, el ladrón extendía su tentáculo venenoso, poniendo por delante la letal arma, pero apenas lo guardaba y se alejaba para alimentarse, el cono ultrajado lo emboscaba y paralizaba inyectando una cantidad de ácido mucho mayor a la necesaria para inmovilizarlo. Hasta cinco minutos de contacto, metiendo el líquido dentro del organismo en lugar de los segundos que habitualmente duraba la operación. El cono ladrón iba poco a poco perdiendo la capacidad de moverse, ninguno de sus reflejos respondía y al final, el líquido acababa con su vida. El asesino no recuperaba el trozo robado, solo se quedaba frente al muerto y giraba lentamente dándole la espalda.

La venganza como instinto primario.

Al inicio de la semana siguiente, Cloé encontró, junto al café y pastelillos de crema con cacao, catorce libros sobre moluscos marinos y sus conchas; siete en español, cuatro en inglés, dos en francés y uno en japonés, que debía usar para comparar los contenidos de las vitrinas con las fotos, dibujos o grabados que encontrara. Revisaría los nombres en latín para buscar datos en los demás volúmenes, a veces con más información pero peores ilustraciones. Sobre la vitrina más grande, una cámara Honeywell Pentax, modelo nunca importado a México y sólo de venta en los Estados Unidos, con un lente Takumar veinte milímetros, suficiente para fotografiar cada una de las piezas y

registrar atrás de las impresiones, recibidas a los tres días de haberse enviado a revelar, el filo, clase, orden y familia de cada ejemplar.

Cuando Cióe regresó a la casa de Eulalia con una de las últimas entregas de impresiones que completarían el catálogo, listas para mostrarlas y archivarlas, encontró bajo la puerta principal un sobre tapizado de sellos postales con el rostro de Hirohito, el emperador Shōwa. Arriba de ellos, tres timbres del general De Gaulle.

El mismo año, apenas un mes después de la ejecución de Jean-Laurent Olivier, el hombre que siendo niño tenía asco de los pescados e hizo del subsuelo su mundo, salió de París por segunda vez. Al escuadrón encargado de la guillotina se le dio cita en la prisión de Limoges, un viejo edificio ostentando en su puerta una placa en honor de los miembros de la Resistencia, ejecutados contra sus muros. Uno que otro agujero de bala recordaba el sonido de los disparos.

Llegaron los verdugos, los recibió el abogado del condenado a quien iban a cortarle la cabeza. Un pequeño hombre de traje largo, dos tallas por encima de la suya, agitando contento el documento responsable de la alegría de su cliente. Había logrado probarle a un juez su inocencia.

Tras la renuncia del general De Gaulle, Georges Pompidou, su antiguo primer ministro, ganó las elecciones sobre el socialista Mitterrand. Bajo su mandato tres personas murieron en la guillotina, a otros trece les fue perdonada la vida y dos más demostraron que el Estado no tenía pruebas para declararlos culpables, menos para asesinarlos. El nuevo presidente se oponía abiertamente a la pena capital y media decena de veces el escuadrón se preparó inútilmente para trasladar la guillotina y abordar las camionetas. Otras tantas, salieron hacia las prisiones donde los esperaban y al llegar, un cable proveniente del Élysée le conmutaba la pena a un desdichado que pasó la noche pensando que sus horas se agotaban. Las visitas perdían sentido y adquirían costumbre.

Las tareas de ejecutor le abrieron a Bernard las puertas del ocio, perfeccionando las labores del hombre de la época. Tres veces por semana, el escuadrón trabajaba en la penitenciaría de Rue de la Santé. Afilaban la navaja, realizaban simulacros del desarmado y armado de la guillotina, practicaban el levantamiento de un recluso hipotético —con la actuación de uno de ellos—, elegido con la vara más corta del puño cerrado de Obrecht y terminaban con la ejecución de un maniquí de paja. Todo en unas cuantas horas. El resto del tiempo era un espacio destinado a los trabajos de seducción y algo de juerga. Con la rudeza de los héroes del cine americano, pasaban las tardes bebiendo en los oscuros bares de Pigalle, toqueteando a prostitutas que en sus encajes mostraban la clase del oficio que luego se fue perdiendo, cuando terminaron ofreciéndose en los barrios de árabes, abajo de los puentes del metro, o junto a las puertas atiborradas de marroquíes buscando saldos en las tiendas Tati.

Bernard nunca compró momentos con aquellas mujeres, le recordaban a las que lo criaron. Mostrando singular facilidad, sus compañeros se identificaban en cada tugurio presentando las placas de servicio y así evitaban pagar las cuentas de sus consumos. Con igual gusto se prestaban al intercambio de palabras y caricias. Ellas les habían dado el derecho de llamarlas por su nombre de pila, mientras en sus casas los esperaban para cenar a las siete de la noche. Para esos hombres, las visitas a los burdeles clandestinos —porque las llamadas "casas cerradas" habían sido decretadas ilegales por petición de la mujer de De Gaulle al finalizar la guerra— no implicaban un acto de traición a sus parejas. Defendían que en la naturaleza eran pocas las especies monógamas, y sostenían tal afirmación en su entendimiento de la ciencia. Lo habían visto en el zoológico del Jardin des Plantes, en una visita oficial que buscaba darle alguna educación y pasatiempo a los miembros de la policía. En esa ocasión, el guía encargado de mostrarles el parque gritó desentonado para hacerse escuchar entre las risas provocadas por el celo de un grupo de perros de pradera, seis hembras y un macho compartiendo jaula por una imprudencia de la administración.

Los emplazamientos morales con los que se fundaron las concepciones de fidelidad resultaban apreciaciones relativamente nuevas. Conceptos de una evolución cercana a lo social, lejos de la biología. Sin embargo, nada de eso era lo que le impedía al hijo del pescadero llevarse a la cama a esas mujeres, con las que sus compañeros experimentaban fastuosos lo que en casa, pensaban, estaba prohibido.

Bernard, a causa de la ocupación de su padre y el recuerdo de las catacumbas, tenía serias preocupaciones sobre la higiene. Se lavaba las manos repetidas veces en pocas horas y jamás usaba el mismo pantalón dos días seguidos. En La Santé, tomaba una toalla de papel para abrir la puerta del baño, y jamás saludó a sus compañeros hasta que éstos se hubieran puesto los guantes de servicio. El mero pensar en compartir con alguien incapaz de cumplir sus requerimientos sanitarios le producía una repulsión difícil de ocultar. Ni siquiera por aliviar sus necesidades masculinas lo habían visto tocar a alguna de las mujeres que veían en él los atributos físicos del galo con una cartera relativamente llena y demasiado tiempo libre. Chevalier y su tío comenzaron a dudar del compañero ejecutor.

—Frente a dos tetas piensas en mamar o en comer —dijo Obrecht, haciendo alusión a su posible homosexualidad. Al final, prefirieron especular acerca de su extraño desinterés, más fácil de aceptar en la convivencia diaria.

Los ejecutores se comportaban como una pandilla yendo junta a todos lados, compartiendo sus secretos y perversiones como lo hace un

grupo de adolescentes.

Hasta que el hombre de la gran nariz los sorprendió.

—¡Pero estás loco! —le reprochó Chevalier a Bernard, cuando éste se atrevió a preguntarle, desafiante pero sin querer serlo, por qué no le pedía a su novia hacer lo mismo que él practicaba con particular deseo a una de las prostitutas, a quien parecía haberle agarrado cariño.

Su pregunta, llena de la ingenuidad del inexperto de imaginación volátil, no tuvo respuesta más allá de esa ligera ofensa. Gran imprudencia la que le permitió continuar. Describió lo que le haría a su mujer si la tuviera.

La pornografía de inicios de los setenta no llegaba a la sofisticación de la moderna, las parejas no veían aún en ella el instructivo a seguir y sin embargo, en la mente de Bernard transitaban imágenes que hubieran sido bien recibidas, aplaudidas y censuradas incluso por la mayor estrella del cine triple equis. Del reproche al mojigato pasaron a temer la cercanía con el perverso. Los *bourreaus* intentaron no invitarlo a sus tardes de ocio. Solo formó parte del grupo si su aburrimiento provocaba que se le incluyera forzadamente a las bacanales que disfrutaba como observador. Su presencia primero incomodó a los demás, al punto de cortar la excitación. Luego, la costumbre de estar con quien no abre la boca permitió lo fueran tolerando y poco a poco lo hicieran, muy de vez en vez, parte de sus tímidos juegos.

Debido a la frecuencia de esas visitas a los burdeles, Sophie Griffon dejó a su novio: Simón Blair, ejecutor adjunto encargado del armado de la plancha de la guillotina y responsable de cerrar la cesta principal al momento de arrojar en ella la cabeza del condenado. La bailarina, en sus sueños, quería ser *coripheo* y parecía estar estancada como parte del cuerpo de baile de la Ópera Nacional de París. Se habían conocido en una función de gala organizada en honor a la gendarmería francesa en el Palacio de Garnier y luego de una gran pelea, memorable por su violencia y la cantidad de objetos volando en todas direcciones, terminaron una relación de dos años. Sophie lo echó de su casa esperando que, con la separación, Simón abandonara sus hábitos y regresara para sólo interesarse en ella. Deseaba que ese hombre se volviera a fijar en su cara redonda y labios carnosos, ocultos bajo su cabellera lacia y negra.

Semana a semana, Sophie visitó las afueras de La Santé, quedándose al otro lado de la calle frente a la puerta. Permanecía ahí hasta el fin de los entrenamientos del escuadrón. Los veía salir, manteniéndose estoica hacia él, que la ignoraba fingiendo no darse cuenta de su presencia. Entonces se arrojaba al llanto, pronunciando su nombre, buscando pudiera él leer sus labios y entendiera que lo llamaba.

Después de un mes de visitas, Bernard, quien ya no formaba parte tan frecuente del grupo que iba a Pigalle los lunes, miércoles y jueves, descubrió a la bailarina arrodillada en el suelo. Recargaba su espalda contra la pared, observando cómo Simón Blair seguía su camino.

Bernard la había visto en un par de ocasiones, cuando esos dos eran pareja. Cruzó la calle y con las lágrimas de la mujer pegadas a sus grandes pestañas, se enteró del rompimiento.

El *bourreau* de remplazo colocó su chamarra en el suelo para no tocarlo. Se sentaron en la calle, platicaron por casi tres horas, rompiendo los límites impuestos por los cánones de amistad masculina. Empezó a llover y se refugiaron en un café, bebieron Oranginas. Repitieron el encuentro por los siguientes cinco días, a escondidas de todos los conocidos comunes. La última de esas primeras citas, Bernard la invitó a desayunar y despertaron juntos. Todo lo que le describió a Chevalier y sus compañeros, eso que para él era una gran noche de cama, lo hizo con ella a lo largo de unas cuantas horas. No era la vulnerabilidad de la mujer lo que permitió que se llevaran a cabo los cuadros más seductores. El goce de lo *sucio* era bien recibido por quien se disponía a abandonar en privado los antifaces de lo público.

Los encuentros aumentaron su frecuencia a medida que Sophie fingía haber dejado de pensar en el otro ejecutor. Falsa estrategia, veía a Bernard con un toque de melancólica tristeza, las mañanas cuando él se vestía el uniforme para dirigirse a la prisión. Ella decía querer olvidar a su anterior pareja. Él intentaba tranquilizarla cada que sus gritos rebotaban en los espacios donde se encontraban y, al final, aceptaba entre llantos que aún quería a Simón.

Terminando las crisis, la culpa se pagaba con muestras de agilidad y control muscular propios del cuerpo de una bailarina. Para Bernard el acuerdo parecía justo, pero el resto del escuadrón no tardó en darse cuenta de lo que pasaba. Todos aparentaron que nada ocurría. Los hombres fuertes eran inútiles para confrontarse entre colegas, también para reconocer los ánimos de venganza flanqueando a cada minuto del reloj.

La cercanía confundió sus sentimientos. Una noche él la esperó en su departamento, ansioso, con nuevas ideas para ejecutar sus más elaborados deseos. Ella tocó el timbre y subió hasta el ático, que, como los del resto de la ciudad, habían sido construidos para alojar a la servidumbre de edificios lujosos y ahora estaban adaptados para ser departamentos baratos. La puerta entreabierta dejó ver la mitad de su angustia, Sophie mostró el rostro del terror al anunciar que creía estar embarazada. Su única precaución, un apresurado, mecánico, bosquejo de dibujo seductor. La no pedida fidelidad a Bernard hacía indudable su parte. Sentados en el piso del departamento se vieron las manos por

ocho horas, recargados en la base de un sofá tapizado con lona gris. Las cabezas apuntando a la puerta cerrada del baño.

Los entrenamientos en La Santé le habían permitido a Bernard conocer a algunos reclusos, que saludaban al escuadrón cuando los veían pasar. Cada *hola* cargaba la intención de poner un rostro amigable en la mente de quien un día podría matarlos. Entre ellos, un santero francófono proveniente de Guyana, arrestado en el aeropuerto de Orly por intentar importar veinte kilos de hierbas, mezcladas, secas, destinadas a servir como té abortivo. Al momento de su detención, poco sabían los inspectores de aduana sobre el fin de las plantas decomisadas, confiscadas por infringir el reglamento de salubridad, que prohibía la entrada de todo tipo de productos naturales.

Bernard aprovechó su siguiente entrenamiento para esperar al reo en el comedor. A la una de la tarde timbró la campana dando aviso del horario de alimento y se sentó en su mesa para interrogarlo. Consiguió saber dónde podría adquirir una ración de las plantas supuestamente necesarias para terminar con aquel embarazo. Pagó con un libro comprado en las mesas de remate en una librería de Saint Michel; un volumen de las tiras cómicas de *Astérix*, recomendado por una atractiva mujer de rasgos árabes que leía sentada en el piso.

—Buenas tardes.

—Buenas tardes.

—¿Qué lees?

—La historia de un francés con la nariz grande.

A las once de la noche, cerca de uno de los prostíbulos frecuentados por el escuadrón, el *bourreau* de remplazo se adentró en el pasillo de un viejo edificio que, de día, servía como mercado de hierbas y alimentos asiáticos. Vestía de civil para evitar el rechazo natural a la policía en los barrios más bajos, cubierto con una chamarra de esas con las que los detectives del cine negro creen pasar desapercibidos. En el suelo, los zapatos de Bernard rechinaban al pegarse con las manchas viscosas que pisaban. El asco en su cara podía olerse en el aroma a curry impregnado en las paredes. Prestando atención, se llegaba a escuchar al otro lado de las cortinas de los comercios cerrados el sonido de gansos engordados a la fuerza para hacerles crecer los hígados.

Sophie esperó su regreso acurrucada en la cama, envuelta en las cobijas y con un par de enormes ojeras. No esperaron ni un instante, hirvieron en una gran olla dos litros de agua y arrojaron el kilo de yerba de ruda, orégano y canela que, junto con otras plantas, un adolescente moreno que hablaba un español incomprensible entregó en una bolsa de plástico transparente. Por ella pagó suficiente dinero como para vivir dos meses.

El efecto de la infusión debió de ocasionar tales contracciones en el interior del cuerpo de la bailarina, que todo debió terminar con una pronta visita al baño. Los efectos no fueron los esperados. Cuarenta minutos después de la tercera taza de ese líquido amargo, al que se había recomendado no agregarle azúcar, ella vomitó hasta perder lo rosado de su piel. Dos días fueron necesarios para recuperar parte de su semblante. Esa semana, Bernard no faltó a una sola de las sesiones de práctica en la prisión, ninguna sospecha era admisible. La legalización del aborto no llegó a Francia hasta 1975 y la rencilla entre él y Simón Blair sólo necesitaba de un pretexto para colmar, en un ataque de furia, una posible denuncia, ruina total de la vida.

Otro recluso, un hombre detenido en 1942, le confió a Bernard los datos de un lugar donde podrían realizar un aborto quirúrgico. Arrestado al ser intervenida la clínica en la que realizaba legrados clandestinos, sus antiguos clientes habían sido mujeres violadas por soldados alemanes. El doctor era de los pocos que salvaron la vida gracias a una de las conmutaciones otorgadas por De Gaulle de una pena impuesta en el gobierno de Vichy, que catalogaba el aborto como un crimen capital. El anciano médico llevaba tres décadas en una celda intentando recuperar su libertad.

Para el siguiente fin de semana, Bernard y Sophie tocaron el timbre de una triste oficina cuya higiene hubiera, en cualquier otro momento, alejado de forma instantánea al ejecutor.

Un ginecólogo los recibió en la antesala de su consultorio, los acomodó en un sofá de piel plástica bajo y sucio. Bernard no encontró una sola posición para sentarse sin imaginar el retrete de un baño público, de alguna estación de metro donde ni siquiera los *sinpapeles* aceptarían vivir.

Preguntas de rutina seguidas por un discurso tranquilizador. El doctor extendió una nota con el costo de la operación. Los tres se despidieron y acordaron la cirugía para el lunes siguiente. La hora de la cita daba tiempo suficiente para que él se presentara en La Santé, realizara su entrenamiento en la mayor normalidad y retirara del Credit Lyonnais cercano a su departamento todos los ahorros guardados en su cuenta de banco.

Esa noche durmieron juntos, mostrándose el cariño al que llega un par que sabe tenerse uno al otro.

Ella aprovechó la mañana para salir a la calle, respirar y, desde un teléfono público, hablarle a una de sus compañeras de la compañía de ballet, al que no había asistido reportándose gravemente enferma. Buscando aliviar la presión que tenía a cuestas, confesó sus problemas y cómo los resolvería. Marguerite, una de las doce *étoiles* del Granier, había vivido un asunto similar y sus palabras animaron a Sophie, quien comprometió a Bernard a comunicarse con la *étoile* una vez que

saliera del quirófano.

Los efectos de la anestesia tardaron tres horas en desaparecer. Bernard no dejó de dar vueltas alrededor de una mesa en la sala de espera, pensando en lo cutre del lugar. Extendía su nariz por delante del rostro, guía entrenada por las escamas y branquias de una niñez muy burda. En el consultorio, la humedad de alguna esquina infectaba sus pulmones.

Cuatro ocasiones entró al baño para lavarse las manos; decidió dejar de hacerlo con tal de evitar su puerta descompuesta, que obligaba a extender la pierna para poderla cerrar.

Dejaron de verse por unos días; cada uno trató de recuperar los espacios que desaparecieron tras una semana de convivencia bajo el mismo techo. Se extrañaron mientras las temperaturas despedían el invierno.

El veintisiete de abril de 1972 Obrecht, Chevalier, Blair, Bernard y compañía, recibieron por primera vez durante el gobierno de Pompidou la visita del mensajero dando citas al escuadrón. Llegaron a La Santé justo después de oscurecer, habían cenado juntos en el barrio latino. Ordenaron siete sándwiches griegos; baguettes con carne de cordero, asada en un trompo girando cerca del fuego y el carbón, separada con un cuchillo tan afilado que no pudieron resistir las bromas sobre el corte que harían a la madrugada. El vendedor, un hombre con más cara de armenio que de heleno, preguntó a cada uno si acompañarían sus sándwiches con ensalada o patatas; ninguno optó por la lechuga. Sólo el grupo era capaz de opacar los celos de Blair. El sentido de manada se recupera fácilmente, todo lo demás no importa y para ello nada mejor que la cacería o la muerte de un tercero. El disfrute del linchamiento, en términos menos precisos por la técnica en la que eran expertos.

Esa ejecución fue doble, la última que tuvo lugar en París. Los condenados, Claude Buffet y Roger Bontems, se conocieron en la prisión de Clairvaux. El primero fue acusado de varios crímenes, pero sentenciado por el asesinato de una mujer a quien secuestró haciéndose pasar por el chofer de un taxi, robado previamente. Para fingir que su muerte era un crimen pasional, luego de asesinarla sacó de su bolsa una caja de maquillaje y la insertó en su sexo. El segundo criminal, un exparacaidista francés, combatiente en la batalla de Argel, se convirtió en fontanero y cayó en manos de la policía al intentar asaltar un bar con una pistola de juguete.

Bontems se dejó llevar por Buffet en un intento de fuga que terminó en el asesinato, por parte de Buffet, de una enfermera y un guardia de la prisión.

El de la pistola falsa fue defendido por el célebre abogado Robert Badinter, uno de los más fervientes opositores a la pena capital, quien

pidió clemencia para un hombre que probó no fue él, sino su compañero, quien había matado.

En una llamada del Palacio del Élysée a Clairvaux, el presidente se negó a dejarlo con vida.

Cuando Bernard perdió su empleo en 1981, Badinter, quien ya era ministro de Justicia, recordó esa ejecución en los argumentos para promover la abolición de la pena capital. La simple posibilidad de cometer un error y asesinar a un ladrón de poca monta era razón suficiente para suprimir la idea de cometer un crimen en nombre del Estado.

Como la vez anterior en Amiens, Bernard fue un espectador. Buffet y Bontems fueron despertados a las cuatro y media de la mañana. Siguieron el protocolo y el equipo de *bourreaus* acompañó a los condenados a usar un escusado por última vez. Ejército de matones en espera de una cagada. A menos de que el condenado se negara a dicho privilegio, era ya una costumbre hacer más agradable y digna la ejecución. Intestinos y vejiga se encontraban vacíos. Al perder la cabeza, los esfínteres ya nada tenían que soltar.

Bontems fue el primero en caer sobre la plancha, unos minutos más tarde fue el turno de Buffet.

La excitación que Bernard sentía al ver a sus compañeros en los burdeles clandestinos era igual a la que en ese momento le invadía el estómago, mente y torrente. La misma que brotaba incontenible en Pigalle, al ver a sus compañeros tocando los senos de las furcias, ofreciéndoselos, apretándolos entre risas para molestarlo mientras otro le levantaba las faldas a una mujer para acercarse a ella por detrás.

El caer de la navaja se comparaba con el instante anterior al orgasmo. La sangre seguía dándole asco.

A las tres noches de la ejecución, Sophie y Marguerite citaron al ejecutor en un bar irlandés cerca de Châtelet, bebieron *stouts* y rieron en complicidad.

Sophie se necesitaba a sí misma, dejó de tener cabeza para Bernard y no hubo que esperar mucho para que Marguerite y él comenzaran a encontrarse a solas. Tres meses pasaron antes de darse cuenta de que ya vivían juntos.

La economía de Bernard se había visto fuertemente afectada por los gastos del aborto. Si bien el pago por ser ejecutor era bastante alto, estaba obligado a encontrar un segundo empleo que no requiriera presentar currículo ni hablar de su experiencia profesional para ser contratado.

Bernard siguió visitando cada tanto la librería de Saint Michel en busca de tiras cómicas, intentando reencontrarse con la mujer árabe, que le había provocado cierta intriga con sus grandes ojos, delineados con kejel, y sus mayores senos. De modelo de lencería. Cuando por fin

la vio en los anaqueles de obras de teatro, acompañada de un tipo blanco y delgado, supo que la cacería había terminado. El flaco hablaba español ibérico con acento seductor y labia de alborotador. Comunista seguramente, por sus ropas. Cerca de ahí, en un pasillo de locales comerciales para las clases altas y los turistas, un aviso pegado al escaparate pedía un vendedor de medio tiempo, para hacerse cargo de una tienda de conchas y minerales.

Coquialles du monde era atendida por Shirou Tomita, un japonés haragán y sin carácter que abandonó Tokio tras la evacuación de las tropas aliadas al final de la guerra. Vendía de mala gana la mercancía que su tío, quien mantuvo su residencia en Japón, enviaba cada dos meses.

Bernard aún no se familiarizaba con su nuevo empleo cuando una carta proveniente de Tokio llegó a la tienda. Shirou Tomita la abrió y al leer su contenido, le ordenó a Bernard volverla a cerrar y llevar a la oficina de correos, para reestampillarla y enviarla a México.

La carta se quedó en el centro de mesa del comedor de Eulalia, un frutero con manzanas. Entre sorbos de café, Cloé revisó una a una las fotos que recogió de un local de revelado en el camino a la casa de la catalana, dentro de un sobre amarillo, rotulado con el emblema de Kodak.

Las conchas habían resultado difíciles de fotografiar, más de lo esperado, sus líneas curvas y brillantes superficies reflejaban la luz de manera impredecible, sin constancias. Encontrar el ángulo perfecto era engañoso, los destellos sobreexponían las partes más altas de las piezas, impidiendo ver algunos detalles cuya poca observación, dejaba confundir algunas especies con otras.

En la tapa del termo sirvió una segunda taza de café, su maestra lo había dejado listo antes de salir temprano a la universidad, para presentar los últimos avances de su investigación. Cloé odiaba al Comité de Becas de la facultad más que a las presentaciones, y no tanto por un problema con su autoridad: la animadversión, ligeramente prejuiciosa, surgía de considerarlos unos imbéciles. Miró su reloj, ella no debía tardar. Volteó a la barra buscando ahí estuvieran las llaves, esperando no se hubieran quedado pegadas en la chapa bloqueando la cerradura, como su distracción había hecho costumbre en los últimos años. La mirada se le desviaba al revisar los negativos de las fotos, acomodados en la tira de celofán. Distraída, los levantaba hacia la luz entrando desde una ventana próxima. El sobre que levantó a su llegada pedía atención insistentemente. Su papel era en extremo distinto al usado en la correspondencia local, blanqueado hasta hacer imperceptibles las impurezas de la celulosa. Las fibras restantes en la superficie de aquella carta indicaban una manufactura si no artesanal, al menos algo humana. La serie de sellos postales arrojaban más dudas, rostros de personajes parte de la historia y lo contemporáneo: Hirohito y De Gaulle como testigos de la herencia dejada por la guerra, manteniéndose décadas después en la cotidianidad de los hombres y países. Las direcciones impresas daban pistas para resolver el misterio, reenviada a su destino final por dos personas que se evidenciaban distintas en caligrafías opuestas. Una culta y perfeccionada por las horas de planas corregidas bajo la tutela de maestros disciplinados, la segunda sobreponiéndose a la primera y mostrando el manejo de pluma propio de un niño pequeño con ínfulas de adulto: *Transit* con letra dura, trazos verticales y alargados. La t

extremadamente alta, desarrollando la r e iniciando la a, como en el XIX explicó Lombroso en su atlas criminal. Mala la educación de quien había escrito, posiblemente sin siquiera saber lo que ahí se decía.

Se escuchó una llave entrar y girar por la cerradura, abrió la puerta y apareció Eulalia asomando su cabeza blanca, sonriente, amable como siempre sin importar lo que pasaba. Cloé se levantó de la mesa, tomó el sobre, lo entregó animosa para que la destinataria lo abriera frente a ella. Su maestra no había terminado de colgar su abrigo y dejar el bolso en el perchero empotrado.

En un mundo aún separado por los mares, el intercambio postal acercaba a los lugares. Cloé preguntó si podía conservar los timbres: habían viajado más kilómetros que sus sueños.

Como muchas de las ciencias desconocidas por la mayoría, la malacología se desarrollaba lejos de las miradas comunes. Dos veranos atrás, en el puerto de Mazatlán, se había realizado el primer Congreso Malacológico de América Latina, auspiciado por una gigantesca y poco común tienda de conchas. El establecimiento era propiedad de un americano leonino, que hacía negocios comprando a los pescadores más pobres del puerto centenares de kilos de lapas, *Cypraeas* corrientes y grandes volutas playeras. Insumos en la manufactura de recuerdos para turistas, vendidos a precios altos en las tiendas de gran parte de los hoteles del pacífico mexicano. Al congreso asistieron una veintena de personas provenientes de Asia, Estados Unidos y Europa. Eulalia viajó en camión y se hospedó tres días en un motel, normalmente usado para las expediciones fugaces de parejas ocupando las habitaciones por unas cuantas horas. Visitó la tienda de dos pisos y no encontró una sola concha que no tuviera. Caminó por la playa, comió pescado asado en la fogata de una palapa de palmera y asistió a la conferencia de Ekioh Yato, un empresario japonés de más o menos reciente ingreso a las altas esferas económicas. Se decía que había amasado una considerable fortuna gracias a su participación en distintos negocios cuando vivía en Roppongi, el barrio de entretenimiento de las tropas aliadas que ocuparon Japón desde el fin de la guerra hasta 1952.

Ekioh Yato ostentaba poseer la colección de conchas más grande del mundo, cosa difícil de probar pero seguramente cierta. Con un rústico sistema electrónico de traducción simultánea, Eulalia escuchó atentamente los cien minutos de ponencia. El japonés, largo, delgado y de rasgos toscos, mostró sesenta diapositivas con las piezas más valiosas de su colección: la espectacular *Xenophora pallidula* con un coral blanco y ramificado, dos veces su tamaño, reluciendo en su cresta. Dos *Cypraea auratium*, grandes y rojas. En lugar de tomates, parecían globos llenos de agua, de ésos que avientan los chicos en las fiestas infantiles a escondidas de sus padres. Una *Cypraea fultoni*

extirpada por él mismo, abriendo lentamente a una ballena con su tradicional espada de acero. Extraordinaria precisión y corte en un solo movimiento, rebanó en dos a un cetáceo de cinco metros, ensartado por la cola con un garfio, sostenido por una cadena colgada al techo en un local de su propiedad en el mercado Tsukiji. Había comprado el establecimiento de productos del mar para tener acceso a los animales desembarcados de los buques pesqueros, previniendo que alguien más pudiera hacerse de su contenido. A la penúltima diapositiva le precedió la sonrisa oculta del orgullo y la codicia saciada: tres *Gloriamaris* en perfecto estado, de regular tamaño y a primera vista iguales. En la siguiente transparencia, un acercamiento a las líneas adornando sus cuerpos mostraban ligeras diferencias. Dos de ellos, como ocurría con todos los conos de esa especie, contaban con un decorado de gráfico idéntico. El tercero, presumiblemente por el efecto de una mutación, llevaba impreso un patrón aberrante, haciéndolo único en el mundo sin comprometer la familiaridad con su especie.

—¿Cuándo una especie deja de serlo? —dudó curiosa.

Ese, era un *Gloriamaris* distinto.

Eulalia contuvo su aliento al prenderse las luces, atenuadas para permitir la proyección de las imágenes. Esperó un instante antes de acercarse a Ekioh Yato. Había investigado sobre los rituales obligados a la hora de las presentaciones niponas y, teniendo de frente a aquel hombre, sostuvo con las dos manos su tarjeta de investigadora de la universidad. No la soltó hasta que el otro la tomó de igual manera. Con un inglés maltrecho, los dos se entendieron. Aparentando tener más recursos de los existentes en su chequera, mostró interés en comprarle una de las dos piezas que a ella le faltaban. Molesto por el atrevimiento, negó rotundamente la venta de las joyas de su colección, pero ofreció ponerse en contacto, si algún día otra de ellas llegara a sus manos.

La carta de Tokio daba aviso al sobrino de Ekioh Yato; una muy pequeña *Cypraea fultoni* de mediana calidad había sido extirpada y su venta se realizaría en la tienda parisina.

La foto de la concha usada como postal llegaba a las manos de la malacóloga. No entendió uno solo de los símbolos escritos a su reverso en japonés, solo las cantidades 3,000 y 8,000 plasmadas con números arábigos. Gracias a la holgazanería de Shirou Tomita, quien debió buscar los servicios de un traductor y servir como enlace, fue conocida la dirección del empresario en el distrito de Shinjukuc.

La imagen de la concha hizo suponer a Eulalia el motivo de la correspondencia.

—¿Tú tampoco lees esto? —preguntó en la alegría de una emoción temerosa.

La fragilidad provocada por las posibilidades. Si el texto en realidad decía que una *Fultoni* estaba disponible, ¿qué había que hacer para tenerla, cuánto costaba y dónde la podría ver? En la imagen impresa a manera de *collage*, se podía observar la concha desde sus cuatro ángulos: arriba, abajo y cada lado. La parte inferior dejaba nacer un volumen esférico y en la base de un blanco amarillento, unas cuantas motas rodeaban la abertura por donde el animal extendía la parte exterior de su cuerpo. Desde arriba, las manchas se difuminaban para transformarse en un gris lechoso, color sólido. Sobre él se descubrían líneas oscuras de un café intenso, dibujando una especie de mapa que en todos los especímenes se parecía más a África que a Europa o América.

La distancia entre Cloe y sus padres, producto de su papel como adolescente, se extendió al principio de su edad adulta. Eulalia cubrió la necesidad de una figura tutelar, que pudiera encontrarse en la amistad. Voz faltante al haber dudas imposibles de cuestionar a quienes la rebeldía aleja. Las risas de la camaradería protegida con el cariño de lo elegido, no determinado, construido en la confianza del lenguaje compartido, se transformaron en carcajadas a lo largo de todo el día durante la épica búsqueda de alguien capaz de traducir el reverso de la foto.

Cloe buscó un último trago en la tapa del termo. Eulalia se la arrebató, arrojó al lavabo y sirvió café en dos tazas de porcelana. Prendieron un par de cigarros. La catalana señaló hacia un cenicero, su alumna lo llevaría a la mesa. Agitada, giró el disco de su teléfono, marcando al Instituto de Lenguas Extranjeras de la universidad, tratando de encontrar a un traductor dispuesto.

El verano mexicano no es siempre soleado, un trueno a media mañana dio aviso de la primera tormenta de la temporada. Salieron a la calle con un solo paraguas y apretándose bajo él, detuvieron a un taxi y lo abordaron. Avanzaron dos calles, la sonrisa de una contagió a la otra. El chofer, morocho y de bigote mal crecido, volteaba sin cesar a la parte trasera del vehículo. Traía tanto producto químico en el pelo, que la humedad poco a poco desvanecía su peinado. Un tarjetón anunciaba su extraño nombre, pegado en la ventana lateral derecha, impidiendo ésta cerrara, dejando entrar gotas que mojaban el asiento. No pudieron evitar preguntarle su origen. Les explicó que su padre, enamorado de uno de los pocos libros de su juventud, lo llamó Ivanhoe en honor al héroe y, con ese bautizo, le contagió el gusto por las letras. Si las veía e importunaba, pedía disculpas. Estaba en búsqueda de inspiración. Con pluma y papel en mano aprovechó cada semáforo en rojo, él decía ser un escritor. Componía versos

románticos, los vendía por pocos pesos a grupos musicales, tocando en cantinas y bares de mala muerte.

En silencio, mordiéndose los labios con los dientes para no cometer ninguna imprudencia, escucharon al taxista cantar *a capella*. Con la mano izquierda sostenía el volante, con la diestra el cuaderno donde había escrito su última canción.

Del Instituto de Lenguas Extranjeras las enviaron a la embajada de Japón, ahí no había quien pudiera ayudarlas. Cuando la recepcionista contestó el teléfono, confundió a un coreano que se ofendió terriblemente al ser presentado. Ya no llovía.

Otro taxi, ahora conducido por un hombre que disfrutaba su trabajo porque en él encontraba con quien hablar. En sus tiempos libres, el hombre criaba gallos de pelea en el patio de su casa a las afueras de la ciudad. Ahí, el México rural se empequeñecía con el avance urbano que año con año se comía los cerros alrededor de la capital. En su antiguo país, Eulalia despreciaba las corridas de toros. El rechazo le impidió seguir con la conversación. Cloé permaneció atenta, aprendió que los huevos al salir de la gallina eran blandos y se endurecían hasta entrar en contacto con el aire. La dualidad de los hombres. A veces la ciencia teórica olvida el conocimiento del campo. El criador de gallos amaba a sus animales, los criaba para matar y si alguno perdía, la familia entera se sumergía en desolación y nueve días de luto. El acuerdo con los animales era honesto: ejercicio unos días antes de la pelea, dos o tres picadas para levantar el ánimo combativo en lo más primario de las bestias. Se rechazaban las peleas arregladas, cobarde forma de sentenciar al perdedor. Una navaja mal puesta, a veces demasiado apretada, para que la falta de circulación en la pata del gallo hiciera que se entumiera y no pudiera atacar. Otras, tan floja que aunque lo intentara y acertara, nunca se clavaba en su oponente. Si los animales hacían su trabajo y arriesgaban la cresta para que sus dueños, ganando apuestas llenaran de comida sus mesas, no había derecho de jugarles sucio.

Los hombres civilizados no pactaban fuera de los negocios de caballeros.

Ambivalencia evolutiva. El circo de la ejecución pública se disfruta aunque se mantenga en lo privado.

Llegaron a su destino, pagaron con unas cuantas monedas y no esperaron el cambio. Valía la pena pagar por aquella conversación. Incluso cuando se podía entrar a una embajada tocando el timbre, la hora de la comida recordaba lo sagrado. Eran las dos de la tarde, la ventanilla de la embajada donde las podrían auxiliar permanecería cerrada por una hora más.

A unas calles, buscaron hacer tiempo en un restaurante japonés, posiblemente el único en las cercanías. En esos días cuando la gente

caminaba grandes distancias para hallar algo y los teléfonos no eran útiles para todo, la casualidad servía como motor de búsqueda. El lugar era frecuentado por el personal de la sede diplomática. Tocaron el hombro de un hombre joven con pinta amable. Usando sus palillos, comía los *noodles* de un tazón de sopa con mariscos, articulando una destreza espectacular. No aceptó un centavo por leer el costo de la *Fultoni:* tres mil dólares. Tampoco por traducirles las palabras de Ekioh Yato ordenando a Shirou Tomita, escribirle en inglés a la señora de México "que confundía dónde debía estar su vestido", ofreciéndola en ocho mil.

Una semana después, Eulalia respondió la carta y la envió a Tokio.

Llegaría a París a finales de agosto para recoger la concha. En inglés, aceptó pagar los tres mil dólares. Agradeció muy a la mexicana, le dio vueltas a una simple despedida y con eso suavizó el texto donde, aseguraba, no era necesario entrar en discusiones de dinero que mancharan las buenas costumbres de una generación.

De cualquier forma, la suma inicial del japonés estaba muy por encima de lo que la catalana era capaz de reunir.

Por primera vez acompañada, Eulalia visitó La Lagunilla. Cloé se agarró de su brazo, caminó asustada entre los pasillos del mercado.

—¡Güerita!

El vendedor les mostró una *Tatchera marabilis*. La *Maravilla de los mares*, concha en forma de pagoda. Se la llevaron a cambio de dos inocentes besos en las mejillas.

Dejaron a consignación algunos ejemplares repetidos, con los mismos comerciantes que los habían vendido. Ellos se llevarían una comisión sobre las ganancias.

Eulalia trató de deshacerse de una cripta en el Panteón Francés, comprada al sentir suyo el nuevo país y convencerse que ahí se debía quedar. El mexicano, aunque dice burlarse, le teme demasiado a la muerte como para pensar en ella, menos aún para creer en la necesidad de vivir construyendo sepulcros. No tuvo la menor oferta. Entonces Cloé pidió un favor a sus padres.

La sorpresa de Jean Marie y Dominique obligó al encuentro con la catalana y se organizó una cena en el departamento de la colonia Roma. Una falla eléctrica en la zona dejó sin luz las casas y el alumbrado público apagado en las aceras. La malacóloga cruzó las calles, encendiendo y apagando su encendedor de bolsillo para que los conductores vieran la chispa, avisando así de su veloz paso. Alumbrados por unas velas, comieron fideuada, patés y trufas de chocolate. Las coincidencias temporales, empatía de los exiliados, sirvieron como aval de un préstamo, excusa de regalo que los padres de Cloé sabían nunca cobrarían, ni siquiera cuando se les intentó pagar.

La familia Gilbert por fin había encontrado cómo hacer feliz a su hija. La *Fultoni* sería de las dos.

Apresuraron el viaje de la catalana para hacer coincidir su regreso con los días previos a la titulación de Clóe, el mismo día que se ejecutó al último condenado del gobierno de Pompidou.

Ese año, Bernard compró el anillo de compromiso que entregó en tres distintas propuestas de matrimonio. Perfeccionando el ritual gracias a la frecuencia, hizo parecer el momento más una profesión que la planeación de una vida. Ya anunciaría su fin en la carta que escribió mucho después, para acompañar el regalo de Clóe.

Dos años atrás, desde mediados de 1971, camiones de volteo y grandes excavadoras Caterpillar, amarillas, cargando piedras y tierra sobre sus orugas y enormes brazos mecánicos articulados, llenaban las inmediaciones de Les Halles. El proyecto de remodelación del viejo mercado demolía los recuerdos de infancia de Bernard, que todavía insistía en buscar las provisiones diarias en comercios de barrio, contra la voluntad de Marguerite. Las rebajas conmemorativas del cuarenta aniversario de Monoprix animaron la curiosidad del ejecutor a internarse en los pasillos de las grandes tiendas, ya con sus ahorros recuperados gracias a la disciplina de quién ha visto la miseria. Gastaba poco y compartía las cuentas con su pareja, algo distante de su vieja amiga Sophie, a quien sólo veían en lo social cuando los eventos de la Ópera obligaban a ello.

En los ensayos, clases diarias, funciones y momentos dentro de un camerino, las dos mujeres mantuvieron la relación que todos a su alrededor esperaban. Ninguna estaba interesada en revelar el episodio del embarazo. Bailaron y sólo si sus personajes llegaban a confrontarse en el escenario, se descubría un no perdón olvidado.

Marguerite y Bernard se encontraron en el gusto de los pares, sus orígenes tenían algo de igual, ambos supervivientes de lo adverso, construidos por sí mismos. Nacida en la capital, se mudó de niña con sus padres a Calais para aprovechar los negocios que vienen con el comercio de los puertos. Antes de ser adulta regresó a París, sola, para entrar a la escuela del Ballet Nacional. Fue la primera mujer de su misma estatura con la que el ejecutor compartió cama. Menos provocativa que su antecesora pero mucho más amable, del amable del verbo. También más voluptuosa, su cuerpo se distinguía del de las demás bailarinas, con senos parecidos a los de un hombre. Conocían la ciudad como hacen los propios, pero juntos la descubrieron; ella escuchaba sus historias en lugares que visitaban como turistas locales, de ellos la bailarina sabía poco. Semana a semana se adentraron en los vecindarios, restaurantes de poca fortuna y puentes, cada uno parte de sus vidas. Lo llevó a museos que él nunca había pisado y le enseñó a entender cuadros, pinturas y grabados. Frente a las momias egipcias del Louvre, pensó en los condenados que tras perder la cabeza jamás podrían ser embalsamados. La bailarina tocó la vitrina donde se encontraba uno de los viejos monarcas, gobernadores del Nilo; abrió sus ojos tanto como pudo, intentando recorrer en su imaginación lo

ocurrido en el mundo mientras ese cuerpo yacía encerrado en una tumba de piedra.

Bernard era un hombre alejado de las opciones, su París había sido siempre el mismo; agreste y hostil. Así como ella le hizo ver con una mirada más amplia las calles de su soledad, lo llevó también al interior de los pasillos de autoservicio en el Monoprix, al que rechazaba entrar por terror a batirse con el universo de alternativas que descubrió.

Las opciones son para los excesos, para cuando en la vida sobra.

Los pequeños comercios, atendidos por árabes y turcos, donde se sentía cómodo comprando víveres, tenían apenas uno o dos yogures para elegir, pocas pastas preparadas, enlatadas y aún de uso común en la población que vivió los racionamientos de la guerra. Quienes atendían esos negocios lo conocían perfectamente, le tenían lista a las tres de la tarde de cada lunes una bolsa con los productos que compraba al terminar los ejercicios en La Santé. Con ellos, aprovechaba la tarde preparándole a Marguerite distintas viandas; ella las comía a la noche, muerta de hambre luego de un día de ensayos con la compañía del Granier.

Cansada de las mismas preparaciones, una de las tardes de descanso de la Ópera, previo el fin de la temporada 1972-1973, Marguerite paró a Bernard frente al refrigerador de lácteos en el Monoprix de La Bastilla. Ese mismo día, Eulalia Alonso regresó a Europa. El ejecutor de remplazo perdió toda compostura al enfrentarse a veintitrés distintos sabores de queso suizo, treinta postres derivados de frutas, ocho flanes y diecinueve yogures, todos ellos de fabricación nacional. Los importados, salvo los provenientes de Bélgica, mostraban la triste variedad que el resto del mundo desarrolló en el dominio de los búlgaros y los procesos químicos para a partir de leche, huevo y frutas, tener centenares de postres y fermentados dulces, espumas y cremas conteniendo delicias del trópico. De pie frente a las repisas de los refrigeradores, boquiabierto, sostuvo uno por uno los empaques. Se tomó una hora para elegir qué sabores llevar a su casa.

Marguerite vio la cara de un niño en la sonrisa repasando las etiquetas de los productos. Bernard se maravillaba con las descripciones, más publicitarias que sibaritas, y las comentaba en voz alta, para intentar conseguir un vislumbro de aprobación que facilitara su elección. Al final, el diminuto refrigerador del departamento aún más pequeño, sólo pudo albergar unos pocos envases. Se vaciaron antes de terminar la semana.

En el reducido ático de Barbès, todo lo que ahí estaba era propiedad de Bernard. La ropa de la bailarina apenas ocupaba los cajones del reducido armario. Las paredes pedían sin clemencia un lugar donde los dos pudieran formar un espacio.

Los dieciséis yogures del Monoprix sacaron a la mesa de la cocina las verduras cocidas en pimienta y las sopas, parte de la rigurosa dieta de Marguerite. Ellos llevaron al hijo del vendedor de pescados de vuelta al barrio de su padre.

Al día siguiente, Bernard viajó en metro desde La Santé al barrio latino, para encontrarse con Shirou Tomita en la tienda de conchas y atender a Eulalia Alonso. En su carta anunció que esa tarde los visitaría.

Marguerite recorrió las calles de Châtelet con la tarea de encontrar un nuevo departamento, cargando un plumón marcador, libreta, pluma y los anuncios clasificados del *Le Monde*.

La humillación atravesada en la garganta de Ekioh Yato al recibir la respuesta de la catalana se volcó en gritos interrumpidos por las múltiples conexiones necesarias para concretar una llamada de Tokio a París. La concha se vendería en tres mil dólares, pero la diferencia con el precio original tendría que salir de los bolsillos del reprendido Shirou, quien evitando tener contacto con aquella mujer a quien responsabilizaba de sus desgracias, encargó a su empleado realizar la venta. Ocultándose, esperó en la trastienda, puliendo los ejemplares llegados la semana pasada en un embarque marítimo que cruzó el Sena para evitar los controles de seguridad en el aeropuerto.

La serenidad de volver a pisar suelo europeo reflejaba el dominio del tiempo. Eulalia no disfrutaba tanto el retorno al continente como la posibilidad de regresar al terreno donde sus raíces quedaron por voluntad propia. San Andrés de Llavaneras se encontraba demasiado lejos.

El migrante establecido elige suyo al país nuevo. Era ya más mexicana que los nacidos en México, porque ninguna coincidencia era culpable de la nacionalidad que tomó cuando renunció a la de sus padres, porque era la de Franco. También por el paisaje mexicano.

La fascinación de los franceses por todo lo latino la ayudó a moverse en las calles. Preguntando sin disfrazar su acento, más chilango que peninsular y con la dirección apuntada en un cuaderno, llegó a tocar el cristal en la puerta de *Coquialles du monde*. Ahí la esperaba Bernard. Desconociendo cualquier palabra en español, apenas entendió el rústico francés de la malacóloga, quien se presentó con la mayor dulzura y respiró con tranquilidad al darse cuenta de que no negociaría con un japonés enojado por el simple hecho de tener que verla.

La *Fultoni* no poseía las mejores características de su especie, ni el tamaño era perfecto ni el mapa en su manto era llamativo, pero iba a ser suya. El triunfo. De su gran bolsa con motivos de arte oaxaqueño, sacó un sobre envolviendo tanto efectivo como Bernard jamás había visto. Fajos de cien enrollados en tiras de papel, con la cantidad

escrita a pluma y acomodados de tal forma que su orden no pudo complacer más la obsesión del francés.

Juntos, contaron uno a uno los billetes. En la pared, la pintura de un *Gloriamaris* servía de testigo a la operación, definiendo el siguiente objetivo de la mujer. Al salir del lugar sosteniendo su bolsa, apretándola contra el vientre con las dos manos, entró a una cabina telefónica para marcarle a Cloé, anticipándose a su despertador. Ningún ladronzuelo le arrebataría la bolsa.

La pequeña *Fultoni* pasó la noche bajo la almohada de Eulalia, en un hostal con cocineta y baño compartido, usado por clases trabajadoras, a una calle de la planta Citroën, ubicada al sureste, en el decimoquinto distrito. En ese lugar se fabricaban, antes de mudar su producción a Portugal, los autos 2CV como el que Marguerite y Bernard compraron poco antes de separarse.

El hostal se encontraba un tanto alejado de las atracciones turísticas, pero ofreciendo una tarifa suficientemente económica para compensar la media hora en camión necesaria para llegar al Palais de la Découverte, que albergaba una muy respetable colección de fósiles, incluida por la catalana entre las actividades de sus cuatro días de viaje. Los menos posibles, según la frecuencia de las rutas aéreas volando entre los dos continentes.

A causa de la construcción casi simultánea de múltiples líneas de metro y la edificación de la gigantesca estación Châtelet-Les Halles, era más fácil moverse por autobús que usando el subterráneo. Aunque completamente lleno, desde el camión Eulalia pudo ver gran parte de la ciudad a través de la ventana de su asiento. Un joven se lo cedió por considerarla mayor. En México jamás le había sucedido eso, no sólo en camino al mercado de La Lagunilla, tampoco en la ruta a la universidad. Muestras de cortesía nuevas; sus canas le daban gusto. Guardó la concha en el bolsillo frontal de su larga falda de mezclilla, por temor a sufrir en el hostal una mala pasada, juego de una mucama con manos ligeras.

Dos mañanas antes de tomar su vuelo de regreso, visitó el mercado de Les Halles, sin saberlo desaparecido con los avances en la edificación del Forum con el mismo nombre. Un centro comercial futurista y el Museo Nacional de Arte Moderno, que luego tomó el apellido del presidente Pompidou. En su paseo por el primer *arrondissement*, pudo haberse topado con Bernard y Marguerite, revisando los departamentos que ella visitó dos días atrás, pero la casualidad nunca es tan grande y el reencuentro tuvo que esperar hasta su segunda visita a *Coquialles du monde*. El último día se le fue en d'Orsay, horas de caminata para terminar molesta al ver en todos los impresionistas la misma pintura.

—Pinceladas de un burgués jugando a ser pobre —calificó a Van

Gogh—. Entre el enojo y los miles de turistas impidiéndole asomarse por la tienda del museo, no logró llegar al mercado de pulgas de Clignancourt para buscarle a Cloé un regalo de veinte francos.

Tras comprar una amatista de tono poco común en América, le dejó su tarjeta al ejecutor. Diecinueve francos y la petición de informarle si algún día su patrón vendía un espécimen similar al que se encontraba en la pintura decorando la pared. Ese cuadro terminó en el departamento de la bailarina y el *bourreau*, en el que él envejeció.

Los tres miembros de la familia Gilbert fueron al aeropuerto para recoger a Eulalia. Cloé fumó frente a sus padres por primera vez. Jean Marie esperó a su mujer antes de reprenderla. El silencio de Dominique evidenciaba la distancia con su hija. No se le escuchó un solo comentario hasta que vio a la catalana atravesando el control de aduana. Arrastró su maleta y la levantó sobre una plancha de aluminio, abriéndola a instrucción de una inspectora poco femenina, con hombros de torero.

Los tres observaron cómo el equipaje era revisado, temerosos de un acto de prepotencia que pusiera fin a todo. Cosa natural en los uniformados, pero más común contra una extranjera. Cloé aspiró su cigarro a cada montón de ropa retirado por las manos de la inspectora. De ser su maestra, hubiera envuelto la concha entre calcetas o ropa interior, para evitar el daño de un golpe o la fricción contra otro objeto.

La mano de la oficial en el interior de una bota, su poco cuidadosa intromisión en la bolsa impermeable de artículos de baño. El escrutinio de una mirada empeñada en encontrar un fallo.

La *Fultoni* no viajó en el equipaje principal, documentado desde París y revisado con rayos X en una escala en el aeropuerto de Atlanta. Se encontraba en el bolso de Eulalia, dentro del estuche de los lentes atorados en su cabeza.

Casi quince minutos de un cateo digno de la Stasi, similar en su técnica a los de la policía americana, luego de los atentados de Nueva York a principio de los dos mil. El estuche rígido, forrado en piel de oveja, se abrió botando un seguro. El poder más pequeño se interesa en lo que considera costoso, porque sólo es capaz de suponer una medida monetaria en todo. Más cerca de una roca cualquiera que de una piedra preciosa, la *Cypraea* comprobó las suposiciones de la catalana, aquellas que le facilitaron reunir su colección. La inspectora nunca pensó en el valor de la pieza, sobrepasando tres veces el límite permitido a las importaciones. La sostuvo con desdén entre sus dedos y arrojó sin mayor cuidado entre las ropas saliendo de la maleta aún abierta. Eulalia la recogió y volvió a guardar, aparentando indiferencia.

El primer vacío de la colección estaba lleno. Cloé aprovechó la

ausencia de su maestra para terminar el catálogo y acomodar en carpetas las fichas de cada espécimen. Dejó apenas unos lugares para las fotos de las adquisiciones futuras. Eulalia, convencida de que los triunfos sólo servían para dejarle a lo inconcluso ocupar el lugar de las metas ganadas, se volcó a revisar la tesis de su estudiante antes de mandarla a imprimir. Dedicada melosamente con un —*al mapa en esa concha*—, escrito en la parte superior de la primera página, el texto analizaba los factores que suponían un brinco evolutivo a los seres de una especie: aceptar el asesinato entre semejantes. El gusto por la muerte se encontraba en el ADN.

Cióe sorprendió a sus sinodales.

Dos días antes, Bernard, temeroso de Ekioh Yato, quien después de la indisciplina de su sobrino no toleraría ninguna falta, solicitó permiso para ausentarse de la tienda algunos días. Shirou Tomita le debía el encargarse —contra las órdenes de su tío— de la operación con la catalana. El francés sacó su cartera y en un calendario de bolsillo, señaló con el índice un par de minúsculas casillas.

—Je suis un exécuteur, tu sais.

De alguna forma y sin razón —porque lo hablaba si no bien, suficiente—, el japonés no articuló una sola palabra en francés. En su idioma, le garantizó que al regresar encontraría su empleo.

El once de mayo de 1973, Obrecht, Chevalier y Bernard salieron de París. Se les dio cita en Gare de Lyon, la estación ferroviaria al este de la ciudad. Un vagón de la policía se unió al tren convencional y tras horas de viaje llegaron a Marsella. Ahí los esperaba el resto del escuadrón. Habían viajado un día antes en camión junto a la guillotina, que no pudo ser ensamblada puntualmente por un accidente con uno de los ejes de la caja de carga, roto al no soportar el peso. Un segundo vehículo fue necesario para auxiliarlos y frente a una familia de campesinos movieron cuchilla, luneta, pesos y sarcófago para resguardarlos en el nuevo transporte.

Entrando a la etapa final de su vida, Bernard aceptó, más por fuerza que por convencimiento, adaptarse ligeramente a los usos de las parejas modernas. A principios de los setenta, apenas permeaban las costumbres nacidas de los movimientos sociales de la década anterior y los hombres no hablaban mucho con sus mujeres de las actividades que proveían de pan a las casas. Marguerite, había viajado al sur en repetidas ocasiones por los trabajos de gira de la compañía, y con un aire de ingenuidad propio de su profesión, sin tener muy claros los espacios que regían las labores de Bernard, le pidió prestar atención a la gran escalinata de la estación Saint Charles y lamentó no poder acompañarlo a ver por primera vez el mar.

La noción de la muerte era ajena para quien dedicada a su oficio, tan particular, jamás contempló la posibilidad o el entendimiento del mal. Menos aún la conciencia sobre la máquina que cortaba cabezas y, aunque conocía perfectamente cuál era la profesión de su pareja, el lenguaje de la guillotina no era un asunto tangible en la rutina de un país aventurándose en la segunda parte del siglo XX. Para Marguerite, La Santé era su Granier.

La comodidad de su puesto la dejaba sin tormentos. Nunca imaginó lo que significaba compartir con un *bourreau*. Ni siquiera después de las funciones cuando él asistía y lo presentaba a sus compañeros, se había enfrentado a la necesidad de pronunciar el título con que se identificaba.

Ella no reparaba de lo suyo y con la misma facilidad, desde la ventana de la furgoneta acorazada que los recogió en la estación, Bernard apenas soltó una mirada a la escalinata. Le dio mínima importancia a su tamaño y farolas, hechas de un bronce enverdecido por la brisa salada. Sacó de su mochila una historieta del *Teniente Blueberry* y no pidió cambiar de asiento para echarle un ojo al lado de la calle con vista a la playa.

El escuadrón cenó en la estación de policía. Si el dicho popular tenía razón y la moral de todas las tropas se mantiene alta con la mala comida, la de los cuerpos del orden de Marsella debía ser gigante; un espeso estofado de ternera con papas y coles de Bruselas fue preparado para darles fuerza.

Dentro de la misma furgoneta, atravesaron las puertas de la prisión de Baumettes.

Por el retraso con el ensamble de la guillotina, el ejecutor de remplazo intervino directamente en la ejecución. Por única vez.

Simón se negó a recibir su ayuda pese a las indicaciones del jefe de *bourreaus*. Terminó entonces al lado de los ejecutores de familia, tío y sobrino, armando el sistema de tensión que controlaba la navaja. Él y Marcel retiraron la cuchilla de la caja de madera donde estaba confinada. Revisaron el nudo de la cuerda. Bernard sostuvo el *mouton* en lo alto de la torre, mientras el otro jalaba de la soga con una seguridad inigualable, comprobando la firmeza de la atadura.

Baumettes le era familiar a Obrecht, quien esa noche sumaría trescientas veintiún cabezas.

Todos los reclusos dormían cuando el reloj del *bourreau* señaló las cuatro de la mañana. Las manecillas en su muñeca marcaban el tiempo de la vida. Dirigió a su equipo, firme y en silencio por los pasillos rumbo a las celdas de los condenados. Se respiraba el terror infundido, no por el oficio sino por la dureza de las indicaciones del representante de la muerte. Bernard los siguió en el sigilo que demandaba el protocolo y allí vio a Alí Ben Yanes, musulmán de

origen tunecino, rechazar un vaso de coñac.

Ben Yanes había sido sentenciado por el asesinato de Danièle Marra. Mató a la niña cuando intentó asaltar a su madre embarazada, que terminó en el suelo apuñalada. Una cortada en el brazo y otra en la cabeza. El desorden que sigue a las acciones del asaltante inexperto, ese que entra rápidamente en pánico, gritando demasiado y encuentra en el descontrol de la violencia el desahogo al poco éxito obtenido en su trabajo. Dos mil francos fue el botín. Ben Yanes y su primo, quien lo acompañó armado con un hacha, fueron detenidos sin mucha espera. Poco menos que lo que uno de ellos duró, el primo traía mala salud y murió entre las rejas.

El tunecino sonrió al ver a Obrecht caminar con dificultad al extremo de la guillotina. Su mano derecha tembló antes de quitar el seguro y usó la zurda para sostener las vibraciones involuntarias de la diestra. Se apretó la manga de la oscura levita, arrugándola sobre el guante de piel como la cuerda haciendo torniquete en la herida de un moribundo.

El ejecutor en jefe sabía también que sus días estaban contados, a su regreso, los médicos le confirmaron su supuesto y diagnosticaron con el mal de Parkinson.

A las cuatro cuarenta de la mañana, un médico certificó la muerte de Ben Yanes. Esa dinámica la contó mucho después a Clóe, quien no dejó de reír al sorprenderse por la necesidad de dicho pronunciamiento frente a un hombre sin cabeza.

Al regresar, Marguerite lo recibió con las llaves del nuevo departamento. En México, la estudiante de biología se titulaba sin los mayores grados, por suponer que su tesis rayaba en la especulación, al alejarse de los conocimientos propios de aquellos encargados de evaluarla. La tesis continuaba las investigaciones de Eulalia, ninguno de los dos trabajos contaron con mayor respaldo académico hasta la muerte de la catalana. Cuando Clóe se hizo cargo de sus proyectos, a los que terminando sus estudios se había incorporado con un sueldo modesto.

Mucho después, luego de viajar a París para ver junto con Bernard un *Gloriamaris*, pudo suponer lo que llamó provisionalmente *la ecuación de la muerte*.

El trabajo de su vida. La ciencia se había equivocado al investigar la existencia sin contemplar su desenlace.

El resto de ese año, el ejecutor se encargó de formar los hábitos de pareja, mezclando la compra de muebles con la maestría de encontrar el instante adecuado para compartir con Marguerite los dictados de su sexo. Para esas épocas era incapaz de imaginar el impacto científico del regalo que enviaría a México. Las obsesiones de viejo se transformaron en indiscutibles, el objeto de la vida ya no eran los días

sobre la tierra, sino el esbozo del fin, digno y preparado.

Pocas uniones encuentran sustento en todas sus etapas. Bernard y Marguerite no parecían entrar en conflicto. Ella le sostuvo su mano entre las catacumbas, entraron por el acceso de turistas, luego se desviaron y salieron de la ruta para llegar a los túneles que como pocos, él conocía bien. La bailarina se detuvo a la salida, levantó su falda e hicieron lo suyo contra las paredes de roca húmeda. También en un cuarto privado de un tugurio en Pigalle, al que llegaron porque él quería llamarla puta y decirle que la amaba. Entre los dos pagaron a una mujer para verlos en el acto. Marguerite la acarició y él impidió la besase entre los muslos. Después se acercaría a su boca. Evidentemente tampoco tocó a la furcia y la bailarina aceptó el juego perverso, excediéndose ridículamente en lo higiénico. Al terminar subieron por la escalera de Montmartre y en la Place du Tertre, ella le compró un pequeño cuadro: dibujo en acuarela de una mujer danzante que decoró por siempre su departamento. Ningún objeto guardaba el pasado del *bourreau*; si de su infancia hubiera conservado algo, lo habría vendido para alimentarse. Marguerite acababa de dejar con su regalo, un testigo para el futuro.

Cerca de Clignancourt, en Saint-Ouen, Bernard recorrió dos viernes seguidos los pasillos de los vendedores del mercado que Eulalia no pudo visitar. En los tapetes del suelo, atiborrados de bisutería, entre relojes con carátulas rotas, correas de piel cuarteadas, pulseras bañadas en oro con pedrería, sombreros y carteras de señora recordando a los personajes de las pinturas de Lautrec —cuyas imitaciones se vendían por centavos— encontró un anillo delgado, con una flor de brillantes que pasó desapercibida a los ojos del anticuario que lo ofrecía.

Cenaron en un restaurante de mariscos por los rumbos de Saint-Germain. Al terminar el postre que probó solo, porque ese tiempo de la comida jamás lo compartía, dejó el anillo frente a Marguerite, en un pequeño estuche sobre la mesa.

Dijo que la joya perteneció a su bisabuela materna, quien se lo entregó a su abuelo cuando éste se casó y al llegar su madre a la edad adulta, le encargó se lo dejara a él, que aún era un niño, para ese día cuando quisiera compartir su vida.

Del restaurante fueron al bar donde una vez se encontraron con Sophie. Festejaron en la timidez del que no sabe qué hacer frente a un evento nuevo. Desde una caseta en la calle, sucia por los escombros de las obras de Châtelet, ella le marcó a su madre en Calais. Ahí Bernard agarró el gusto por las propuestas, descubría placer en ver a sus mujeres informando que se iban a casar con él.

Al acercarse el invierno, el presidente Pompidou se ausentó del Élysée. Un cáncer linfático, conocido desde antes de las elecciones,

terminó con su vida en unos meses.

Entrando a la primavera de 1974, Alain Poher tomó nuevamente las riendas del Estado, ocupando la ya acostumbrada posición emergente. Su interinato dejó cabezas pegadas a los cuerpos de los sentenciados.

En su nuevo departamento, el ejecutor de remplazo redescubrió la calma provocada por los sonidos rutinarios, la seguridad de los barrios y calles que se encuentran familiares al doblar las esquinas, aunque éstas no tengan colgados letreros anunciando los nombres conocidos por todos los vecinos. La muerte de Pompidou obligó a convocar nuevas elecciones, Bernard no salió a votar, Marguerite sí. Él la esperó en Châtelet, perfeccionando la receta de una omelette que remitía a sus lujos de juventud. Huevos batidos con leche, poca, solo para hacerlos espumosos. La resistencia de la parrilla a temperatura baja. Esparcidos con una espátula hasta el punto de media cocción, sobre un sartén ovalado para asar pescados —los únicos que, afirmaba, servían para hacer huevos—. Dos quesos de "La vaca que ríe", untados sobre rebanadas de jamón suizo. Un poco de salsa para pasta hecha con tomates molidos, setas y tres grandes cucharadas de hueva roja de lumpo servían de cama para las delgadas lonchas de queso emmenthal. Antes de doblarlo a la mitad, una pizca de pimienta y polvo de ajo. Para darle vuelta levantó el utensilio del mango, moviéndolo primero hacia adelante: un golpe de muñeca, impulso hacia arriba y otro para atrás, recibiendo en el aire la preparación que apenas había volado unos centímetros, para freír la parte posterior. Esquivaba su gran nariz acercándose al sartén, oliendo el resultado mientras giraba.

La bailarina señaló en su boleta la opción de la Unión de Izquierda, representada por Mitterrand, contendiendo al cargo por segunda vez. El socialista tomaba fuerza en el país, marcando distancia con los comunistas. Los franceses redescubrían los arrebatos de las ideologías. Fue la centro derecha, conservadora y gaullista, quien ganó con Valéry Giscard las elecciones de 1974. En su campaña presidencial, el político desaprobó la pena capital, pero durante su gobierno, el escuadrón salió más de una decena de veces de la prisión. Regresaron a sus casas tras las conmutaciones de sentencias de reos, quienes murieron por momentos esas noches que pensaron eran sus últimas. Giscard también negó tres peticiones de clemencia. Dos presos nacionales, luego otro tunecino, fueron los últimos en perder la cabeza bajo la guillotina.

Al confesarle a Cloé que nunca sufragó, ella vio en él la apatía de los últimos días de su padre hacia la política. La vida de algunos hombres llega a estar por encima de los quehaceres de la

administración pública, incluso si son parte de su estructura.

Un pintor sin cuadros encuentra dificultad en mantener su título de presentación, las brochas y pinceles comienzan a verle feo. El novelista que al final de su vida se encuentra con un solo texto publicado, se transforma en un golpe de suerte destinado a vivir de sus recuerdos.

Tres años sin una sola ejecución orillaban a la decadencia.

En el día a día de todos los miembros del escuadrón, ni siquiera el carnet colgando de los bolsillos en sus camisas tenía que ver con su profesión.

Las bisagras de la plancha donde descansaba el cuerpo de los condenados se oxidaron hasta romperse en uno de los entrenamientos y tuvieron que ser remplazadas. Se quebraron las una vez hechas por herreros dedicados a elaborar cadenas, grilletes y otros elementos empleados por un sistema carcelario hijo de la Revolución. Nuevas bisagras fueron adquiridas en una ferretería de conveniencia. Los ejecutores las buscaron por todos lados. Se dividieron en dos grupos, cada uno con una pieza de muestra en la mano, tratando de encontrar en las fabricadas en serie lo más parecido a aquellas originales. Uno de los pilotes de madera de la guillotina comenzó a sentirse más ligero por los insectos carcomiendo su centro. Simón y Bernard se vieron forzados a trabajar juntos, tallando con lijadoras los bordes del soporte de más de dos metros. Debía ser idéntico al colocado en paralelo, para dar dirección a la cuchilla. El resto de los policías, los comunes, se apartaban del grupo comandado por Obrecht y quienes hablaban con los verdugos, lo hacían con miedo de intimar. Evitaban el contacto, la sonrisa de quien domina la vida.

En sus memorias, Obrecht dejó ver que su profesión lo hizo un hombre solitario. A diferencia de él, Bernard no contaba con la alcurnia de los encargados por generaciones de *la máquina*, capaces de refugiarse en las conversaciones de fin de semana con sus familias. La rutina, La Santé, los saludos obligados, elegir la vara más larga, cortarle la cabeza a un maniquí. Ya nadie hablaba de mujeres, el aburrimiento hizo presa del verdugo. Evitando la monotonía, se negó a limitar sus diálogos entre el japonés y su mujer, cada día más ausente por los ensayos de una puesta en escena que exigía más de lo que ya había dado. Las tardes cuando Marguerite se encerraba en el Granier, terminó obligando a uno que otro condenado a comer con él. Impuso la fuerza de su puesto. Solo los provenientes del norte de África cedieron a sus demandas, de cualquier forma éstas nunca fueron muy amenazadoras y se limitaban al temor que la autoridad, aprendida del *bourreau* en jefe, podía dar en una voz grave como la suya. Esos reclusos habían perdido todo respeto por la vida en el momento en que emigraron, incluso la propia. Entre crímenes,

perdieron sus sueños. Ya habían convivido con la muerte, no tenían problemas con su portador.

Hakim al-Khabar, líder del grupo de presos musulmanes, en la empatía del cinismo le cedió una silla en su mesa del comedor. Los temas de conversación entre presos y policías, de buenas a primeras, suelen ser muy pocos. Buscando de qué hablar entre el rechinar de los dientes mascando, las miradas intentando desviarse y las sonrisas incómodas, encontraron en el hambre un punto de interés. El argelino, con paciencia de docente, le instruyó a preparar varios platillos.

—Descríbeme tus sartenes, llevo tiempo sin ver una cocina —le dijo y el otro se los describió. Junto con el resto de sus utensilios.

—Esos cuchillos no sirven, compra un juego de Opinel.

—¿Las navajas?

—Un hombre debe cocinar con el mismo instrumento que usaría para matar. Si un día puedes, regálame una, querido pescadero.

Nunca se la regaló. Los internos no asignados a la cocina tenían prohibido entrar a ella. Con la precariedad de las condiciones en prisión, sus recetas eran un ejercicio de teoría. Cada una se preparó en el departamento del francés. Bien le habría ayudado la asistencia de un pinche para cortar las verduras y el *merguez*, comprado en una charcutería que vendía embutidos de todo el mundo. Bernard le llevó a Shirou Tomita una porción de *cous cous* bastante generosa, en un refractario de vidrio que protegió en el trayecto del autobús, para evitar derramar con un golpe los líquidos del condimento. El japonés agradeció en su lengua. El *bourreau* aprendía palabras de otro idioma, que encontró traducción al árabe en la boca de Al-Khabar, viejo comunista bereber condenado a muerte en Besançon y gracias a las conmutaciones de Alain Poher, a pasar el resto de su vida en La Santé. Su crimen, entrenar en la Argelia francesa a grupos luchando por su independencia.

Hakim al-Khabar decía haber estado encargado de alimentar a los combatientes, cocinando en ollas de cobre abollado sobre un fogón encendido en el suelo, alimentado con las maderas de casas derruidas y abandonadas. La convivencia mostró que el bereber tenía algún otro secreto para compartir, mucho más elaborado que una suntuosa receta con sémola de trigo.

Shirou Tomita representaba a una generación de japoneses aferrados a la occidentalización de la posguerra. En Japón le suplicó a su tío un empleo con el que pudiera mudarse a Europa para ver escaparates y dibujar las fachadas de los edificios. Obsesionado por la arquitectura clásica y barroca, alejada de la simpleza y lo limpio de las formas en su ciudad natal, convenció a Bernard para que lo llevara a su barrio. Quería ver los avances del Museo de Arte Moderno, ya nombrado Centro Pompidou por un decreto de Giscard. El japonés

espetó un sonido gutural al enfrentarse con desaire a los tiempos que chocaban con su idea de urbanización. Europa atraía el mal gusto en su modernidad. Bernard descubrió que si la vida le hubiera dejado elegir carrera, habría querido ser constructor. Jornada a jornada ellos ven la obra de sus manos creciendo y envejecen con algo que enseñarle a sus nietos. Por eso y a pesar de sus múltiples mujeres —que en realidad no fueron tantas pero él sentía muchas—, Bernard temió la posibilidad de tener hijos. Qué legado tendría para dejar en su memoria. Problema de la muerte, la necesidad de permanencia más allá del tiempo que estamos vivos.

"Cada dos cosas buenas en la vida, traen una mala". Aquella frase del padre de Cléo, a la distancia, cobraba razón en la vida del ejecutor. La tranquilidad de un oficio destinado a la extinción, el espacio hecho propio cerca del que fue el hogar de sus padres, su despensa llena y suficiente para experimentar el mundo gracias a los reos extranjeros, avisaban de un golpe tan potente como el destino que se estaba forjando.

Marguerite tuvo respuesta a una audición, había asistido sin decir una palabra: el Ballet Real de Flandes le abría la posibilidad se transformarse en solista si se mudaba a Bruselas e incorporaba a la compañía local. Su futuro en la Ópera Nacional era limitado, ahí el puesto de *primma ballerina*, inalcanzable. Una compañía pequeña en busca de talento le permitiría la posibilidad de ocupar los papeles principales de obras igual de importantes.

Desde su arresto en las catacumbas, Bernard no se enfrentaba al vacío. Ni una lágrima salió de sus ojos hasta esa noche, cuando ella le avisaba de su decisión: era impensable anteponer las pasiones compartidas a las propias sin arriesgar los cimientos que los llevaron a estar juntos. Como toda pareja en un punto parecido, creyeron encontrar la forma de combinar la distancia con sus planes, que en realidad ya no eran ninguno más allá de la seguridad mutua. Una visita en tren a la semana, saliendo de París para llegar a la capital belga, vaciaba sus ahorros de la misma forma que comprando un auto pequeño. Si bien el departamento era un compromiso, pretexto de ancla, con extrema sutileza la convenció de hacer un sacrificio para aligerar su ausencia. Más con el dinero de ella que con el sueldo del Ministerio de Justicia, se dirigieron a una agencia Citroën cerca del puente de Grenelle. Un fotógrafo ambulante los retrató en una instantánea, frente a la miniatura de la Libertad diseñada por Eiffel. Entre las puertas de cristal de la concesionaria, Bernard se detuvo al ver un DS, modelo que desde mediados de los cincuenta dibujaba las líneas del diseño en el futuro. Doble faro, frente aerodinámico, la silueta trasera influenciada por la carrera aeroespacial de la posguerra y su distintiva cubierta metálica en los neumáticos traseros dejaban la

carrocería extenderse como si el auto fuera una gran parte delantera. Sin haberlo dicho antes, el ejecutor tenía una admiración escondida por los autos, fascinación de niño. Sin esperar a un vendedor, describió a la bailarina cada detalle técnico y mecánico. Su precio impagable, propio de un "auto de ministro" según el mote con que lo nombró mientras se divertía apretando los botones eléctricos en su interior. Compraron un emblemático 2CV de dos cilindros y veintinueve caballos de fuerza. Tres semanas después, en un viaje de cinco horas, viajaron con la mudanza de Marguerite. Por única ocasión, atravesaron juntos una frontera.

Al día siguiente de la compra, el *bourreau* se acercó al chofer del camión encargado de trasladar la guillotina a las distintas prisiones. Él le enseñó a conducir. Apenas pudo explicarle los trucos de la marcha sincrónica.

Durante el trayecto a Bélgica, el auto avanzó corcoveando los primeros kilómetros antes de apagarse. Bernard lo volvió a encender con enojo y siguieron hasta su destino.

En Châtelet, tres noches se fueron en intentar darle forma a una almohada que no se acomodaba a ninguna otra cabeza. Por semanas durmió poco. Los horarios de la Compañía del Ballet de Flandes le permitían a Marguerite, pasadas las diez de la noche, llegar al cuarto donde vivía. Compró una línea telefónica para estar en contacto con él. El ejecutor bajaba de su departamento poco antes de terminar el día, en la calle sólo se encontraban borrachos orinando sobre las pilas de arena y grava, producto de la remodelación del primer *arrodissement*. Sacaba de su bolsillo tantas monedas como hubiera podido cambiar en la jornada y marcaba a Bruselas. Primero hablaron por horas, luego minutos, al final intercambiaban saludos y cariños surgidos de la nostalgia.

Por fingida seguridad, el anillo de compromiso se quedó en Châtelet. Aunque ella sabía que no volvería, la boda nunca se canceló. Ni siquiera al enterarse de las nuevas parejas con quien hacía su vida. El evento, la permanencia de una relación por temor al olvido.

Bernard jugó con la sortija de vez en tanto, la perdió seis veces dentro del departamento para después encontrarla, a veces en el interior de un costurero que ella había dejado, otras junto a los yogures en la puerta del refrigerador. Una más en el horno: lo metía con la temperatura al máximo, con la idea de comprobar si las piedras eran verdaderas y si el comerciante quien lo adquirió perdió un gran negocio en su distracción y menor disciplina. Poco a poco dejó de tener sentido regresar la sortija al estuche, escondiendo la presión de pasar una noche solo.

El 2CV no se movió en más de seis meses, el talento de Marguerite le ganó el nombramiento de *primma ballerina*. Una tras otra ocasión

pospuso los encuentros de fin de semana y Sophie no tardó en buscarlo. No encontró otro hombre con quien ser cómplice y a él, lo extrañaba en la amistad de su secreto, que se distingue del amor por la certidumbre de una relación franca. Regresaron los coqueteos, jugaron con la ilusión del respeto, por meses sólo se tocaron. Bernard jamás mencionó estar comprometido. Platicaban de cualquier tema sin relevancia, él pasaba sus manos desde los hombros de la bailarina hasta la parte interna de sus muslos. Parado atrás de ella le acariciaba los diminutos senos. En sus palabras encontraban compañía y en el contacto físico llevaban al límite sus deseos. Compartieron el placer de dormir juntos, desnudos, sin hacer nada más que dejarla a ella con la cabeza en la parte baja de su abdomen, respirándole su aliento arriba de las piernas.

Trató de reproducir en Sophie lo que más le gustaba de Marguerite y en Sophie se quedaba con lo que quería de ella. Cocinaba los mismos platos y por teléfono los describía hasta Bruselas. No pasó una sola noche sin marcarle, aunque sólo fuera para recordarle su presencia.

La historia del anillo creció en diálogos que no buscaban darle la importancia que fue ganando. Se agregaron detalles incorporando dos generaciones más con propiedad sobre la joya y una noche, luego de beber cerveza irlandesa en cantidades industriales, tomó la mano de Sophie. Terminaron uno sobre el otro en el pequeño sofá que trajo de su primer departamento. Puso el tesoro familiar en su dedo y confesó un falso arrepentimiento, por no haberle insistido en continuar su embarazo; Sebastián le habría puesto a su hijo. Sin darse cuenta de la crueldad de esas palabras, ella no encontró forma de rechazar la propuesta y se repitió la eufórica llamada que él tanto disfrutaba. Ni siquiera sabía si Sophie aún tenía padres. Sintió alivio al escucharle gritar la noticia por el auricular.

Los viernes prendía el auto, evitando que su motor se atascara. Recomendación de alguno de sus colegas, quien le preguntaba todos los jueves si viajaría para ver a su mujer. Al séptimo mes con Marguerite al otro lado de la frontera, giró la llave de contacto, cerró la portezuela y condujo hasta las tres de la mañana, de ida y vuelta entre Châtelet y Barbès. Había dominado el vehículo, le hubiera gustado hacerlo en el trayecto a Bélgica. Un par de semanas después, le enseñó a Sophie cómo manejar.

Bajo el polvo, el Citroën resintió el abandono.

Marguerite jamás le vio la cara al japonés. Sophie conoció a Shirou Tomita en la tienda de conchas, visitando a Bernard una tarde que dejó libre para festejar su cumpleaños. La fecha del nacimiento del ejecutor sólo era conocida entre los más íntimos; su carnet del Ministerio de Justicia, acta de nacimiento y documento de identidad nacional, marcaban un siete de febrero. Ese día le fue impuesto en su

segundo registro, cuando su padre recibió un telegrama con la instrucción de acudir al Ministerio del Interior. Debía revisar si el *libro de familia* con su apellido se encontraba en los archivos quemados dentro de una bodega incendiada por las tropas de ocupación. En la oficina de Registro Civil, un burócrata con más agallas que vocación de servicio estableció la misma fecha de nacimiento para todos los asistentes acudiendo en el turno que controlaba. El treinta de enero quedaba reservado para las mujeres a quienes Bernard confiaba en lo privado. La fecha pública sería cuestión de ajenos. Por lo grande de la boca de Sophie, Tomita participó de la celebración en un restaurante marroquí, donde Bernard diseccionó el *cous cous* que ordenaron para replicarlo en su departamento. Conmovido, el oriental tomó el cuadro del *Gloriamaris* adornando *Coquialles du monde* y sin aceptar la menor discusión, lo descolgó y en su tarjeta de presentación, redactó con escritura *kana* una dedicatoria.

La vieja bailarina se transformó en la nueva, su principal talento era dejarse amar dando lo mínimo indispensable. El otro pensaría así en reciprocidad. Cuestionaba cada tema que a él parecía interesarle y escuchaba sus respuestas como si le importaran. La noche que un mensajero de la policía, recién salido de la academia, tocó el timbre del ejecutor, ella le preguntó al *bourreau* sobre su profesión.

Bernard cobraba un cheque por ir a montar un escenario de guiñol. Sonrió al creer que esos días de poca actividad habían terminado. La emoción del hombre reincorporado al trabajo era inigualable, recuperando el espíritu esfumado con el tedio.

El escuadrón volvió a viajar a Marsella; por la falta de costumbre se hicieron preguntas que nunca antes pasaron por sus cabezas. Obrecht temblaba más de lo habitual, la solidaridad entre los suyos buscaba encubrir su enfermedad, desviando hacia los ojos las miradas clavadas en sus manos.

Simón fue el primero en hablar.

—¿El *paquete* será culpable?

Bernard y Cloé hablaron de la muerte de Christian Ranucci. El caso cobró tal relevancia que su noticia llegó hasta América. Por ella la malacóloga le leyó al ejecutor los ensayos de Koestler y Camus. La posibilidad de los errores, lo definitivo de la condena que en su inflexibilidad no permite, por la propia naturaleza de la suerte que echa la navaja, la adecuación a la responsabilidad no sólo del infractor, tampoco del sistema legal que la implementa; eran los argumentos del inglés y francés contra la pena. Sus ideas llegaron tarde a los oídos de quien la mayor parte de su vida tuvo el papel del vengador social, respondiendo a la primitiva necesidad del linchamiento popular.

Ranucci se mantuvo en silencio frente al patíbulo, los diarios le

pusieron palabras en su boca aunque ésta quedó cerrada en la desesperanza. Fue acusado del asesinato de Marie-Dolorès Rambla, una pequeña de ocho años secuestrada frente a su hermano menor, en el cuarto distrito de Marsella, por un hombre que fingió haber perdido a su perro. A diferencia de los demás ejecutados, su juicio llegó a dos tribunales. La petición de conmutarle la sentencia, negada por el presidente Giscard sin el menor de los arrepentimientos, desató más que nunca dudas sobre la permanencia del último castigo. Un accidente automovilístico lo implicó en el crimen, las declaraciones de los testigos del secuestro señalaban que la niña fue forzada a subir en un vehículo distinto al encontrado por la policía en una barranca, cerca del lugar donde fue descubierto el cuerpo apuñalado de Marie-Dolorès.

Bernard ya era viejo cuando la prensa francesa lo entrevistó. El incidente le dio fama a su oficio de *bourreau*. Los reporteros lo atormentaron con reflectores, flashes y grabadoras digitales, en búsqueda de alguna información nueva sobre el caso reabierto por la policía belga al detener a un violador de carrera. Parecía ser el verdadero asesino de la niña Rambla. El ejecutor confirmó lo dicho tres décadas atrás: luego de despertarlo en su celda, Ranucci se negó a beber el trago de ron, tampoco aceptó ver al cura ni fumar su último cigarro. Obrecht liberó la navaja a las cuatro y cuarto de la madrugada. De los ejecutores, sólo Simón dudó haber hecho lo correcto. Bernard replicó con sus labios cerrados el sonido de la navaja al caer. Sopló un poco de aire entre los dientes cerrados. Hizo una mueca al escuchar el corte del cuello y el golpeteo de la cabeza en la canasta, segundos antes de que ésta se inundara con sangre y las paredes del cráneo golpearan los bordes de su recipiente, como el trompo de un niño chocando contra las paredes de su cuarto de juego.

Ya en París, la consternación del rival de Bernard fue evidente. Sophie llevaba varios meses sin ver a su anterior pareja y no logró contenerse al toparse a Simón abrumado por las incógnitas. Los periodistas de páginas amarillas fueron a recibirlos en un tumulto sensacionalista con tal de alargar una nota que terminó con la vida de un hombre quien, juró, no era culpable. Los dos ejecutores intercambiaron una mirada para esas alturas olvidada. Celos añejos resurgieron y Simón evitó el contacto con la bailarina. Esa noche ella abordó a Bernard con más contorsiones y alegrías que en la primera etapa de su relación. A la mañana siguiente, temprano, Sophie salió rumbo al departamento de Simón y lo despertó vestida con las mismas ropas que ya le habían sido arrancadas de su cuerpo.

En *Coquialles du monde*, la torpeza de los intentos de camaradería mostraban el choque de las diferencias culturales. Con abrazos torpes, apretones de mano y palmadas a la espalda sin sentido, menos

dirección, Shirou Tomita intentaba expresar cierto enojo compartido en la masculinidad del despecho. Se había enterado de la devolución del anillo.

La historia de la sortija decía ahora: la madre de la bisabuela del francés lo recibió de una mujer noble a la que servía. Antiguamente su familia trabajaba en los castillos de La Loire y llevaba ya más de un siglo pasando de generación en generación. Palabra de ejecutor.

La muerte es vista con otros ojos en el oriente lejano. Por ello, ninguno de los dos se inmutó al recibir la carta que vino desde México en manos de un cartero, quien no aguantó la risa al ver a los dos hombres uno frente al otro, esquivando muestras de fraternidad, hablando mal de una mujer.

Aunque ignorada en ese instante, la misiva dio inicio a la relación entre Bernard y Clóe. En ella se daba aviso de la muerte de Eulalia y preguntaba por el valor del cono *Gloriamaris* que Ekioh Yato nunca ofreció vender.

Al contrario de el de Eulalia, pocas personas asistieron al funeral de la madre de Cléo. El cuerpo fue incinerado de inmediato sin dejar tiempo para rituales largos; no eran necesarios. En el departamento, se montó un servicio de café dándole la bienvenida a quienes acudieron para presentar sus condolencias. Sin lágrimas, rostros apretados en una sonrisa de tristeza dejaron sentir el cariño de unos cuantos, los suficientes.

El dolor de ver en la mesa cualquier platillo recordando a Dominique hizo estragos en la salud de Jean Marie; no soportó su ausencia. Son muchas las historias de hombres que, al fallecer su compañera, jamás encuentran consuelo y en silencio dejan su cuerpo desvanecerse hasta los huesos. Él y su mujer ya habían hablado de ello. El exiliado vive dos vidas: una la deja en su tierra y la segunda empieza cuando llega a un lugar al que puede llamar casa. Esa es más difícil de sortear sin alguien con quien compartir las mañanas. Desde jóvenes acordaron que él se iría antes. No soportó la imposibilidad de cumplir su promesa. Las mujeres suelen ser mejores para esas cosas y Jean Marie se negó a pensar en la espera que soportó al quedar solo. Un año le tomó acompañar a su mujer.

La suerte de sus padres afectó a Cléo de manera predecible; entraba al departamento y esquivaba la recámara principal como si ésta se encontrara ocupada. De vez en cuando encendía la televisión imaginando a sus padres viéndola y, al terminar el día, hacía planes buscando ocultar su pesar. El tiempo transcurrido entre una caída y la otra hacía difícil el razonamiento que controla el dolor y, los primeros meses de duelo, lo transforma en mera ocupación.

Eulalia adoptó el papel de madre putativa. La repostería francesa cedió su lugar a la cocina española. Los *éclairs* recordaban la herencia. Cléo dejaba de comer sin darse cuenta que imitaba los pasos de su padre. Muerta de hambre, dormía la noche pensando qué comería por la mañana. En su duermevela le marcaba a la catalana para compartir sus antojos y al despertar, el estómago cerrado recordaba las complicaciones de querer imponer el pragmatismo sobre un estado emocional.

Para forzarla a alimentarse, Eulalia la llevó a un lugar que frecuentaba, muy cerca del departamento de la Roma. La Casona, era la sede social del Centro Asturiano, un club nacido como equipo de fútbol a principios de siglo con la primera migración española a

México. Ocupaban desde 1951 una vieja mansión en la calle de Orizaba, construida en los veintes. Sus rejas de herrería verde dejaban ver a través de las altas ventanas. Cortinas translúcidas protegían del sol los muebles de caoba, y rojas alfombras reflejaban en su tejido la luz de grandes candelabros. Ahí se organizaban conferencias, eventos sociales y comidas familiares. Se hablaba de una España dejada atrás donde los hombres, como ocurría dentro de esas paredes, se retiraban al terminar los postres para beber y jugar dominó lejos de sus mujeres. Seguían los códigos que trajeron en barco, cuartos cerrados para señoras y niños. A la biblioteca tenía acceso toda la comunidad. Por ella se afilió la catalana, más que por la búsqueda de pertenencia; tragándose cualquier asomo de feminidad independentista, en ocasiones rechazada por sus propios pares. En el salón restaurante, Eulalia le presentó a Cloé la leche frita; el postre vino luego de un menú de cinco platillos, entre los que se encontraban y podían elegir: consomé de ave al jerez, callos a la madrileña, paella valenciana, filetes de merluza rebozados y una fabada capaz de neutralizar cualquier pensamiento simultáneo a la digestión.

La predilección por los sabores cambia dependiendo del momento; es siempre mejor el hecho en casa.

Meses después, ya con el ánimo recuperado gracias a un universo de viandas, subió de peso y se organizó una comida en Coyoacán. Ese encuentro debía ser más sencillo que los alimentos servidos en aquel club social, pero manteniendo el espíritu ibérico de la anfitriona, necesario para mostrar las conchas a una pareja de académicos intrigados por el mundo marino y los rumores fantásticos esparciéndose alrededor de la colección en el chismerío de la universidad. Cloé debía salir de su departamento unas horas antes de la cita para preparar en la estufa de su colega, a quien aún llamaba maestra, los cuadros de leche frita que, gracias a la remodelación del departamento de la colonia Roma, no podía terminar sin que éstos se empanizaran en el polvo arrojado por tres trabajadores levantando el piso original de madera —con la intención de hacer propio el espacio perteneciente a sus padres—. Cuatro semanas fueron necesarias para colocar las losetas de barro cocido que por la convivencia con la catalana, quien agarró un gusto particular por todo lo mexicano, terminaron siendo también del agrado de su alumna.

Habían comprado los materiales para la remodelación en una casa de acabados y decorados típicos. El establecimiento contaba con su propio horno de cerámica. Ahí recibieron a Eulalia con las bienvenidas de un cliente habitual, aunque apenas unas paredes en casa de la mujer ostentaban azulejos pintados a mano. Vivos de colores en los muros, soles y medias lunas dibujadas en barro cocido, resaltaban sobre las columnas de ladrillo rojo en cada esquina de su sala.

Unos días antes de la comida, la catalana le regaló a Clóe una caja de pequeñas piezas de talavera, mosaicos al parecer sobrantes de algún proyecto del que nunca platicaron; pequeños, blancos con decorados azules, perfectos para el nuevo estilo del departamento. Por teléfono, mientras Clóe cargaba un pyrex lleno de nata con harina cruda y avisaba que saldría en cualquier momento, Eulalia preguntó si ya habían colocado sus cerámicas. Con ellas fue dibujado un marco al centro de la estancia, limitando el espacio reservado para un comedor hecho a la medida que no debía tardar más de una semana en llegar. A media conversación, el chofer de un taxi ordenado en la mañana al sitio de la esquina tocó el timbre y las dos mujeres se despidieron.

La casa de la malacóloga tenía dos puertas; exterior e interior. Clóe abrió la primera y encontró la segunda mal cerrada. Dejó el refractario de vidrio en la barra de la cocina. Gritó el nombre de Eulalia, no tuvo respuesta. En el cuarto principal, el cuerpo de la vieja se alcanzaba a ver tendido en el suelo, a un lado de la cama. Clóe se abalanzó hacia ella, dio más gritos y le levantó la cabeza, dejándose caer como si una garra gigantesca la jalara.

Los gramos serán más, pero pesamos menos cuando estamos vivos.

El cine le enseñó al mundo la manera de actuar en esas situaciones. Clóe intentó sentirle la respiración con el dorso de su mano; buscó su pulso en las muñecas, el cuello, en el pecho. Sus maniobras duraron cerca de una hora. La tensión lo nubla todo, sobre todo el tiempo. Con la fuerza que viene en esos casos, la cargó en sus brazos y la golpeó arriba de la oreja contra la pared limitando la puerta de la habitación. Cimbró el muro. Clóe sabía que ese impacto no provocaría más daño. Sonó el timbre de la casa: los invitados habían llegado. Con el pie abrió la primera puerta, sin soltar el cuerpo; debió haber caminado unos veinte metros cargando con ella. Los dos académicos, a quienes no conocía, la ayudaron a subir el cadáver en su auto. Manejaron diez kilómetros antes de llegar al hospital más cercano. La Ciudad de México no es buena para emergencias: sus distancias son demasiado largas. Ya se lo habían dicho a Eulalia.

De la misma forma en que el veneno del cono es capaz de inmovilizar los impulsos vitales de sus enemigos, la edad detuvo el corazón de la catalana. Debió haber sentido sus pulmones colapsar antes de caer rendida. En la especialización biológica de los seres entra la conciencia de la muerte. Los animales simples no reparan en ella.

Maestra y alumna debatieron noches enteras sobre los encallamientos de ballenas; su distancia con la manada era un preparativo para la muerte. Afirmaban que los paquidermos sabían cuándo les había llegado la hora. Se alejaban de los suyos en un suicidio pensado para evitar el sufrimiento obligado del deterioro. La

muerte es un asunto individual. Descompone las estructuras sociales. Ahí está la razón para separarse, para proteger el entorno. La partida de Eulalia fue un proyecto personal, definido por el no a la suerte, cuidado para que nada fallara. El instinto acepta premoniciones.

Todos los gastos funerarios habían sido pagados unos meses antes.

Esa misma noche fue velada en el Panteón de San Joaquín. Uno de los pocos cementerios construidos bajo los patrones de sus similares en Europa: puerta de quince metros de altura custodiando su entrada, calles pavimentadas, numeradas y capillas describiendo las personalidades de sus inquilinos, tal y como sucede en los terrenos de Père Lachaise y Montparnasse, que Bernard conoció en su adolescencia. Varios miembros de la comunidad universitaria llegaron al velatorio, tres fúnebres empleados prepararon el cuerpo. Uno más se acercó a Cloé para indicarle el lote escogido por su maestra. Ese que no logró vender al momento de necesitar dinero para comprar la *Fultoni* en París. Salieron por una puerta trasera, caminaron por la avenida principal y giraron a la derecha. Primera calle del lado izquierdo del panteón, cuatro tumbas adelante: una capilla de seis metros cuadrados y tres de alto. Remanentes góticos fundidos en acabados clásicos de estilo colonial se distinguían en los cuatro pilares enmarcando la capilla que en su interior guardaba el vitral de una virgen. Guadalupana al fin de cuentas. Eulalia nunca renunció a lo agnóstico pero respetaba el símbolo del país que le dio la bienvenida. Algunos de los españoles llegados a México compartían su aversión por las instituciones religiosas; las culpaban de lo ocurrido en el país del jamón curado. En México, la religión encontró el triunfo de la conquista en las creencias de los mexicanos. Su independencia no contempló los altares.

—La tesis de la religión católica no se sostiene por un problema de semántica. Si se defiende que en la creencia lo humano importa, Jesús al resucitar perdió como tal. Falló porque la muerte es lo único cierto en la vida. Se divertía argumentando.

En la capilla de Eulalia, todas las paredes exteriores se encontraban adornadas con hileras de mosaicos blancos y azules, talaveras clásicas. Los mismos que le regaló a Cloé, los sobrantes de su tumba. Ella nunca vio el lado maquiavélico del obsequio, mucho menos el cicatero. La generosidad de esa mujer dejó una parte de sí misma sumándose a la herencia de su única cercana.

Con sus padres, Cloé adquirió cierta práctica en los asuntos legales de la muerte. Entre los cajones de ropa, buscó los documentos que podían hablar del legado; en ellos solo encontró su nombre. La casa, los derechos de sus investigaciones, todo el menaje y cada una de las conchas pasarían a sus manos.

Por un año, Cloé intentó combinar su estancia entre el

departamento y la casa, pero las actividades en el Instituto de Biológicas le impidieron hacer caso de dos hogares. El departamento de la Roma fue puesto en venta; fortuna de quien puede elegir entre herencias, porque se lleva lo que más quiere de cada una de ellas. Las discusiones sobre el mestizaje que Cloé y Eulalia tuvieron al principio estaban resueltas: los libros de sus padres ocuparon siete libreros en la casa nueva. Por falta de paredes fueron colocados en medio de la sala, como se hace con las bibliotecas públicas cuando aprovechan al máximo sus reducidos espacios.

La Ciudad de México había logrado hacer de la ubicación cardinal un adjetivo que describe la personalidad de sus habitantes. La gente del norte era muy del norte y la del sur muy del sur. Gran cantidad de centros educativos alrededor de las colonias meridionales diferenciaba enormemente a sus residentes de los propios de las partes céntricas de la capital. Cloé se encontró entre los sureños, sus ropas menos influenciadas por las tendencias de moda americana rescataban tanto diseños europeos como textiles de patrones tradicionales provenientes de grupos autóctonos al interior del país. Los restaurantes, siempre llenos del mismo tipo de personas, con pinta de académicos: pana, boinas y libros bajo el brazo, llevando sus conversaciones a las inquietudes sociales que a su padre en otros días le hubieran apasionado y a ella, le comenzaban a parecer atractivas por las relaciones formadas dentro de la universidad. Sobre todo con el gran número de exiliados ocupando el complejo de departamentos de la Villa Olímpica, cerca de la Ciudad Universitaria. La mayoría argentinos y uruguayos, incorporándose a la docencia y el trabajo independiente, llegados hacía unos meses a causa del golpe de Estado de Videla y la hecatombe de Montevideo.

Cloé heredó la coordinación del diplomado de Eulalia; los doctores lo hacen con sus hijos, les dejan sus consultorios; los militares también, por eso de un general nace un soldado, y en algunas cosas los biólogos no son tan distintos. El puesto le permitió continuar con los trabajos del Instituto y mantener el presupuesto administrado anualmente por el Comité de Becas y apoyos a la investigación, quienes al enterarse de las pérdidas casi simultáneas de los padres y la tutora de Cloé le otorgaron un sutil aumento. Útil para pagarle a Matías, un asistente demasiado porteño incorporado meses antes a sus investigaciones de manera gratuita, en búsqueda de un lugar en la academia.

Por él, Cloé aprendió a cebar y sorber el mate.

—Sin moverlo, que lo lavás.

—Matías, esto es aburridísimo. Te invito un café —le respondía asqueada por lo amargo. No tardó en agarrarle el gusto.

Con su ayuda, aparecieron los primeros indicios para resolver las

interpretaciones gráficas de los patrones impresos en las conchas.

Juntos gritaron: ¡Eureka!

Matías presumía de mejor pulso, vista y paciencia para el detalle que ella. Cloé modificó un pantógrafo comercial para hacerlo funcionar en superficies curvas. El juguete de moda entre niños desde las últimas navidades, hecho de plástico y con la mala calidad de los productos chinos. Ese aparato, de dos plumas unidas con una serie de brazos mecánicos, sostenidos a la articulación de un soporte fijo a manera de paralelogramo, permitía repetir en la segunda los movimientos de la primera pluma. Una punta redonda pasaba por encima de las conchas duplicando cada desplazamiento, copiando a la perfección cada trazo hecho sobre la figura inicial. En una retícula de ejes X, Y y Z se trazaron los patrones de siete distintos conos: *Conus australis*, *Kinoshitai*, *Bengalensis*, *Telatus*, *Pulicarius*, *Victoriae* y *Perplexus*.

Esas mismas gráficas fueron reinterpretadas por Cloé treinta y cinco años después, usando una computadora y escáner 3D. Con su resultado fue escrita y resuelta una nueva ecuación que cambiaría la percepción biológica: *Gloriamaris*. Ecuación *Gloriamaris*.

Matías sostuvo cada concha en un monopié giratorio.

—¿Las vas a fijar con algo? —le preguntó con cierta suspicacia.

—Sí, claro. ¿Dónde tenés la pegatina?

Ella respondió extendiendo las palmas de sus manos hacía arriba. Decir Baden-Baden pasó por su cabeza.

Cloé definió una escala sobre la que debían ser calcadas las líneas y puntos en las superficies de los moluscos. Asignó el cero como punto de origen. Decenas de hojas de papel terminaron dibujadas con el decorado de las conchas. Una vista menos científica las hubiera tomado como piezas de arte moderno, influenciado por la abstracción cubista de unas manchas de Rorschach. Las figuras bidimensionales de aquellos animales marinos fueron la clave para comprobar los primeros planteamientos de Eulalia: el eje Z representaba el tiempo, X la longitud de las ondas, Y la amplitud de las crestas. En cada espécimen la primera parte de las gráficas, sin importar lo acentuado del patrón, era idéntica en los planos más claros. Varias líneas eran una sola: Z confirmaría el paso evolutivo.

Al primer experimento se le añadieron las interpretaciones de otras cinco conchas de cada especie. De vuelta, con cada ejemplar, la gráfica iniciaba exactamente con la misma figura y a medida que se acercaba a la parte final del animal, se modificaba en muy pequeñas

variantes. Cada una de las conchas pertenecía a moluscos capturados en distintos momentos, en algunos casos en aguas alejadas una de otra. Compartían géneros y subespecies, pero era imposible que formaran parte del mismo conjunto social.

Cloé no durmió dos noches; su cabeza divagaba, volteaba a ver el techo de su cuarto, el mismo donde levantó a Eulalia con sus brazos. Había regalado la cama de la anciana y donó toda su ropa a una familia sin techo. Los siguió viendo por los alrededores, ahora vestidos con elegantes huipiles, mezclillas, alpargatas y zuecos. Guardó en un cuarto las cosas que, sabía, a su maestra le importaban, pero a ella sólo le significaban cuentos lejanos. Originalmente, la habitación transformada en bodega fue dispuesta con baño propio, pequeño vestidor y todas la necesidades de una recámara, para ser habitada por el personal de servicio que ni la catalana tuvo ni ella tenía interés en pagar. No por ahorrar dinero, sino para evitar la presencia de un extraño incorporándose a la vida del hogar; prefería perder dos horas cada tres días haciendo labores domésticas.

El rechazo a todo tipo de ideas esotéricas le dio tranquilidad para pensar acostada en el colchón que compró al mudarse, enorme comparado con el del departamento de la Roma. De tanto en tanto miraba la esquina, recordando el cuerpo muerto de su amiga, apacible, canoso. Algún compañero de facultad le mencionó la posibilidad de un espíritu errante paseando por esas paredes. Ella rió en un gesto complaciente, educado. Un par de mañanas después de los últimos análisis de gráficas, llegó al instituto dando órdenes para elaborar un modelo matemático de reciente inspiración. El mismo personaje, que ya se había ganado su antipatía, incluyó a Dios responsabilizándolo por la idea y terminó dándole gracias a una lámpara.

—Gracias Dios por tu ayuda —exclamó, fuera de lugar.

—Si Dios tiene que ver en esto, perdí toda la noche observando una esquina en busca de respuestas.

Con un tono amable, Cloé lo despidió.

El eje Z regaló el primer hallazgo. Sin importar la frecuencia con que los patrones en las conchas se repetían, la gráfica o figura geométrica dibujada era siempre igual. Por dos días abandonó esa variable, creyó que no tendría nada más que aportar hasta que despertó colocando a Z dentro de X: las constantes podían ser la especie, familia, subgénero, todas las ramas de clasificación. La incógnita era el tiempo: la longitud. Con un mismo todo biológico, lo único que diferenciaba a las muestras era la edad, también el tamaño, permitiendo un patrón más extendido dependiendo de lo viejo y grande de la concha. Ahí la gráfica se modificaba. La variable tiempo cambiaba por fuerza entre los especímenes; por ella, los dibujos de la

sección posterior de las conchas se alargaba. Quedaba por ver si la evolución de sus ornamentos era capaz de producir otro cambio.

Cloé mandó al argentino a buscar una pastelería para comprar *éclairs*. Por primera vez en años, volvió a ser francesa. Le hizo escribir en una hoja del cuaderno donde resolvió sus cálculos los tres sabores y rellenos de los pastelillos, para evitar se le olvidaran. Había que tener todos al momento de celebrar. Porque los de esas profesiones celebran cosas poco comprensibles para los demás.

Siete especies distintas, treinta y cinco conchas con igual número de gráficas, todas con valores numéricos al hacer del tiempo una constante, con un arbitrario número: uno, incrementándose a cada sección del modelo matemático. Eulalia tenía razón, sólo faltaba traducir esos patrones a una ecuación, que treinta y cinco veces dio cero.

La evolución termina donde algo más empezó, solo una concha en todas las historias que Cloé escuchó a lo largo de su vida parecía romper con el esquema descubierto.

Antes, mucho antes, al llegar Eulalia de Mazatlán, recapituló cada detalle de su viaje. Ekioh Yato parecía tener en las vitrinas de su colección un objeto semejante al eslabón perdido de los darwinianos: ese *Gloriamaris* con patrones distintos a los de sus pares escondía una pista: siguiente paso en el desarrollo de una especie. El Comité de Evaluación de la universidad reconoció la validez de los estudios que habían intentado ridiculizar. Cloé tenía que celebrar, era su momento Giordiano Bruno.

En 1976, Bernard Reynaud y Shirou Tomita ignoraron el contenido de la carta de Cloé, pidiendo al empresario japonés que le vendiera la concha. El ejecutor apretó el sobre haciéndolo una pelota crujiente entre sus manos. Manos fuertes, entrenadas para eliminar lo no deseado. La tiró a la basura, evitando que el tío de su amigo oriental se molestara y volcara en ellos su furia, como lo hacía con las ballenas del Tsukiji.

Bernard volvió a saber de la joven malacóloga en París; la conoció dos cabezas y cuatro inviernos después, cuando los socialistas ganaron la presidencia y ella viajó a Francia, recordando a su padre, Jean Marie, visitando sus lugares y decidida a hacerse del molusco.

En la tienda de conchas, Cloé encontró a un ejecutor sin empleo, alejado de las relaciones sentimentales por el desamor con una actriz de mecha corta a quien le divertía experimentar con drogas a la hora del sexo. Esa mujer interpretaba demasiados personajes en su vida. La elección de su profesión se convirtió en la única forma de supervivencia para alguien que transformó en rutina la coexistencia de sus múltiples facetas.

El anillo de brillantes volvió a ocupar su lugar dentro de la pequeña caja en la recámara del departamento de Châtelet. Marguerite nunca supo de la segunda propuesta. Sophie, acostumbrada a destructores juegos de pareja, se mantuvo discreta y las llamadas a Bruselas, que durante meses apenas se cumplieron, volvieron a su frecuencia inicial.

Shirou Tomita había logrado tener para esas alturas un francés bastante fluido, gracias a la práctica con su compañero, repitiéndole textuales las conversaciones de la bailarina en Bélgica. Las relaciones en la naturaleza son siempre simbióticas; de ahí el cuidado a tener entre quienes se rodean. El *bourreau* adquiría el gusto del japonés por la arquitectura; llegó a encontrar en ella lo que disfrutaba nombrar, pomposamente: *mon appréciation esthétique*.

"Los moluscos recolectando corales se hacen de templos en sus cuerpos. Nosotros en los edificios reflejamos qué pensamos de nosotros mismos" —recitó Tomita con mínimo esfuerzo. Solo agregaba una sílaba aguda al terminar cada palabra grave. Bernard terminó por aprender la frase, escrita en una libreta que cargaba siempre.

Esos placeres sensibles, parecidos a los descubiertos en las pinturas de museos, eran capaces de sacarle algún tipo de emoción al ver la condición humana en monstruosas construcciones.

La evolución llega al punto máximo en los actos que transmiten una expresión. *Plié, passé, boureée, jeté*. En la tienda, el ejecutor intentaba explicar al japonés el día a día de Marguerite en Bruselas. Ridículas contorsiones faltas de equilibrio buscaban ejemplificar lo básico del ballet. Intrigado por el manejo del cuerpo y las pésimas posturas de su empleado, Tomita visitó un par de ocasiones el Palacio de Granier para dibujar con carboncillo, sobre el papel grueso de un cuaderno de espiral, los contornos de los bailarines en cada posición. Ahí, al terminar la función, se encontró a Sophie. Ella lo saludó con cariño y le regaló un par de pases. Jamás los usó.

Con la distancia, la pareja que ya no lo era más recuperó la franqueza de los días cuando comenzaron a vivir juntos. Finalmente, Marguerite anunció que se quedaría en Bélgica y no volvería. Ni el oriental ni el verdugo se extrañaron. El 2CV tenía casi un mes estacionado en el nuevo lugar asignado por la administración de la ciudad a los propietarios de vehículos con domicilio en las cercanías de Châtelet-Les Halles. La estación de metro estaba próxima a inaugurarse y poco le faltaba para hacerlo al centro comercial. La

maquinaria pesada se había retirado una semana atrás y un ejército de jardineros podaba los árboles de las calles transformadas en peatonales, obligando a los vecinos a acomodar sus autos lejos de sus casas.

Marguerite dejó pocas cosas. Las que debían quedarse para los días de visita se mantuvieron guardadas en cajas de cartón bajo la cama, en los armarios, atrás del lavabo, dentro de cada rincón con un espacio lejos de la vista de posibilidades como Sophie entrando al departamento. Los objetos olvidados con la idea de permanencia fueron para ese año el soporte y la carga de Bernard, quien no quiso dejarlos como testigos de su vida en pareja. Tampoco aceptó desprenderse de ellos. Quedaron listos para volverse a acomodar en las repisas, la mesa del comedor y esos lugares en el baño donde van los cepillos de dientes.

El 2CV no era el símbolo del compromiso sino del poder. Venderlo y enviarle el dinero a Bruselas, como pidió, significaba desprenderse de cualquier vestigio que los pudiera llevar a estar juntos de nuevo. Como las cajas, valía la pena tenerlo estacionado. Los rompimientos siempre llevan un poco de alivio tras del dolor. Mantener el tono de las conversaciones telefónicas, hablando como lo hace un paciente con su analista, obligaba a no poner resistencia. Deshacerse de las cosas sin más trae una cierta humillación en el ofrecimiento de cada objeto puesto en venta. Primero se acercó a sus colegas, luego a otros policías. A todos les dijo que la bailarina y él vendían el pequeño auto para comprar otro Citroën. Un DS, con la idea de hacer más cómodos sus supuestos, frecuentes viajes. Mantuvo el mito de una mujer; afuera su señora, adentro su gran amiga. Aunque fuera telefónica. Había inventado las *hot lines*.

Por dos semanas la salud de Obrecht buscó, sin éxito, ocupar el tema de las conversaciones París-Bruselas. Él hablaba, ella sólo asentía; no era necesario verle el rostro para adivinar su expresión, la misma de cada vez que Bernard habló de su trabajo judicial.

El Parkinson del ejecutor en jefe avanzaba, su papel en los entrenamientos se limitó a dar órdenes incompletas y Marcel Chevalier tomó su lugar con una postura infinitamente menos autoritaria. La disciplina marcial, propia de la época en que Obrecht se formó en el oficio, no era la de su sobrino, presto a las bromas y a un sistema de trabajo que hacía de las sesiones dentro de La Santé algo parecido a los descansos de un colegio Montessori.

A ese grupo, a Marcel, les faltaba soltar la navaja.

Para el treinta de septiembre de 1976, día en que Obrecht renunció al cargo que mantuvo por veinticinco años, el espíritu del regimiento encargado de erguir la guillotina era alto y desordenado: mezcla del pesar por la partida de su líder y el respeto, honor sólo conocido por

las tropas. Ninguno de sus miembros fue capaz de imaginar lo que vendría: no el que Chevalier fuera asignado al cargo, eso se sabía que ocurriría y sucedió al día siguiente, el primero de octubre. Tampoco la incertidumbre de las horas cuando sin un ejecutor en jefe, designado por el presidente, toda la responsabilidad teórica de las muertes del Estado cayó sobre Bernard. Esa noche extrañó el auto de Marguerite, quien ya tenía en sus manos el dinero de la venta del 2CV. Manejar dando vueltas entre las calles del recuerdo habría aliviado un poco su angustia.

Sufrió en su duermevela, pero eso sólo lo supo Clóe a mediados de los ochenta.

—Marguerite no contestó el teléfono —le dijo el viejo ejecutor a su confidente; sus ojos aún se humedecían al recordarlo.

La impotencia de tener el máximo poder y no ser capaz de ejercerlo. El derecho a quitar el seguro de la cuchilla, a firmar la orden donde se recibía la instrucción de ejecutar.

Nunca como esa noche, hasta su vejez, pensó en el temor de matar.

El verdadero verdugo no sólo lo es cuando ejerce: vive en su papel cada día.

Lo que vendría, sería una sorpresa efímera para la propia guillotina.

La supervivencia de las especies en sus primeras etapas depende del grupo. Las organizaciones sociales se dan en la naturaleza para permitir cazar al animal que en solitario representaría un reto complicado. A medida que el desarrollo aumenta, también desaparece la necesidad del clan. El cono caza solo, las leonas en conjunto, el mono araña depende de sus compañeros deambulando entre las ramas. El gorila macho, gigante, con su espalda plateada, parecido al humano en casi el cien por cien de su código genético, pasea por su territorio y en privado, come antes que su tribu. El humano disfruta el linchamiento, regresando a su condición más básica. Las sociedades europeas de la posguerra, poco a poco fueron redescubriendo los placeres de la individualidad bien equilibrada, con la conciencia de grupo buscando proteger una identidad. Con ella un día, de ser necesario, se defenderán ante un agresor externo. La pena de muerte fue por mucho tiempo pensada en el terreno de lo obsoleto, lo salvaje, como ocurre con el puñado de borrachos agarrando a golpes a un pobre tipo en un bar, luego de haber visto de manera sugerente las piernas de una mujer, parte de su multitud. Su pecado, atentar contra la manada.

Sin importar lo avanzadas de las sociedades, su propia naturaleza obliga a un remanente de bestialidad en medio de edificios modernos, computadoras y bancos realizando negocios internacionales. Transfiriendo grandes sumas en menos de un segundo, instituciones como a la que Bernard le confió un objeto que viajaría nueve mil

kilómetros para encontrarse con su destinataria. Un regalo que, pese a su simpleza, parecía estar lejos de la euforia pidiendo condenas a gritos en las calles, en los diarios. En las conversaciones de familias cenando purés con piernas de pollo a la naranja, calentadas a base de microondas y discutiendo sobre el futuro del medio ambiente. Esa euforia vista en Versalles al caer la cabeza de Eugen Weidmann ocupó la conciencia colectiva —sea eso lo que sea— de los franceses que veían en TV5 el arresto de Patrick Henry.

La nota era parte de una serie de reportajes alimentados por la televisión y la radio locales, cuando cambió la estafeta en los *bourreaus*. Acusado de asesinar a Philippe Bertrand, un niño secuestrado a cambio de un millón de francos, P. Henry fue detenido poco después de encontrarse el cuerpo estrangulado de Philippe bajo la cama del hotel donde Patrick había rentado una habitación.

Las posturas a favor y en contra de la pena de muerte nunca preocuparon al escuadrón. La *Liberté*, *Fraternité*, *Égalité* y ellos eran una tradición. Éstas no se cambian por decreto. Francia abandonaba el periodo conocido en los libros de historia como los "años gloriosos" posteriores a la guerra. El mundo se encargó de una reconstrucción europea con límites; la crisis de energía provocada por los conflictos en Medio Oriente y el desgaste político de la Guerra Fría llevaron al viejo continente a un periodo de tensión social y, ante la dificultad, las sociedades quieren cortar cabezas.

Eventos pasan desapercibidos cuando se tienen los refrigeradores llenos. Mechas prendiendo al sentir en peligro el bienestar acostumbrado.

Como si el escuadrón fuese un grupo de rockstars entrando al hotel en plena gira de conciertos, pequeñas multitudes se agruparon apoyando su oficio afuera de La Santé. Cargaban pancartas pidiendo la muerte de Patrick Henry, quien apareció en los noticieros que seguían los entrenamientos del equipo de Chevalier.

Robert Badinter, el abogado de Roger Bontems, logró esta vez salvar a su cliente luego de demostrar que no había pruebas suficientes para relacionar el secuestro del pequeño con su muerte. Eran dos crímenes distintos y, tratándose de la vida de un hombre, la opinión no cuenta; contra los hechos, ésta tiende a ser un error. Para evitar el equívoco están los argumentos. Si los individuos se transforman en masa, la voz de cada uno no se suma, se anula y toma lugar la sinrazón de la barbarie, impulsada por un sentimiento común. Sin importar cuál sea su motivo e incluso si este es justo, se deja de lado la reflexión. El furor perdido en cuatro décadas, que exigía la vida de alguien a quien no se le pudo imputar más que el descontento generalizado y haber atentado contra la estructura familiar, base del Estado, revivió el gusto por la guillotina en un país por momentos avergonzado de su sistema

judicial.

Chevalier, Bernard, Simón y el resto del equipo de ejecutores juraron indudable la permanencia de su condición. Las voces pidiendo la abolición de la condena parecía no eran capaces de enfrentar el ensayo abolicionista, a la novela que Francia quería vivir para calmar sus angustias.

Hakim al-Khabar, el preso argelino con quien acostumbraba comer por lo menos dos días a la semana, le advirtió al ejecutor de la ira en las calles, dependiente de la comodidad de los franceses.

—Mi amigo matón, cuando las preocupaciones regresen a las pequeñas cosas, se contarán con una mano las ejecuciones —vaticinó el africano.

Los dos hombres se hicieron compañía hasta la muerte de Hakim, que le llegó por viejo. Experimentados en la pobreza, cada uno tenía sus propias catacumbas de infancia. Al-Khabar, más que las mujeres, fue el verdadero responsable del flirteo de Bernard con la cocina.

Dentro de su celda Cummings escribió *El cuarto enorme*; Pound: *Pisan Cantos*; Jean Genet: *Nuestra señora de las flores* y, el argelino, un recetario para ciento cincuenta y tres platillos, desde entradas hasta postres. Cada uno de ellos se preparó en el departamento de Châtelet, previas instrucciones discutidas frente al almuerzo de regla en la prisión, que pocas veces se probó. A la noche, Bernard guardaba lo cocinado en un refractario con dos divisiones, separando la ración de cada hombre, para compartirlo al día siguiente entre pláticas de política, conchas marinas y destino. Conversaciones siempre sobre la idea del final.

Llegó el verano de 1977. Bernard había ganado más de cinco kilos con los experimentos culinarios, incorporando ingredientes europeos a la comida de África del norte y al revés. La falta de sexo impulsada por su añeja aversión a las prostitutas y una excesiva precaución a la hora de conocer mujeres, originada en su conocida obsesión de higiene y reciente precaución sentimental, trajeron de vuelta al voyerista. El escuadrón se hacía viejo y los bares llenos de turistas jóvenes inhibían a los franceses.

Bernard hizo rutina permanecer afuera de las cabinas de los *sex shops* abiertos las veinticuatro horas, a poca distancia de su departamento. Los objetos, juguetes y revistas le divertían; jamás los tocaba, eran el paso previo a la escucha de gemidos, gritos y bendiciones saliendo de los cuartos privados donde clientes, la mayoría adolescentes, viejos o turcos, se encerraban por minutos con mujeres menos refinadas que las de Pigalle.

Escudándose en su identificación del Ministerio de Justicia, se hacía intocable. Con una sonrisa y las manos dentro de los pantalones, disfrutaba en el anonimato de esos lugares.

Los años sesenta en Francia, a diferencia de América, fueron más de intelectualidad que de desenfreno. El mundo de las drogas tardó en llegar. En la década de los movimientos estudiantiles, las expresiones culturales florecieron en París y sus alrededores, siempre urbanos. Francia se había olvidado de su campo, las secciones rurales nunca estuvieron más alejadas. Para los llegados de otras latitudes, como Tomita, el país al que migraron con grandes expectativas de un refinamiento occidental parecía lúgubre al encontrarse con la realidad. Pero lo lúgubre también enamora.

Para finales de los setenta, París era el Centro Pompidou, Godard, Truffaut y Costa Gavras. Minifaldas, peinados altos y conciertos cada fin de semana; Pink Floyd, Black Sabbath, Rolling Stones. El Olympia era escenario para Edith Piaf y Grateful Dead. También de Paco Ibáñez, con los poemas de Góngora: *Y ríase la gente*.

La pequeña calle comercial donde estaba la tienda de conchas no tardó en ser ocupada por artistas callejeros, colectivos teatrales y músicos solitarios. Lanzando discursos políticos anti sistema, *performances* en los que hombres y mujeres se quitaban las ropas. Aún no se usaba rasurar la mayor parte del cuerpo y Bernard vio a la actriz Veronique Dupont, desnuda, antes de conocerla.

Frente a *Coquialles du monde*, el grupo encabezado por Dupont festejaba el segundo aniversario de la legalización del aborto. Tomita le ordenó al ejecutor retirar de los escaparates los senos de la francesa apretándose contra la ventana. Bernard quiso intimidarla con su voz, le presentó su gafete y la tomó en el hombro. Ella se lo quitó, él no se dio cuenta. Lo enfrentó acercándole sus labios, lo puso nervioso. Él se sacó la chamarra para intentar cubrirla. La actriz jugaba a ser una policía practicando un legrado simulado a uno de sus compañeros varones, tendido en el suelo, con las piernas abiertas y el sexo pintado de colores. Reducido por las miradas de un público aplaudiendo.

La Policía Nacional entró en un par de motos por la callejuela, con sus sirenas y faros prendidos para descubrir a Bernard gritando a los jóvenes, quienes no parecían hacerle el menor caso.

—Deja, ejecutor, que a ellos no los podrás llevar a la guillotina —espetó con una sonrisa uno de los oficiales al que conocía.

—Deja, su cabeza no vale la pena —dijo el japonés al regresar a la tienda.

Veronique Dupont pasó unas horas en la comisaría; tres artistas parte de su colectivo actoral la esperaban en la calle y le aplaudieron al salir. Caminó por Bulevar Saint Germain, se detuvo a unos cien metros de la gran fuente, en una tienda de licores en cuyos estantes se podía encontrar todo tipo de bebidas en pequeñas botellas, de las que regalaban en los aviones cuando todavía se podía fumar abordo. Compró dos Chivas, de esas que sólo alcanzan para un trago. Avanzó

medio kilómetro más hacía el sur, rumbo a la calle donde fue arrestada. Abriendo la puerta sin preguntar, entró a *Coquialles du monde*. Shirou Tomita la recibió a gritos, pretendiendo alertar a la policía. Sólo Bernard se dio cuenta del escándalo, salió de la trastienda y buscó nuevamente su gafete. No había aprendido nada; palpó cada uno de sus bolsillos, que estaban vacíos.

Horas antes, al interrumpir el *performance*, ninguno de los cuatro policías preocupados por el pudor y el carácter conservador del uniformado vio a Veronique aventando el carnet de Bernard por los suelos. Recogido por uno de los participantes con ropa a quien no fue necesario prestarle atención, al salir de la Comisaría, Veronique recibió con disimulo la insignia de manos de su compañero. Dentro de la tienda, la señorita Dupont calló a los dos hombres mostrando la identificación del verdugo.

Como a una mascota a la que se llama enseñándole un premio, Veronique sacó a Bernard del establecimiento. Abrió una a una las botellas de Chivas, prensó la tapa con los dientes y la giró para desenroscarla. El *bourreau* apretó la mandíbula al escuchar el rechinar de esos molares rompiendo los seguros de la tapa.

Seductoras las palabras de quien provoca jugando.

—Por el oficial enojado, que no encuentra su gafete —dijo rimando, alargando las vocales.

Clink, clink. Con una sola mano la actriz se las ingenió para golpear las dos botellas. Brindó consigo misma, sosteniéndolas entre sus dedos e impulsando el meñique al centro para que se tocaran.

Le extendió una al ejecutor. Un trago a cambio del objeto secuestrado.

Cero, cero, treinta y dos, dos, cinco, seis, tres, dos, nueve, dos. De tanto poner el dedo en el dial, los números del teléfono de Marguerite en el aparato tenían la pintura desgastada. Ocurre lo mismo en los elevadores con el botón destinado para cerrar las puertas, el que sirve para abrirlas rara vez está despintado. Bernard repetía en voz alta los números, jalaba el disco con el índice y juntaba en su decir mental el código internacional. Los demás dígitos eran nombrados uno a uno para evitar confundirse con ordinales más grandes, de consonancias parecidas.

En la emoción de quien confunde los papeles, le contó a Marguerite de la actriz insolente. Lo había despojado, y no sólo de su insignia. La bailarina supo que esos dos desayunarían pronto, como con Sophie, como con ella.

Los oficios más estructurados encuentran un mundo atractivo en personalidades que desarrollan una vocación sensible. No le costó encontrar tema de conversación con la actriz y activista: habló de presencia escénica, de una cuarta pared imaginaria. Siguiendo su

rutina, después de las botellas de Chivas la invitó a beber en el ya conocido bar irlandés. La actriz gritaba al pedir cada trago —porque en la vida hay quienes siempre adoptan un personaje—, y escuchó fascinada al ejecutor describir sus actividades. Quién sabe, igual algún día interpretaría a una verdugo y necesitaba conocer los detalles de la profesión. Caminaron por horas, se perdieron, dieron con el Hôtel de Ville, siguieron hasta el departamento de Bernard. Bebieron un poco más y se acostaron; no salieron de la cama durante el fin de semana.

Dormir con Veronique era hacerlo con varias mujeres, la de arranque dominante y de sumisión absoluta. Se quitó el vestido de tirantes y él le reconoció los senos. La tomó de la cintura para girarla y evitar verlos. Por qué ensuciar el momento con su humillación. De la velocidad del otro en los juegos de la cama dependen muchas cosas. Primero fingió no quererlo, asustado se quitó y ella lo jaló de vuelta, agarrándole la muñeca con fuerza. Algo atractivo tenía personificar una violación.

El sexo siempre es poder, por eso la gente se enamora. Los hombres aman más, las mujeres mejor.

La intuición de Marguerite la hizo ignorar por unos días las llamadas de teléfono. Ese verano, Bernard no tardó en encontrar un raro equilibrio.

La corte criminal de Douai rechazó la apelación de Jérôme Carrein. Los abolicionistas estaban convencidos de que el fallo sobre P. Henry obligó a Giscard a rechazar la conmutación de la pena. Entre uno y otro sentenciado apenas pasaron unos meses y ningún sistema judicial se mantiene impecable, sin sacrificar a un peón para mostrarse fuerte. De cualquier forma, la vida de Jérôme Carrein estaba predestinada; tuberculoso, bebedor alegre y padre de cinco, fue arrestado al día siguiente de estrangular a Cathy Petit, joven y pequeña como su apellido, tras intentar violarla.

Mientras el escuadrón retiraba del sótano de La Santé la guillotina para enviarla al norte de Francia, Simón leyó al resto del escuadrón la nota de *Le Figaro* dando cuenta del criminal. Al escucharlo, Bernard repasó los gritos de Veronique, los de la noche anterior cuando él le inmovilizaba las manos, dejando caer con los brazos su peso sobre las muñecas de la actriz.

Douai tenía desde el gobierno de Vichy, a jueces con cierto gusto por enviar al cadalso, y después de la guerra, era una locación que daba razones para mantener la cuchilla afilada. Ser juzgado en sus cortes no era buen presagio y, como sucedió con París, donde eran enviados los condenados de Versalles para ser ejecutados lejos de los sitios visitados por turistas, a Douai eran trasladados los juzgados de tres poblaciones no lejanas. Ciudad industrial de esas que cuentan historias espantosas en las miradas cansadas de sus habitantes. En los

“años gloriosos”, Renault montó allí su más moderna planta de ensamble, destinada a cubrir las necesidades automotrices del floreciente país y recuperar la última parte pendiente, de las líneas de producción perdidas por el bombardeo sobre la planta de Billancourt, cuyo olvido Bernard no visitaba más.

El personal de la prisión colocó el telón negro la mañana del 22 de junio de 1977 para ocultar las labores de montaje de *la máquina*. A la madrugada siguiente, una camioneta entró al centro penitenciario con Marcel Chevalier abordo, acompañado por el habitual escuadrón y Eric, apenas mayor de edad, hijo del nuevo *Ejecutor en jefe de presos criminales*, a quien su padre iniciaba en el oficio familiar.

Carrein había salvado el cuello el año anterior. Poco antes de ser ejecutado, se le suspendió la sentencia dictada en Saint-Omer que lo llevó a Douai y dejó pendiente un segundo juicio, conducido en aquellos tribunales, terminando frente al patíbulo.

Bebió un trago de coñac, comulgó y perdió la cabeza a las cuatro y media de la mañana.

Con la edad viene el respeto a lo que en una etapa de la vida se lee como inoportuno: el entusiasmo por las pasiones consideradas necias. La concesión a quien una vez ganó en la batalla. No hay rencor contra quien supo vencer cumpliendo su palabra y desenmascaró los errores del perdedor. Ekioh Yato lamentó la partida de Eulalia y le contestó a Cléoe en un telegrama, respondiendo a la carta dando aviso del fallecimiento de la catalana. Segunda correspondencia enviada a Tokio por la falta de respuesta a la primera, destruida e ignorada por el sobrino y el empleado del empresario japonés.

El telegrama tardó menos de una semana en llegar a su destino, en manos de un joven que al tocar el timbre de la casa de Coyoacán pronunció: Cló Gimén, Cló Gilberto, Gilberto Chon y señor Gilberto Clón antes de que Cléoe Gilbert abriera la puerta con una sonrisa, obviando la molestia acostumbrada por la mexicanización de su nombre, consecuencia de una bienintencionada ocurrencia que acabó mal. La escritura original: *Chloé*, pedía una h. Sus padres imaginaron complicada su pronunciación en castellano, decidieron ignorarla y permitir a la fonética hacer de las suyas. El resultado provocó peores interpretaciones. Por su singularidad, un registro sin modificaciones habría permitido que se le prestara mayor cuidado. Esa mala lectura la llevó a ser en una ocasión la señorita Clotilde Gibrán, en voz de un empleado de la Secretaría de Educación, asiduo a la poesía y encargado de mecanografiar los certificados de bachillerato, obligatorios para permitir la continuidad académica. Gracias a ese incidente, su entrada a la Universidad Nacional llegó a estar en riesgo, al no corresponder los datos de ese documento con las impresiones en los demás papeles requeridos para ingresar a la institución de educación superior. Afortunadamente, a su padre aún le quedaba en esos días algo de fuerza. Le gritó a un puñado de burócratas todo lo que fue incapaz de reclamarle al gobierno de Vichy, y el papel con el nombre correcto fue expedido sin demoras más graves.

Seis semanas después del telegrama, Cléoe recibió una breve carta en inglés. Las posibles demoras en los servicios postales, sobre todo el mexicano, acreedor de una pésima reputación, obligaban a largas esperas que contemplaran lo necesario para un correo internacional. Cinco escalas distintas y tres medios de transporte: avión, barco y carretera. Recepción, escritura, envío. Se repite el viaje en cargos motorizados, almacenamiento y clasificación en la Ciudad de México.

Entrega a una oficina de recolección según el código postal del domicilio y manejo por un cartero de a pie, motocicleta o bicicleta, dependiendo del presupuesto.

Envuelto con el mismo papel que un día recogió para entregar a su maestra, encontró un texto escrito a mano de Ekioh Yato, dando cuentas de las razones que imposibilitaban la venta de ese único ejemplar. Al ver el sobre no sólo se hizo presente el recuerdo, también el temor de reemprender la travesía en busca de un traductor. Las palabras en inglés trajeron un triunfo que se antepuso a la derrota:

Strauss menciona el maquillaje para pasar del nivel de la bestia.
Para los que hemos vivido la guerra, la belleza es relativa.
La belleza es invariable.
La perfección un elemento divino.
El soldado bueno es un soldado divino.
Sostenemos los sueños que hemos cortado.
A mi vida sólo le queda contemplar esas pequeñas muestras de inmortalidad.
La belleza es un asunto de tiempo y espacio.
Y es mía como lo es este momento.
La Gloriamaris es única, divina, decorada por sí misma.
Lo siento mucho; como le dije a su antecesora, me es imposible venderla.

Ekioh Yato

Vio la carta con la mirada de quien debe saber algo y sólo puede fingir conocer de qué se habla. Al recoger el desorden de su casa, Levi Strauss estaba en los recuerdos: lomos de los libros que pasaron a su lado. Perdida en lo científico, le faltó conocer la grandeza que no cabe en los microscopios. Cloé descubrió en los motivos del japonés para coleccionar conchas la ruta de Eulalia a la malacología. Caminos ajenos a los de ella, únicamente interesada en probar sus teorías a manera de venganza.

Dejó el sobre de papel grueso sobre la mesa, vacío. Mantuvo en una mano la carta, con la otra sacó de la alacena una cafetera italiana comprada el pasado fin de semana, para seis tazas.

La soledad es complicada pero a veces se aprecia, permite un interlocutor digno y un espacio rara vez invadido.

Las cafeteras de prensa francesa estaban reservadas para el café de la mañana. Eran rápidas como las primeras horas, horas de movimientos autómatas. Para los instantes que pedían algo más de reflexión, se acostumbró a beber el café de Eulalia tal y como ella lo preparaba. Hasta la semana anterior, tenía un par de cafeteras de dos piezas, para una y dos tazas. La nueva de seis daba un expreso de

medio litro que guardaba en un termo también de reciente adquisición, más grande que el heredado de su profesora. Prendió un cigarro, el agua tardaba en subir dentro del nuevo utensilio. Al terminar el primero encendió uno nuevo. No recordaba desde cuando había empezado a fumar, suponía que el aumento en su consumo de tabaco tendría que ver con la nostalgia. Las colillas se transformaban en la presencia de alguien a quien extrañaba. Dejaba los ceniceros llenos, hasta que no les cupiera nada. El café estuvo listo y con él la literatura que llegó tarde a Cloé: dos ejemplares de *Tristes Trópicos* aparecieron a cada extremo de la casa, duplicados del legado al que no se había aventurado.

Bebió café hasta acabarse los libreros. Cloé vivía rodeada de miles y miles de libros. Pese a haberlos leído en repetidas ocasiones, sus padres y maestra se negaron a tirarlos. En nuestros días el valor del objeto hace que se tengan bibliotecas, no es el misticismo sobre el papel, sus olores y texturas, ese es propio de pretenciosos que podrían haber saciado sus ganas de coleccionar objetos con figuritas de *Lladró*. Igualmente con portadas de letras cobrizas en relieve, ocultando pésimas obras rezando las biografías inventadas de vidas socavadas. El placer, la acumulación de textos conteniendo tanto en sus letras como en el carácter de quien los posee.

—Las bibliotecas son un proyecto de lectura, basta a veces hojear las páginas.

Otra frase que le gustó a Bernard. Cloé la había leído en las líneas de un ensayo. Nunca recordó su nombre, tampoco el del autor.

—Principio evolutivo aplicado a la lectura. Hay más libros que vida. No es posible desperdiciarla en porquerías —reclamó la bióloga.

La principal falla de la ciencia es alejarse de lo humano y reducirlo a un simple trabajo químico capaz de generar ideas. Ahí entra la filosofía. El entendimiento de lo producido en las cabezas, aferradas a permanecer a través del pensamiento, que se impone sobre la muerte. El pragmatismo de quien sólo contempla las realidades como una serie de eventos. Causas y consecuencias. Reacciones dictadas por el determinismo de los avances, mostrando una especie empecinada en saber por el simple hecho de saber. La soledad que por días se regodeaba dentro de las paredes de la casa de Coyoacán se sustituyó por la compañía de las ideas. Cloé se hizo desde ese momento en los libros, que poco a poco fueron descansando en el buró de su recámara.

—Uno es los libros que lee —como si fuera la voz de una madre difunta, le explicó con ternura a Bernard, quien seguía buscando tiras cómicas en los sótanos de las tiendas del ramo en Saint Germain.

—Las historietas no tienen nada de malo —dijo el ejecutor.

Ella terminó por leerlas todas.

Matías, el argentino, siempre con su matera en la mano,

compartiendo yerba a la menor provocación, dibujó un modelo de patrones geométricos a partir de una foto de la concha del japonés, publicada en una revista americana de concología. *Seashell Curator*, con su portada brillante y papel de ciento cincuenta gramos, sólo se editaba si alguno de los miembros de cierta asociación de malacólogos, en su mayoría ricos de todo el mundo, hombres de cigarros Cohiba, realizaban un donativo suficientemente fuerte para exhibirse entre ellos las piezas de su colección. La foto estaba limitada a la cara superior del molusco, mostrando las primeras líneas, que diferían de los demás especímenes. Las finales no se podían ver. El resto del dibujo se continuó utilizando los patrones de un par de *Gloriamaris* comunes, mejor retratados en otra página de la misma publicación. Ya con el modelo completo, imperfecto, un Frankestein gráfico, se vaciaron sus datos aritméticos en una hoja de cálculo. Nuevamente dio *cero*.

Para la última presentación de resultados que Clóe expuso ante los ilustres de la universidad, prelados académicos, antes del periodo vacacional de verano de 1977, ella y el argentino salieron del Instituto de Biológicas a las ocho cuarenta y cinco de la mañana. La universidad era grande, laberinto boscoso donde sólo los propios se ubicaban. Bajaron una escalinata de concreto con diseño constructivista, reflejando la influencia soviética en el mundo docente y artístico mexicano. Llegaron al estacionamiento. El trayecto hasta la facultad, alejada como todas las demás de los institutos reservados a posgraduados, tomaba treinta minutos a pie por subidas y bajadas capaces de cansar a cualquiera de los habitantes de la urbe universitaria, acostumbrados más a las aulas que a los campos deportivos. Subieron al Renault 5 de Matías. Un auto de segunda mano, modelo 1972, comprado a otro inmigrante sudamericano. Al cinco para las nueve entraron a la Sala de Consejo de la facultad y fueron recibidos de inmediato. Clóe no pudo terminar el cigarro que prendió en el balcón, afuera de la puerta de la Dirección General. Tiró con cierto enfado su hábito aprendido y se asomó por el barandal, asegurándose de que la colilla no le hubiera caído a nadie en la cabeza. Intentó ver cuando la brasa dejara de humear; a dos pisos de altura, fue difícil comprobar si se había apagado. Disfrutaba de ver eso: las brasas consumirse hasta menguar.

En la academia, Clóe sabía estar a la defensiva. Otros gremios tienen factores que suplantan el desarrollo inmensurable de orgullos mezquinos. Pasa con los artistas de poca monta, ahí los exitosos tienen dinero y reconocimiento público para hundir en ellos sus egos. En la miseria del poder, el encargado de evaluar a otro haciendo más que el primero la obligaba a estar preparada para los peores ataques. Clóe no dejó oportunidad para que eso sucediera; ya habían aceptado por

fuerza sus trabajos sobre las representaciones gráficas de las conchas y sus valores numéricos en una ecuación. Su siguiente objetivo buscaba un arranque de espectacularidad para el que aún no tenía nada preparado.

Era necesario que un organismo, un cono de preferencia, diera en la ecuación resultante de la interpretación de sus patrones el ordinal: uno.

—La evolución es rutinaria, sólo sus procesos finales importan. Dejemos en paz a Darwin —declaró ante los miembros del Consejo. Aunque ateos, funcionaban como el más fervoroso de los creyentes. Al final iguales. A Darwin no se le podía tocar.

—Los cambios iniciales se hacen base, es como el viaje en el tiempo. Siempre el pasado es pasado sin importar lo que venga en el futuro —hizo una ligera pausa. Ni una sola interrupción cubrió los segundos de silencio, puestos ahí en espera de una mínima confrontación.

Tratar la evolución como asunto fantástico era arriesgado, pero parecía no caer mal. Sus argumentos, como ya era normal, fueron dados con tal seguridad que confundían a los encargados de evaluarla. Seis profesores la contemplaron detrás de una gran mesa cubierta con fieltro verde, demasiado desgastado como para jugar billar. Un gordo mal vestido, sentado en la extrema izquierda, levantó una jarra llena de agua y se sirvió en un vaso. Bebiendo mucho líquido creía bajar algunos de sus ciento diez kilos de haraganería. Minutos después, por las patillas, ya había sudado cada gota que bebió.

—Los efectos evolutivos han servido para proteger a las especies de otros depredadores, o facilitar la labor del depredador. Cada salto genético ha tenido la única intención de subsistir en los terrenos más primarios: comida y guarida.

La jarra pasó de mano en mano hacia la derecha. Todos, con los vasos llenos, fueron dando tragos sin despegarle la mirada.

—Los patrones decorativos en cada especie son iguales, las líneas de las conchas son el testigo de sus cambios, reflejan una relación entre los dibujos y sus condiciones de hábito —se detuvo nuevamente. Matías pensó que los dejaría hablar, pero ella sonrió antes de permitirles emitir algún sonido. Continuó:

—Ejemplos hay. Los perros callejeros de nuestra época perdieron con la domesticación las pigmentaciones claras por encima de los párpados —señaló con los índices la parte baja de su frente.

—Ahora las han recuperado para que, dormidos, sus depredadores los crean despiertos.

—¡Son ojos falsos! —la interrumpió el gordo, pedante, cada vez más sudoroso. Era el presidente de la facultad.

—Exacto. —Clóe dio una palmada. Felicitó el buen comportamiento del académico. De tenerla a mano, le habría puesto una calcomanía de

estrella en la frente.

Matías, sentado en una esquina, tomó aire, que se respiraba tenso.

—La evolución fina vista de una generación a otra. Elementos encontrados en los códigos de cada especie. Ocupando un lugar no prioritario sin desaparecer.

Cloé caminó de lado a lado de la sala con el entusiasmo de un evangelizador. Dando grandes zancadas. Con un manoteo divorciado de los ojos, parecía ver simultáneamente a todos los presentes.

—La evolución tiende a recuperar las cualidades perdidas tras un periodo de experimentación. Los conos una vez fueron herbívoros. La sobrepoblación los hizo capaces de cazar, comer carne y digerir. Desarrollaron tentáculos venenosos. Ordinales: cero, uno —sus manos hicieron mímica de los números.

—Creación, ¡pum! pasan cosas —se detuvo de frente a los sinodales. Alzó una mano y tomó la actitud de un lord inglés. Espalda recta, mirada tranquila y los brazos cruzados en control absoluto.

—El estado natural es la no evolución. Los cambios, un asunto esporádico. Suceden en los momentos de relajación genética, jamás de crisis. No se deja de comer verduritas por falta de lechugas, lo hacemos porque nos topamos con un gran bife.

El argentino sonrió con calma, discreto, buscando, con la vista en el suelo, ocultar la gracia de aquel comentario.

—En parte, los cambios son determinados por herencia. También por decisión, ambas condiciones son innegables. El cono que mata da *cero*. Todos los seres vivos biológicamente estables lo darán, de una u otra forma.

El *uno* que buscaba sólo aparecería en los organismos en el momento justo cuando ocurría una mutación. Factores sociales afectando el comportamiento cromosómico.

—La evolución es posible desde la asociación social de cada especie. No es gratuita. Mezcla entre determinismo y libre albedrío —concluyó asintiendo la cabeza. Una ligera reverencia.

—Mucho gusto señores —se despidió amablemente y salió. El argentino la siguió con prisa.

A partir de las imágenes del *Gloriamaris* de Ekioh Yato era posible ver que su caparazón no tenía la muesca por donde debía salir el tentáculo venenoso. Probablemente el animal se había hecho pacífico; de ser así, sus patrones podrían dar *uno* como resultado.

Cloé necesitó casi treinta años para volver a hablar de su teoría. Su asistente ya había regresado a Buenos Aires, casado con la viuda de un militante de izquierda sudamericano. La mujer llegó a México cargando un hijo en los brazos y cuando éste creció, luego de cobrar la indemnización dada por el gobierno argentino a algunos hijos de desaparecidos, le compró a su madre un departamento para regresar a

su tierra. Matías, como era de esperarse, la acompañó.

La presión autoimpuesta con la presentación de sus investigaciones la forzó a escribir de nueva cuenta a Tokio. Ekioh Yato no respondió.

Tomita caminó cabizbajo hasta el buzón de la Rue Saint-André des Arts y depositó un sobre delgado con la leyenda *Par Avion.*

Por simple método, a manera de un recibo esperando ser cobrado, Cloé guardó la carta escrita a máquina en una hoja de papel cebolla, ligera, casi transparente. Shirou Tomita confirmaba, por orden de su tío, que el primer cono *Gloriamaris* en llegar a la tienda le sería vendido si para ese entonces ella mantenía el interés por adquirirlo. La rabia era perceptible en el fuerte golpeteo de los tipos sobre el papel. Caracteres hundidos en la superficie de la carta advertían que desde ese momento, toda la operación de la tienda pasaría a manos del ejecutor.

Media hora de gritos avisaron a Tomita que volaría al mes siguiente rumbo a Japón. El francés escuchó sonidos incomprensibles saliendo de la bocina del auricular, mientras su compañero de trabajo se lo alejaba de la oreja. Tomita debía olvidarse de los edificios que admiraba, la comida que probaba y las calles que ya había dominado. Occidente se le había acabado. Apenas se bajara del avión en el poco eficiente aeropuerto de Haneda, se debería presentar en el mercado Tsukiji. Cubriría el turno de las cuatro de la mañana y recibiría de los grandes barcos, llegando al puerto antes de la salida del sol, los pescados recién atrapados en grandes redes. Sus sueños de un mundo más grande se reducían ahora a las escamas que quitaría con las manos, por haber faltado a sus encomiendas. La indiscreción de aquellas dos era su culpa.

Al quedar Bernard encargado de la tienda, Ekioh Yato ajustó los horarios de *Coquialles* para abrir después de las actividades del *bourreau*. Pasó tres semanas junto a sus dos empleados, humillando a su sobrino. El ejecutor recibía instrucciones a través de Tomita, no hablaba la lengua de su patrón.

Los dos orientales volaron juntos y Bernard no supo más de su viejo amigo.

Para cuidar su negocio, Ekioh Yato comenzó a viajar una vez al mes. Medio año después optó por residir en un departamento a la orilla del Sena, a unos metros de Pont des Arts. Mudó algunos ejemplares de su colección. De los tres *Gloriamaris*, sólo el más raro se empacó hacia Europa.

Yato nunca le dijo a Bernard la suerte de Shirou Tomita, quien no soportó el encierro rodeado de hielos triturados y enfermó con las vísceras, que a él de joven lo acercaron a la guillotina. Los pigmentos de los hígados y huevas de atún no tardaron en teñirle los brazos de un amarillo parecido al de los grandes fumadores. Vapores de los

estómagos e intestinos de animales le enrojecieron los ojos permanentemente y su piel poco a poco se secó con el frío y la sal usada para congelar los productos antes de ser vendidos. Se había enamorado de una mujer a quien conoció en un paseo por Ginza. Ella tropezó con él frente a uno de los escaparates de las tiendas de marcas internacionales. Tomita los frecuentaba para imaginar que aún se encontraba en París. Le dedicó dibujos. Ella los rechazó continuamente, retratos trazados de memoria para entregárselos en su ruta al trabajo.

Las entrañas siempre llevan a la muerte.

La guapa japonesa permaneció asqueada con su olor hasta que él, un año después, se suicidó.

Ekioh Yato jamás permaneció en la tienda por más de quince minutos, llegando casi siempre a la hora de apertura para confirmar que ésta ocurría sin retrasos. Tampoco atendió a ningún cliente y sólo mantuvo esas breves visitas para ejemplificar su papel de dueño. Compró una bicicleta René Herse, azul cielo, las mejores fabricadas en Francia. Pintura metálica y pedales con protección de aluminio para evitar que los cordones de los zapatos se enredaran entre los discos y la cadena. Sobre ella lo vieron por todas las calles de la ciudad, hasta no saber en cuál barrio vivía, porque estaba en todos.

Sorprendentemente, las ventas en *Coquialles du monde* subieron de manera inusual; algo en la actitud del nuevo encargado atraía clientes: su extrema amabilidad, los amigos de su novia actriz compraban cuanta pieza se les hiciera atractiva. Armaban collares de pedrería barata y pequeñas *Cypraeas*. Las vendían como falsas artesanías étnicas, sacaban de ellas más francos que con las funciones callejeras montadas en la explanada del inconcluso *Forum des Halles*. Las ventas cayeron ligeramente cuando fueron expulsados junto a los demás grupos de artistas, al inaugurarse el centro comercial, dos años después de la única semana que *Coquialles du monde* cerró unos días en septiembre del 77.

En 1977 Bernard viajó por última vez a Marsella, para esperar la ejecución de Hamida Djandoubi, un inmigrante nacido en Túnez.

Veronique Dupont despertó media hora antes que Bernard. El ejecutor se había desvelado hasta la madrugada, preparando comida suficiente para la actriz por los días que él estaría fuera de la ciudad.

En su acostumbrada mesa del comedor de la prisión, Hakim al-Khabar necesitó dos sesiones para dictarle los pasos a seguir en tres platillos: ancas de rana, asadas en curry amarillo con pimiento y ajonjolí negro. Muslos de pollo bañados en jarabe de granada y una pizca de azafrán, traído de contrabando desde el Magreb por un vecino de celda del preso bereber, horneadas con vainas de Okra; los marroquíes le llamaban Angú. Más cuatro finas rebanadas de carne de res fritas con ajo, endulzadas con mermelada casera de aceitunas negras y pimiento rojo.

Las instrucciones jamás aparecieron en el libro de recetas del condenado, encontrado a la muerte del argelino bajo el colchón de su mazmorra.

Por no tener familiar alguno que reclamara aquellas pertenencias, dicho recetario se destruyó en el patio trasero de la cárcel, dentro de un bote de metal con gasolina. Un guardia le tiró un cerillo. Bernard anotó las recetas en su propia libreta, pequeña y negra, de pasta dura, cerrada con una liga elástica. Del tamaño preciso para guardarse en el bolsillo interior de una chamarra. Apareció poco antes de su cumpleaños ochenta, bajo la charola de cubiertos adentro de un cajón, cuando guardó en su panera de madera clara la caja de tés con el regalo de Cloé. Esa noche, mientras trataba de escribirle a la bióloga una carta, releyó en su cuaderno la reflexión sobre arquitectura que años atrás le recitó su amigo japonés.

—Todos en algún momento de la vida hemos compartido con nuestros contrarios —le dijo con tranquilidad a Cloé, al contarle su pasado.

Entre ejecutor y actriz, las discusiones eran la parte deportiva de su relación; ni siquiera la primera bailarina pudo proporcionarle tanto placer en el sexo como ella.

Inmediatamente después de despertar un tanto tarde, para explicarle cómo calentar los platos ideados por el comunista argelino, con una sonrisa aceptó escucharla a la hora de reclamarle su papel de ejecutor.

Es inimaginable la suerte de un asesino que jamás ha quitado una vida. La disculpa del cómplice que es sin ser. Bernard podía actuar

como otros lo han hecho en la historia: los generales que nunca entraron en combate, los testigos de un crimen que pudieron haberlo evitado. Como toda institución religiosa que oculta actos reprochables realizados en su nombre.

Veronique supo de Hamida Djandoubi a través de los titulares de *Le Monde* y del *Libération*. Leía las noticias en el metro, por encima de los hombros de pasajeros sentados en los lugares que ella evitaba ocupar. De pie y sosteniéndose de los tubos del vagón, ojeaba las revistas y publicaciones con las que la gente intentaba hacer más amenos sus traslados. Jamás miraba otros periódicos, aunque alguna vez intentó con los encabezados de *Le Figaro*. Su inclinación de derecha le provocaba aversión suficiente para, con tal de encontrar un pasajero a quien espiar, arriesgarse atravesando los pasos de fuelle y puertas de emergencia que unen los vagones. Evitaba a toda costa sumergirse en lecturas que contradijeran sus posiciones ideológicas, de eso ya tenía suficiente con Bernard. El ejercicio de una vida tan antagónica con ese hombre le causaba un enorme placer. Reforzaba sus convicciones. El gozo de las peleas, la fuerza al probarse con un rival.

Al legalizarse el aborto, Veronique Dupont se interesó en diversas demandas sociales y formó parte de otras manifestaciones, mítines y marchas. Montó y actuó *performances*, en su mayoría incomprensibles, junto a otros artistas en festivales promoviendo la abolición de la pena capital. El amor físico estaba en casa del ejecutor, pero encontró el romance ideológico en las posturas del abogado Badinter, encabezando las demandas que buscaban reformar el código penal. “La ley no es suficiente cuando está por encima del bien de los hombres”, se leía en las pancartas que sostuvo al salir de bocacalles a los Elíseos, para unirse a las protestas. Con su puño levantado. “Alto ahí, policías. Somos demasiados para arrestar”, vociferó en varias ocasiones.

La actriz replicó los argumentos del abogado como propios en esa pequeña mesa frente a las cañerías de agua y de gas, aún de color blanco, pegadas a la ventana de la cocina de Bernard, intentando defender la vida del tunecino como si el hombre que la escuchaba pudiera detener la ejecución en el último momento.

—Hasta tú, ejecutor. Bajaste de los árboles, por eso desde que perdimos el pelo condenamos el asesinato —la pelea entre Bernard y Veronique apuntaba a tornarse eterna, y aún era temprano para eso.

—Pero si el tipo la mató —trató de decir en su defensa.

Ella argumentaba mucho mejor. Sin importar quién tomara la vida de otro, el hecho caía en lo criminal. Imposible dudar de la naturaleza delincuente. Un ser sanguinario baja peldaños en la escala evolutiva.

—El Estado se rige por la misma norma, mi amigo.

Bernard se levantó de la mesa, abrió el refrigerador y fingió buscar

un Yoplait, sabiendo que estaba en un anaquel de la puerta. No encontró forma de refutar esas ideas: si alguien había asesinado, no se podía esperar que las instituciones actuaran de igual forma sin convertirse en un esperpento.

—Ese es un derecho que el Estado no tiene, mi amigo —repitió su cierre de frase, condescendiente. Le gustaba hacerlo—. Está ideado para que a través de él las sociedades sean más justas, ejecutor.

Bernard detestaba que lo llamara *mi amigo*. Como si se tratara de uno de sus compañeros del mundo histriónico.

No comprendió esas palabras hasta que Clóe se las explicó, ya solo le quedaba el arrepentimiento.

—Bernard, mi amigo: cuando los gladiadores luchaban en el circo, el César levantaba su pulgar para definir el destino. Somos idiotas.

Incansablemente, Veronique discutió y discutió lo mismo.

—Todavía Giscard puede perdonarlo —intentó traer un aire de tranquilidad.

—Hemos avanzado tan poco a la hora de pedir eso que olvidamos no estar hablando de un perdón, ni siquiera divino.

Silencio de verdugo.

—Tú no entiendes de política, ejecutor. Ese acto demuestra que seguimos pensando que hay una fuerza con el poder de decidir sobre la vida.

—Pero tú dijiste…

—No nos confundamos. No mezclemos discusiones absurdas sobre quién está vivo y quién no.

Francia, a diferencia de otros países que aún perpetuaban los absurdos sostenidos por el purismo religioso de las sociedades laicas, ya había entendido que los gametos no son nadie, pero aún definía la suerte de algunos hombres, en un acto que transformaba a la cabeza de una democracia en Dios.

Las peleas de la pareja llegaron a ser violentas, tanto como las de los prisioneros norafricanos, a quienes el cocinero argelino enviaba a golpear reclusos blancos. Defensa pura, según ellos. A los morenos los provocaban tratándolos como a los animales de un rastro, buscando a paso adelantado y con la mirada en el suelo ignorar un destino del que no podrán salir.

El tren a Marsella salió en su horario habitual, cerca del medio día. Ekioh Yato no objetó cerrar la tienda mientras Bernard cumplía con sus obligaciones judiciales. Existe una extraña cortesía entre los que han arrebatado vidas, y aunque en estricto sentido no era ese el caso del francés, la imposibilidad de explicar su papel de observador ayudó a crear una camaradería útil para los dos. De cualquier forma, el

japonés no aceptó llevarse, probar, ni siquiera abrir los refractarios que intentaron replicar en él la relación con Shirou Tomita.

Aunque el dolor de quien ha muerto matando es suficiente entre los hombres para considerarse iguales, las relaciones de semejantes necesitan dejar claras las diferencias con que las sociedades encuentran su orden.

Francia era el único país de Europa occidental que mantenía la pena de muerte en su código penal. El oriental subió a su bicicleta. Levantó el posa pies. Al manillar lo adornaba una canastilla de piel y mimbre, más femenina de lo que él hubiera querido, y en ella depositó al avanzar unos metros, con maestría ejemplar, el número de dos días atrás del *Yomiuri Shimbun*, un periódico que hacía llegar exprofeso desde Tokio para sus lecturas matinales. El diario era propiedad de uno de sus socios, otro empresario que, como él, se enriqueció con la ocupación americana de Japón. En una de sus páginas interiores, pasando la sección de noticias locales, una crónica relataba los crímenes y anunciaba la muerte para ese fin de semana de Djandoubi, inmigrante tunecino hecho célebre en la prensa internacional por haber asesinado y torturado a Élisabeth Bousquet.

Hamida Djandoubi era un lenón de poca fortuna, musulmán y con una historia de románticas frustraciones que se intentó usar en su defensa. Por un accidente laboral en su previa ocupación de empacador perdió parte de una pierna, la derecha. Fue amputado justo abajo de la rodilla. Durante su recuperación se enamoró de su víctima, una joven a quien conoció en el Hospital de la Concepción. Élisabeth Bousquet era menor de edad según la ley francesa; visitaba a su padre, herido por una torpeza en motocicleta. Ocupaba la cama contigua a Hamida, quien con todo y la parte faltante de su cuerpo mantuvo su atractivo y capacidad de seducción. Dos años después, arrancando 1973, Élisabeth presentó una demanda contra el tunecino, su pareja. Terminó en la cárcel, brevemente, por haberla forzado a la prostitución. Había iniciado su carrera de proxeneta. Fue liberado antes de iniciar el verano. Hamida Djandoubi, prefería ser llamado por su apellido gracias a las confusiones de los franceses, quienes creían que su nombre de pila era de mujer. Ya en la calle, se reinstaló en su nueva profesión con el comercio de otras dos jóvenes.

Dentro de su casa, protegiéndose con las paredes de una esquina, las mujeres presenciaron con terror el segundo secuestro y tortura de la antigua novia del tunecino, al terminar el siguiente invierno. Djandoubi quemó la piel de su expareja con cigarrillos. Los apagó en su cuerpo; en los senos, entre las piernas abiertas, dentro de ella. La estranguló con sus manos, jalando la bufanda en su cuello hasta el ahogo. Cuando pareció ya no dar signos de vida, la pateó en la nariz con su pierna falsa. Muerta, había perdido todo interés. Actuó como

los perros domésticos que tras matar a un ave sólo la rodean, ven, huelen y dejan en paz porque ya no mueve las patas ni abre el pico. El golpe con la prótesis intentaba asegurarse de que no reaccionaba, antes de arrojarla desde un acantilado. Dos niños la encontraron. Los actos del condenado fueron demasiado para todo el mundo. Radio y televisión se volvieron locas dando cuenta de ellos sin dejar de lado un solo detalle. El presidente Giscard no intentó evitar el crimen con que se buscaba esfumar tanta brutalidad.

La muerte, considerada sólo un acto, tal y como los del escuadrón la entendían, era tan parecida a la que vio Djandoubi en los ojos de la joven Élisabeth…

Llegando a Marsella, en la estación de trenes, antes de salir y subir a la camioneta de traslado, Bernard pidió autorización a Chevalier para alejarse unos minutos. Se dirigió a las cabinas de teléfono instaladas junto a los kioscos de periódicos, al fondo norte del lugar.

Cero, cero, treinta y dos, dos. No quiso sentarse sobre la banca de madera y metal frente al aparato, las grietas evidenciaban lo sucio. Una especie de pasta negra, tiempo al fin y al cabo, resanaba las aberturas en las vetas del roble. Se mantuvo de pie y colocó su pequeña maleta de lona sobre sus botas. Cinco, seis, tres, dos, nueve, dos. Ya era hora, Marguerite debía estar en casa.

Tres minutos habló sobre las escaleras que a ella le gustaban y él aún no veía, aunque le dijo estar frente a ellas.

Por las puertas de Baumettes entraron Chevalier, su hijo y Bernard, para encontrarse con el resto del escuadrón. La guillotina estaba lista. En el cuarto de radio de la prisión, el operador recibió un telegrama del Palacio del Élysée. Valéry Giscard firmó la orden de ejecución, membretada bajo el sello de la Presidencia de la República. Respuesta tajante a la petición de gracia solicitada por Jean Goudareau, abogado alejado de los quehaceres penales a quien Djandoubi le entregó toda su confianza. Jamás se dio cuenta de que, de haber sido defendido por otro, su suerte pudo ser distinta.

Justo abajo de la firma de Giscard, se leía:

DÉCIDE, de laisser la justice suivre son course.

Pero de justa la muerte no tiene nada.

Pasadas las cuatro de la madrugada, la compañía de la guillotina entró a los pasillos del último corredor. El piso, cubierto por la acostumbrada tela blanca.

Los guardias notificaron al escuadrón, fiscal, abogado e Imán citado en consideración a la religión del tunecino, que Djandoubi se había escondido detrás de la cama. Oculto entre sábanas para no ser encontrado a la hora en que le dijeron que la clemencia le fue negada.

Para esconderse más fácilmente en el interior de su celda, Djandoubi no se puso su pierna falsa. Los guardias tardaron unos minutos en sacarlo. Se resistió a los forcejeos de cuatro hombres intentando ajustársela. La tela blanca fue inútil. Tac, cling, tac, cling. El fuerte golpeteo de la prótesis mal puesta despertó a los demás prisioneros, cuyos gritos se dejaron escuchar en un cuarto al final de ese pasillo. Ahí, sobre una mesa, lo esperaba la tradicional botella, ahora de coñac, unos cigarros y un trozo de papel con un bolígrafo, para que escribiera sus últimas voluntades.

Era musulmán pero bebió un trago largo y pidió un segundo vaso. Como si por eso Dios no lo fuera a recibir. El Imán lo miró con reproche. ¿Cuántos cigarros puede fumar un condenado?, ¿qué tan inhumano es negarle un segundo, un tercero? Chevalier entendió en ese momento lo autoritario de su tío. La orden, el orden, la fuerza como arma que minimiza para evitar la compasión obligada por lo humano. Varios de los presentes sacaron cajetillas de tabaco; Gauloises, blonde, blues, Gitanes e incluso Lucky Strike. No hay más respeto entre los hombres que aquel que se le tiene a un muerto. En su segunda y última ejecución, Chevalier se convirtió en su tío y tutor. Puso prisa impidiéndole al condenado encender un cigarro de tabaco rubio; los dos anteriores eran suficientes, aunque hubieran sido obscuros. Tampoco permitió que Djandoubi, ya con el cuello en la luneta, volviera a hablar con su abogado.

Pensando en cuál fue el último pensamiento de aquel miserable desdichado, Bernard escribió por fin las primeras palabras de la carta que envió a Cióe.

A las cuatro cuarenta de la madrugada, la cabeza del tunecino fue colocada entre sus piernas y la caja se cerró.

Al regresar de Marsella, el ejecutor de remplazo tomó el metro en Gare de Lyon rumbo a la Place de la République para encontrarse con Veronique en su departamento. Su entrada a la estación llamaba la atención de quienes lo rodeaban. Sobre todo niños incapaces de adivinar qué tramaba. Brazos en alto, siguiendo el ejemplo de cirujanos al entrar a los quirófanos, evitando contaminarse con los objetos que otros tocaron. Un golpe con su maleta giraba los torniquetes metálicos de acceso. Media vuelta sobre su propio eje, el equipaje no se trabaría, y ya en el andén, esperó a un tercero con intenciones de mover la palanca, liberando la puerta del vagón. No sería él quien la accionara. Como Veronique, tampoco se sentaba en las bancas del tren y procuraba no tocar los tubos sujetos en el techo. Comenzó a usar toallas de bebé para limpiar el sudor que dejaban las manos de la gente al sostenerse, aferrándose en el momento de arrancar y detenerse. Con tal de no ensuciarse, logró desarrollar un equilibrio envidiado por la actriz. Al viajar juntos ella se esforzaba en

imitarlo, permitiendo juegos que siempre terminaron en las carcajadas de la mayoría de los pasajeros, salvo aquellos que la recibían en sus piernas cada que los frenos la vencían.

Sabía que la encontraría de pésimo humor.

El mismo día de la ejecución, el periódico comunista *L'Humanité* organizó en el hipódromo de París una gran fiesta con el nombre de la publicación y ella tuvo que asistir sola. Llevaba semanas entusiasmada por escuchar, junto al verdugo, el primer concierto solista de Peter Gabriel.

"Climas extraños, textos surrealistas, el mago", según lo describió un artículo de *Le Monde* publicado el día del festival.

Luego de pocas estaciones, salió a la superficie. Mismo ritual que a la entrada, lo tenía dominado. No recordaba si en algún momento se encontró solo y sin poder abrir una puerta. Caminó unas calles al este, atravesó un gran camellón, un pequeño parque, giró a la izquierda y en la esquina entró a un restaurante chino. Eventualmente compraba ahí bolsas de fritura de harina de camarón, desde el día en que vio al cocinero prepararlas, ataviado en una filipina limpia, envidia de un buen dentista. Extraños cuidados los de aquel, en realidad acaba de degollar a un cerdo luego de castrarlo y se cubrió hasta las cejas para no ensuciar de más sus ropas, ya llenas de sangre. Media calle más y se detuvo a ver un 2CV, que le recordó a la bailarina. Llegó al 12 de Rue Bichat, y en el sexto piso se encontró con la actriz. Veronique le rentaba su cuarto a un par de viejos que nunca estaban.

Ninguna pareja encuentra su vínculo en el amor; ese, si llega, lo hace mucho después. No hay pareja honesta que no le deba su relación a lo físico y al sexo; cuando estos funcionan, si las cosas lo permiten, existe algo más.

No hay peor lugar para hablar de la muerte que la cama. Demasiado desnudos para evitar ser vulnerables ante sus historias, pero la del ejecutor es una vida que ya no distingue entre espacios y permite tocar en lo más íntimo, lo cotidiano del sufrimiento. Pensando en las víctimas, es fácil olvidarse de esa necesidad de desahogo que tiene el personaje macabro. Al final, él tomó parte en las acciones a las que, para hacerlas más suaves, se les llama destino.

Veronique escuchó cada palabra, como lo hizo en otras ocasiones, recargada en la cabecera. Él esperó que la atención respondiera a sus ganas de pelea, o en el mejor de los escenarios, saber los detalles más mínimos de su dolor. Su búsqueda de personajes, como llamaba a los instantes cuando absorbía lo que podía de las vidas ajenas, en favor de una carrera todavía no trunca.

La narración de la ejecución en Marsella tenía algo distinto al recuento de las otras. Cruda, cercana al dominio del horror y la costumbre del más bajo sentimiento humano. La actriz abrió la boca y

empezó a respirar a través de ella. Bernard hablaba del tunecino escondido entre sus sábanas, mostrando los miedos que protegen de lo evidente. Las manos del ejecutor le dieron asco, las imaginó sosteniendo una cabeza y luego acariciando la parte interna de sus muslos. Él decía eran la parte que más le gustaba de su cuerpo.

Las infantiles repulsiones de Bernard ya no eran suyas. Ni en el sexo conviene ser demasiado explícito. Ella lo calló dándole un golpe en la boca. No se atrevió a responder, saltó de la cama y pateó la puerta del armario con tal fuerza que la madera se quebró y, por una semana, Bernard caminó temiendo apoyar demasiado el pie. El dolor de la pisada lo obligó a mentir en Fresnes: la tapa de una cacerola *Le Creuset* asumió la responsabilidad de su cojera.

Esa noche cenaron en el departamento de République, sin decirse una palabra: él porque prefería los momentos de silencio, disfrutando de no estar solo; ella, porque no le daba la gana hablar. Jamás logró perdonarle ni su oficio, ni lo brutal de su relato.

Papas mallugadas, fritas en oliva quemado y paprika de la peor categoría, un trozo de ternera vieja. Los suministros de la actriz y sus ancianos caseros eran innombrables, escasos. Bernard detestaba dormir fuera de su casa, imposible reprochárselo. Desde que tuvo su primer departamento se las ingenió para despertar bajo su techo la mayoría de las noches que tuvo compañía. La falta de certidumbre en un espacio ajeno, sin los más mínimos elementos acomodados en los lugares precisos, le impedía relajarse al punto del sueño. Esa noche intentó despertar con ella en su recámara. La frustración de lo no hablado. El juego de la violación. Veronique le dio la espalda y él la forzó a estar boca bajo, haciendo malabares imposibles para no recargar su pie. La puesta en escena no dejaba de tener sus momentos confusos. Bernard se detuvo un instante, dudó si al bajarle los pantalones de la pijama los movimientos de resistencia eran genuinos o formaban parte del teatro de la cama. La actriz aclaró pronto el dilema. Hasta los colchones tienen rutina. Con la mano volteada lo tomó de la espalda y jaló hacia ella. Había algo en la discusión sobre la pena de muerte que la atraía inmensamente, a pesar del rechazo que sentía. La violencia de sus movimientos, el papel de verdugo. Ese hombre capaz de matar pero inútil a la hora de defenderse. Ella lo dominaba haciéndolo pensar que la humillaba.

Dos horas más tarde ya estaban rumbo a Châtelet. Cinco veces Bernard prendió la luz del cuarto, antes de decidir ir a su departamento. En la estación del metro pararon en una cabina de fotos instantáneas, ajustaron el banquillo y ella se acomodó en sus piernas. El pie se hinchaba, tardaron un poco en encontrar una posición indolora. Cinco francos por cuatro imágenes en una tira. La partieron en dos y guardaron sus mitades.

No se vieron en días, pero tampoco sabían estar el uno sin el otro.

Ese mismo año, otros cinco reos fueron condenados. Murieron de viejos en Fresnes.

El costo de la muerte va más allá de lo piadoso y el dinero. Sin suficientes manos para combatir las polillas, la madera en los postes de varias generaciones de guillotinas se hicieron polvo. Para finales de la década de los setenta, Francia se había quedado con sólo dos máquinas. Era difícil encontrar a un carpintero dispuesto a fabricar un nuevo aparato. Las habilidades del escuadrón nunca llegaron a ser tan precisas o suficientes como para dedicarse con buen resultado a esa labor.

Poco antes de la incorporación de Bernard al escuadrón, una de las dos guillotinas viajó a Martinica, con el equipo de Obrecht, en un avión militar. Después de cortar la cabeza de un mulato en 1965, permaneció allí para las ejecuciones fuera del continente.

El *bourreau* de remplazo nunca tuvo oportunidad de ver las playas del Caribe, lugar de origen de gran parte de las conchas en las vitrinas de la casa de Coyoacán en que vivía Cloé.

Por los altos costos de transportar la máquina desde La Santé a las distintas cárceles del interior, después de la ejecución de Djandoubi, Chevalier recibió la orden de subirla por última vez a un camión. Todos los miembros de su compañía participaron en un viaje rumbo a la prisión de Fresnes, la segunda más grande del país, al sur de la capital, donde las ejecuciones futuras deberían llevarse a cabo. Ahí mudaron a los reclusos sentenciados, también a los una vez condenados pero con penas conmutadas. Toda actividad de entrenamiento se trasladó a ese centro penitenciario, incluso la reparaciones que, por el ocio de los ejecutores, derivaron en ingenuas mejoras a la guillotina.

Bernard siguió visitando La Santé, para encontrarse con Hakim al-Khabar, quien, por la precariedad de su salud, mantuvo la celda de siempre. En lo privado de sus conversaciones, comparó las cárceles con el fervor de quien presume una casa contra otra. Fresnes era el barrio de los nuevos ricos, La Santé pertenecía a criminales de categoría.

Las celdas se hacen de los hombres y los hombres las hacen propias.

A las semanas, Veronique fue por Bernard a La Santé. En la puerta, un guardia le avisó del nuevo domicilio. Se encontraron con un largo abrazo, sus labios se tocaron en las comisuras. Beso tímido a prueba de rechazo. Tenía media hora para llegar a la tienda de conchas. Se encerraron ahí, en la bodega. Su único punto de encuentro estaba en el sexo y antes de hacerlo, ella le entregó una pequeña caja de cartón, color de papel viejo, con un dibujo barroco estampado en la tapa: dos colibríes y un par de flores. Al abrirla, pegada, una foto de la cabina.

Los dos sonreían al lente, ella lo abrazaba. Una pluma rosa, de plumero de limpieza, ocultaba un texto agradablemente meloso.

Veronique nunca tuvo otra expresión de cariño. Ese desplante de afecto casi pornográfico, era más que suficiente.

Pensando en su vejez, Bernard buscó esa pequeña caja después de ir al banco, para envolver el regalo de Clóe. Al no encontrarla, decidió replicarla con una que guardaba en su alacena.

Al final de la década de los setenta, Cloé aún era joven. Su pelo casi siempre despeinado, a pesar de corto, le cubría parte de la frente. Cuando el fleco, ligeramente más largo, se enredaba con sus largas pestañas, con desinterés pasaba por delante su mano para retirarlo. Al hacerlo, dejaba ver los grandes ojos manteniendo su elegante proporción con el resto de la cara, la cual, como cuando adolescente, seguía sin maquillar. Se había convertido en una de esas mujeres con mejor vista a cara lavada.

Gracias a los textos que antes de la carta de Ekioh Yato permanecían como decoración, el acercamiento a la literatura combinó la ciencia con el pensamiento filosófico. Decidida a probar sus teorías, volcó todo el trabajo de su equipo de investigación en el estudio de fósiles que le permitieran tener más datos sobre los cambios en los patrones geométricos de conos provenientes de algunas partes del Pacífico, del Océano Índico y en particular de las Islas Salomón.

Por unos miles de pesos, adquirió en el mercado de La Lagunilla cuatro conchas de caracol fosilizadas, tres a simple vista *Gloriamaris* coetáneos. Sin valor concólogico, por viejos. Provenientes de dos eras distintas y tres periodos geológicos, cada ejemplar se encontraba en diferente estado de conservación. El primero y más antiguo era ya una piedra del Mesozoico Cretácico. Apenas se distinguían sus formas entre la porosa y gris textura de sedimentos de calcio. El segundo y tercero venían del Cenozoico Neógeno; en sus caparazones se perdió todo brillo y color, pero los patrones se distinguían perfectamente, tenues, con pocas crestas y una línea borrosa duplicando el trazo principal. La más reciente, del Cenozoico Cuaternario, parecía tener alrededor de dos y medio millones de años, según la muy onerosa datación radiométrica realizada en una universidad de Houston con uranio 238. Cada dólar del estudio fue pagado con una beca otorgada por una compañía norteamericana de energía eléctrica, que a mediados de la Guerra Fría buscaba mostrar los beneficios de la industria atómica. La malacóloga no viajó para hacer los análisis, envió los especímenes por cargo aéreo, confiando en que así regresarían. Para asegurar el proceso, los donó a la universidad, esperando que al pertenecer a una institución educativa, tal y como sucedió, algo de atención se le prestaría a su seguridad.

Los resultados de las pruebas tardaron dos meses en llegar. En el Instituto de biológicas, la muy maternal secretaria y también

recepcionista de Cióe recibió una pequeña caja del servicio de correos, enviada desde Texas. La colocó a lo alto de una montaña de papeles en el escritorio de la bióloga, liberando espacio para las nueces, galletas y café que cada media hora le llevaba.

—Con tres cucharadas, Clementina. Por favor.

El café le era espantoso y fingía tomarlo por cortesía. Aunque en su casa jamás lo endulzaba, en ese caso tal cantidad de azúcar era necesaria para sostener en la boca algunos discretos tragos.

Cióe vio emocionada la inmensa cantidad de sellos postales, sin imaginar que un día, compañías de mensajería tomarían control sobre los envíos y tendría nostalgia por esos tiempos cuando el correo tapizado de timbres, siempre llegaba tarde.

En el interior de la caja, metros de papel burbuja protegían las conchas. Una a una las fue tronando con sus dedos. Se detuvo a pensar en la edad de los fósiles, escrita en inglés en una carta demasiado formal, redactada con tal cuidado que el mundo de formas protocolarias la sorprendió al nunca imaginar a texano comunicándose en esos términos.

—Ya son muchos los mexicanos en Estados Unidos —se dijo a sí misma, alegre.

Cióe abrió su bolsa y sacó una cajetilla de cigarros. La abrió lentamente y empujó uno hacia afuera con el pulgar derecho. Lo encendió dejando las burbujas a un lado y levantó el más pequeño de los múltiples ceniceros a su alrededor. Una pieza de cristal extraordinaria, italiana. Apenas dio la primera bocanada, sus labios resecos se pegaron a la colilla, escoriándolos ligeramente y provocándole un mínimo dolor, acompañado de una pequeñísima gota de sangre. Pasó su lengua por el labio inferior y volvió a fumar. Matías entró a su oficina inmediatamente después de tocar dos veces a la puerta; no esperó ningún aviso para poder pasar. Cargaba bajo su brazo la documentación de ingreso de los fósiles al almacén de la facultad, un trámite burocrático, que por la donación, forzaba a su inventariado. Cióe firmó los tres formularios sin prestarles atención. El argentino los tomó de vuelta y salió, no sin antes observarla.

—Los labios, mina —señaló el propio y le mostró los dientes como si fuese un ratón.

Ella le replicó. Parecían dos chicos molestándose. Con una dulce pasada de su lengua, una mancha roja desapareció.

Por varias semanas, los papeles se mantuvieron bajo resguardo en el escritorio de recepción, hasta que las conchas fueron devueltas al laboratorio del Instituto tras un memorándum de la dirección de la facultad recriminando su ausencia. Una sonrisa involuntaria adornó la cara de Clementina al ver la firma de Cióe. Había heredado de la catalana no sólo a parte de su personal, sino también la caligrafía. El

recuerdo de quien fue jefa de aquella mujer amable y risueña hizo nacer cierto cariño patronal entre la nueva titular y la vieja secretaria.

No todas las características son congénitas, hay rasgos que se traspasan más allá de los cromosomas. Actitudes aprendidas pasan de generación en generación. Rasgos evolutivos del comportamiento derivan en mutaciones físicas. No es raro encontrar una escritura semejante entre padres e hijos, pero a veces la selección natural decide a quién se le robarán las más insignificantes expresiones, y ese era el caso de las dos coleccionistas de conchas.

Cloé no olvidaba la frustración de su padre, quien no logró ser lo que le hubiera gustado.

—Antes era más sencillo hacer grandes cosas antes de los treinta, —le dijo al ejecutor en París, en una de sus largas conversaciones. Las tazas de café se rellenaban más rápido de lo que tardaban en vaciarse.

—La vida ahora hace jóvenes a los de cincuenta —respondió Bernard mientras le acercaba el encendedor para prender un cigarro.

El ridículo de no poder decirle viejo al lleno de canas les parecía una falta de respeto hacia quienes habían vivido mucho.

—Porque en una época, *viejo* era un cumplido —continuó ante la consternación de su amiga mexicana.

Ya desde antes de conocerlo, se quejaba de la vida alargada de nuestros días. No sólo ciertas enfermedades como el cáncer y la diabetes, se hicieron epidemias, matando a los que hace unas décadas jamás hubieran imaginado llegar arriba de los cuarenta. La extensión en la edad también dio más oportunidades para los logros. El tiempo es ventaja para quien lo tiene y para quienes no; se transforma en el lastre donde se aferran las esperanzas. Lo fue ese momento de gloria, cuando ella vio que las líneas de los moluscos petrificados eran diferentes.

Cloé guardó el primer fósil. Serviría para satisfacer la curiosidad de los niños en algún museo. En los tres siguientes, pudo notar una extraña similitud en su decorado. El trazo era tan distinto como los periodos geológicos que los separaban, pero mantenían un número igual de crestas en los primeros centímetros de sus cuerpos. Más al final de los nuevos: el eje Y apretaba el paso de X.

El tamaño del molusco, apenas variable en unos milímetros, obligaba a la reducción de los valores en la horizontal. Las mismas crestas que en un ejemplar antiguo ocupaban tres centímetros, llenaban dos en el animal más reciente. Cúspides y depresiones en las gráficas naturales de generaciones futuras entraban en el espacio otorgado por una superficie reducida.

Su cigarro se terminaba de consumir, el calor de la brasa quemando

el filtro y acercándose a los dedos la hizo soltarlo sobre el papel burbuja tirado en el piso. La torpeza que le viene a los accidentes. Los movimientos normalmente sencillos se hacen malabares intrincados al momento de tener que reaccionar con velocidad ante lo no planeado. Pop, pop, pop. Tres burbujas reventaron con el tabaco incandescente, añadiéndole dramatismo a un instante que visto, hacia atrás, parecería comedia. Al esfuerzo por atrapar una colilla en el plástico le siguió un caderazo contra la esquina de la mesa donde se encontraba el cenicero. La fresa prendida saltó por las explosiones de aire y estuvo a punto de llegar a un tapete *kilim* de lana iraní comprado por Eulalia. Como acostumbra hacerlo, la madurez no había disminuido la prominencia heredada en la parte baja de la pequeña bióloga de origen francés, aunque sí, perfeccionado aquello que un día atrajo a Matías y más tarde, por una noche y una vida, a Bernard.

El cenicero se rompió al instante. Segundo impacto, como si se tratara de la secuencia de una película de *slapstick* y las caderas tocaron el suelo. Los ruidos del cristal quebrándose, la silla cayendo sobre el respaldo y un grito mudo disimularon la impericia. El escándalo llamó la atención de Matías y Clementina, quienes entraron bruscamente pensando que algo más grave estaba sucediendo. Entre los tres pusieron el lugar en orden y no se volvió a hablar del asunto, ni siquiera cuando a las nueve de la mañana del sábado siguiente, Matías pasó por Cloé a la casa de Coyoacán en el Renault 5. Se dirigieron a la Plaza del Ángel, un centro comercial lleno de elegantes locales de anticuarios, compitiendo con vendedores informales que cada fin de semana transformaban el 161 de la calle de Londres en el mercado de antigüedades de la Zona Rosa, relativamente cerca del otrora departamento de la familia Gilbert.

La lista de compras incluía dos objetos, una silla de madera obscura estilo *art nouveau* y un cenicero de cristal, preferentemente de Murano, para sustituir las pérdidas en el Instituto.

Dejaron el auto en el estacionamiento subterráneo y salieron por debajo de la entrada principal, un paso a desnivel rodeado de vendedores apostados a sus lados, extendiendo en el piso tapetes de plástico. Sobre ellos colocaban cuanta cosa hubiera llegado a sus manos, no siempre de la forma más honesta. Objetos que compartían el mismo origen con los del mercado de La Lagunilla, a un precio ligeramente más alto, que se compensaba con las facilidades de acceso y el orden en la distribución de los vendedores, quienes, dependiendo de lo que ofrecían, se colocaban en una u otra parte de los pasillos. En sus escaparates, los comercios formales ofrecían artículos normalmente más finos, grandes y lujosos: cajoneras hindúes con marquetería de marfil, importadas seguramente por algún excéntrico, vitrales Tiffany una vez usados para dividir las terrazas de los jardines

de una casona vieja, o bien los pianos europeos que en esos mismos hogares se tocaban. Por costumbre, el recorrido iniciaba a la derecha. Nunca nadie estableció una dirección, pero todo visitante daba sus primeros pasos entre picaportes y planchas oxidadas, de las que se calentaban con piedras de carbón y ahora eran usadas como macetas para colocar plantas de raíces no muy largas. A los vendedores de hierro les seguían los libreros; a ellos los conocía bien Eulalia, y fue por ellos que Cloé acompañó a su maestra por primera vez a ese mercado.

Habitualmente eran los compradores de antigüedades más ricos quienes frecuentaban la Zona Rosa, para evitar ir hasta La Lagunilla. Esos prefieren comprarle a un intermediario antes que viajar largas distancias.

Gracias a los libreros, más de un político de la época formó su biblioteca para poder ser retratado ante repisas de caoba llenas de tomos perfectamente ordenados.

—Las bibliotecas, cuando se usan, tienen los libros desalineados. Si se leen, jamás mantienen su acomodo.

Eso le dijo Eulalia a su alumna, le dijo Cloé a Matías, se lo dijo también a Bernard. Los vendedores de muebles estaban al centro, en un espacio abierto con una fuente apagada. Ahí recargaban sillas, cuadros y trinchadores.

El regateo es un oficio y Cloé lo había aprendido bien de su maestra. Matías la miró con esa gracia traída por las penas, a su vez simpáticas. Incrédulo, seguro del fracaso de su acompañante.

La estrategia resultó simple. El vendedor daba un precio alto, al menos no lo suficientemente bajo como para que ella aceptara pagarlo. Respondía reduciendo al menos en una cuarta parte el valor inicial. El vendedor refunfuñaba y negaba la venta. Ella sacaba de su bolsa unos billetes, con un dominio absoluto que le permitía retirar sólo la cantidad de dinero equivalente a la cifra intermedia entre las dos sumas. El comerciante veía el efectivo y flaqueaba.

—Los comerciantes no aguantan el olor del dinero —le sonrió al argentino.

Sin mayor vergüenza, Cloé le entregaba al vendedor el fajo diciéndole cuánto era y, agarrando el mueble u objeto que le interesaba, comenzaba a acercarlo. Si el comerciante seguía discutiendo, le exigía con tono de molestia que le devolviera lo suyo. Eso nunca ocurrió.

Al vendedor le encargaron la silla hasta el fin de su paseo por los demás comercios. Eso le daba al pobre tipo la sensación de haber hecho un gran trato. Tenía el dinero y el producto en sus manos. Aunque fuera por unos minutos, parecía haber ganado.

El cenicero tuvo que esperar. En los mercados de anticuarios no

siempre se encuentra lo que se busca. Cloé, como todos los asiduos a esos lugares, sabía las reglas de la fortuna y esos eran los únicos espacios donde ella y su predecesora confiaron en la suerte. Para el resto de sus vidas, estaba lo científico y matemático.

Saludaron a una mujer, evidentemente extranjera, con quien la bióloga se había topado en otras ocasiones, siempre buscando el mismo anillo de oro. Lo describía en un español afrancesado: con un toro grabado y gigantescos cuernos asemejando una luna, dentro de la que estaban unas cuantas estrellas. Se lo habían robado al emigrar a México. Pasó su vida tratando de encontrarlo, ahí, en La Lagunilla y en cualquier otro comercio o puesto del estilo. Los tres sonrieron al aire, con ese movimiento de cabeza que acostumbra afirmar un saludo. Cloé y Matías siguieron su camino.

Un local se había mantenido desocupado por buen tiempo y tenía por fin un dueño nuevo. En los comercios cerrados era común encontrarse ventas temáticas. La especialización del comerciante agrada a los clientes, piensan en un experto atrás de lo que adquieren. Muchos se enfocaban en artículos del México revolucionario. Más carabinas 30-30 que las disparadas por los ejércitos de Villa y Zapata se vendieron a supuestos coleccionistas. Otros tantos ofrecían artículos de los enemigos populares. El nacionalismo de un país fundado en una historia construida para satisfacer el mito colectivo permitía la venta al por mayor de todo objeto relacionado con la época porfiriana o la del emperador Maximiliano. De esas cosas todavía no se encontraban falsificaciones.

Entre los gustos de las clases altas se hallaban las muñecas; pocos juguetes en la historia han demostrado más la lucha de clases. El aspecto democrático radica en su existencia. Todos los niños se encuentran con un objeto al que le ponen nombre, pero poco tienen que ver los hechos de trapo y botones cosidos con las figuras perfectas, réplicas humanas de niñas pálidas y ojos azul cielo cerrando sus ojos de vidrio con párpados móviles, adornados con pestañas de pelo de camello. El local recién adquirido tenía en sus repisas unas setenta muñecas distintas, meninas muertas que nada le pedían a las de Velázquez. Lo trágico y aterrador del escaparate llamó la atención de Cloé y su compañero. Las muñecas sostienen la mirada mientras se parpadea; la inexpresividad de sus sonrisas intenta ser tierna. Sus diferencias, vestidos largos y cortos, con más o menos holanes y encajes. Los maquillajes se transforman en patrones intentando siempre lo mismo: despertar los instintos maternales de pequeñas que aún no tienen idea del mundo. Media hora de burlas a las caras de las muñecas, dentro y fuera del local, provocaron que el encargado les pidiera que se retiraran. El argentino trató de defender su permanencia, pero Cloé ya se había cansado. Su intento de verse como

un atractivo macho se le quedó en la mueca.

Unos pasos y recogieron la silla. El vendedor empezaba a sentirse timado, hacía cuentas en su libreta de papel con rayas para entender si había logrado alguna ganancia. Salieron del estacionamiento tras el pago de unos pesos. Cubrían la estancia en el lugar, un poco más por el lavado y encerado del vehículo.

Primera marcha hacia arriba, el embrague tan duro cansaba en los primeros cambios. Luego, el aceite de la caja de velocidades se calentaba, aflojaba, expandía su volumen y manejar era más sencillo. Desde su ventanilla y gracias a un semáforo en rojo, Matías vio las primeras planas del periódico *Excélsior* en el exhibidor de un kiosco plegable, del que un vendedor retiraba tres ejemplares para ofrecerlos a los conductores. Una edición llena de notas. El día siguiente se conmemoraba el aniversario del golpe de Estado chileno. Esa noche Nadia Comaneci se presentaría en el Palacio de los Deportes y en Argentina, Videla arremetía contra Cámpora, refugiado hacía diecisiete meses en la embajada de México en Buenos Aires. Las noticias parecían provocar el silencio dentro del pequeño auto, dejando a aquellos dos inmersos en sus pensamientos.

—¿Qué piensas?

—Nada, che. Las imágenes del diario. Ese mismo día se guillotinó la cabeza de Hamida Djandoubi en la prisión de Beaumettes. Del otro lado del mundo, ni la más pequeña mención a la *máquina*.

—El pensamiento es extraño, Matías —rompió el sosiego.

—¿Qué decís? —sacó del bolsillo de su camiseta una caja de cigarros. Se los pasó a Cláe, pidiendo le encendiera uno.

—Pensar no es ver imágenes en la cabeza.

En la verdadera reflexión, elementos inconexos se encuentran en los instantes que los transforman en una idea. Peligro de la banalidad, las ocurrencias se confunden con ellas.

Puede que haya sido la tienda de muñecas, con esos maquillajes exagerados intentando transmitir algo. Pudo haber sido la primera plana del periódico donde el argentino vio a la distancia un destino que dolía. Pudo ser la inmensa cantidad de fósiles en apariencia inservibles… Cuarenta minutos de silencio en medio del tráfico de la Avenida Insurgentes y Cláe hizo su gran descubrimiento.

Por la datación no sólo de las piezas enviadas a analizar en Texas, sino también de los grupos de fósiles encontrados en todo el mundo, los patrones de los *Gloriamaris* parecían ser el medio con que los moluscos se contabilizaban entre sí. Un censo biológico impreso en cada concha. La densidad poblacional de sus colonias, aunque fueran distantes. Código claro que incluso los humanos seríamos capaces de leer.

A más amplitud de cresta, más conos, equivalentes a menores

recursos de subsistencia. Sólo en esos casos era permitido matar. En el caso contrario, procrear era lo indicado. La rareza de los *Gloriamaris* tenía razón: los ejemplares vivos no se dejaban atrapar, defendiéndose entre sí para no ser depredados. Desapareciendo en la medida de lo posible. Había que mantener lo mínimo para salvar a la especie. A esos moluscos les tomó millones de años diseñar un medio para avisar si matar era válido antes de lograr un punto de equilibrio, de evolución, donde se encontraran suficientemente desarrollados para convivir con su entorno y dejar de asesinarse.

El cono de Ekioh Yato parecía ser el primero que renunciaba a la opción del homicidio. La ecuación de la muerte daba sus primeros pasos esa noche. Luego de ver una exhibición de gimnasia olímpica en el poniente de la ciudad, el argentino y ella durmieron juntos. Lo hicieron hasta que Clóe se mudó a Francia.

Del tiempo no depende la fuerza de los lazos e intensidad de las parejas. Los hechos funcionan como principal valor en la construcción de vidas.

Ekioh Yato, como lo hacen quienes ya no se sorprenden con el dinero, buscaba pagar por sucesos en lugar de cosas. Le gustaba compartir en la singularidad de lo extraño. A pesar de su mezquindad absoluta a la hora de los pequeños gastos, desde una cerradura hasta un par de zapatos, o aumentar el sueldo de su empleado, era un hombre generoso. Hay parejas, sobre todo las que sustentan su futuro en los objetos que los unen, y en ellos depositan sus recuerdos. Utensilios, refrigeradores cobrando sentidos amorosos y primeras vajillas superando el significado de un plato. Están las que, como Veronique y Bernard, se debían a la fuerza de los momentos y coincidencias. Mantuvieron cada uno su departamento; jamás contemplaron la idea de vivir juntos, aunque parecía que lo hacían. ¿Quién adoptaría la posición vulnerable de dejar su espacio para entrar al del otro?

Sophie y Marguerite eran el pasado presente del verdugo. La actriz ocupaba el presente. Futuro donde el porvenir apuntaba a la distancia.

Él seguía rescatando lo que más disfrutó de sus relaciones anteriores; no encontró pretexto para no pedir lo mismo a su actual compañera. El método de cocina aplicado a las relaciones humanas: los ingredientes, cuando funcionan, se mantienen y se condimenta con nuevas especias, hasta lograr un buen resultado.

Sus tres parejas provenían de un mismo grupo de intereses, compartían formaciones artísticas y sensibilidades, pero cada una era un universo. Veronique y Bernard se conocían en sus conflictos y perversiones. Ninguno perdía tiempo en eso que antes, con otros, se empeñaron en mostrar. Lo íntimo les dio rasgos, y en los rasgos se descubrieron al despertar juntos tres mañanas seguidas. Por lo menos cuatro noches de la semana las pasaban en el departamento de Châtelet; ahí las pláticas eran pocas e iniciaban luego de las bacanales. Veronique no dudaba de haberse ganado el derecho de portar la llave que él le dio a las pocas semanas de conocerse; para Bernard, esa entrega distaba del efectismo que tienen la cerraduras entre las parejas. Al dársela, sabía que ella interpretaría los elementos bien recibidos en búsqueda de un lazo estable, que hasta el más duro quiere aunque lo niegue. Si todo acabara, no sería necesario llamar a

un cerrajero para cambiar la chapa. El rechazo de los rompimientos y su capacidad para mantener una buena relación con el pasado le hacía suponer que la actriz nunca intentaría entrar sin saberse bienvenida.

Ekioh Yato ya estaba plenamente establecido en París, viviendo de las ganancias de sus negocios en Japón, que supervisaba mediante largas reuniones telefónicas desde su departamento. El resto del tiempo lo ocupaba en cuanto espectáculo se le atravesara: teatro, ballet, ópera, conciertos. Siempre sentado en primera fila. La tienda de conchas, si bien y de manera muy esporádica representaba algún ingreso importante, cumplía más la función de ser un evento. La posesión de cosas como experiencia.

De toda la cartelera parisina, únicamente no asistió a la *Fête de L'Humanité*. Su fortuna, construida a través de las tropas de ocupación americanas, le hacía alejarse de cualquier asunto vinculado con el Partido Comunista. Sus francos no ayudarían a nadie que supiera entonar *La Internacional*.

Perderse a Deep Purple, Roger Siffer, Alan Stivell, Joan Pau Verdier y Peter Gabriel resultó, según las críticas de todos los diarios, un costo demasiado alto por defender una postura ideológica. Incluyendo al *Le Figaro*, que en dos reseñas halagadoras, las cuales apenas pudo entender, no desaprovechó oportunidad para criticar a los organizadores.

Por una semana el japonés anduvo con mala cara. Como adolescente que, por castigo de sus padres, se queda con las ganas de escuchar a su *boys band* favorita.

La nueva ubicación de la guillotina en Fresnes redujo la frecuencia de los entrenamientos. El escuadrón se veía poco en el trabajo, en lo social ya nunca. Simón y Sophie esperaban un hijo. Bernard la vio una vez, embarazada; se cruzaron en la calle, ella comía un *gaufre* con puré de castañas y crema batida. No se atrevió a preguntarle nada. Imaginar los posibles nombres de la criatura se transformaría en tortura. Sebastián, el hijo que nunca tuvo, se hizo real en su cabeza. Pensó en qué apelativos tendría la lista que seguramente hicieron; una columna para niña, otra para varón. Todos los futuros padres hacen lo mismo; luego desechan personalidades. Imposible creer que alguien se comportará igual en su vida si debe responder hasta morir a un: Patrick, Adolf, Abel o Louis Denis. Los nombres compuestos son más complejos; quienes los llevan quedan sujetos a dos versiones de sí mismos. Cuando los unifican y adoptan el papel de un solo individuo, tienden a encontrar un tercero en su vida, suficientemente igual, con quien desdoblan su carácter escondido: Bernard Maurice no es *Bernardmaurice*, como *Jeanmichel*, *Annemarie*, *Louisdenis*. Ellos pueden

fácilmente hacer grandes amigos.

Le llamaron Cécile. Bernard se enteró por Chevalier, quien compró un oso felpudo de regalo, con una tarjeta que todos firmaron. Por la ausencia de trabajo, decidieron añadirle a la cuchilla de la guillotina unas pequeñas ruedas de metal con baleros al centro, extraídas de un juego de patines confiscados a un reo nuevo, Barthez, un chico de Lavelanet con nombre de pirata. Cada ejecutor aportó veinte francos para reembolsar el costo del muñeco de peluche, al que la pequeña Cécile llamó sin dudar, sin opciones: Dudú. Después, con la ayuda de un cronómetro en manos de Bernard, el escuadrón midió la velocidad con que cayó la navaja sobre el maniquí de paja. Las manecillas apenas se movieron. Un tercio de segundo menos, si los reflejos del ejecutor de remplazo no fallaron y le permitieron oprimir el botón correctamente. La *máquina* había mejorado.

Al salir de Fresnes, Bernard tomó el metro rumbo a *Coquialles du monde*. Ekioh Yato ya lo esperaba afuera de la puerta, montado en su bicicleta, para confirmar si la tienda se abriría en horario. Sacó del bolsillo de su pantalón el reloj-cronómetro que olvidó devolver a Chevalier y comprobó su puntualidad. Con una sonrisa en su rostro, el japonés le mostró tres boletos. Los sostenía con la mano izquierda.

—*Baleiina* —dijo con su característico acento. Recordaba las anécdotas de su sobrino, quien por la vergüenza de haberle visto los senos, omitieron la existencia de la actriz y dejaron al empresario suponer una y otra mujer eran la misma.

Eran cortesías para la segunda fecha de Peter Gabriel, promocionando su primer álbum solista. Regalo del conserje de Ekioh Yato, quien le conseguía boletos regularmente y recibía por ellos generosas propinas que duplicaban el costo de las entradas. Tacaño a la hora de pagar por trabajo, regalaba billetes a cambio de un pequeño séquito.

El 25 de octubre de ese año en Lille, cerca de la frontera con Bélgica, actriz, verdugo y empresario presenciaron un concierto que sólo el oriental disfrutó.

Pelea, un par de gritos seguidos por un beso. A la cama, en el sofá, sobre la mesa del comedor y en la cocina. La imposibilidad de estar juntos sin tomarse fue suficiente para que Bernard y Veronique permanecieran cerca sin aguantarse. Él le entregó los dos boletos regalados en homenaje a la profesión del verdugo, escape a la soledad del japonés. Ella se alegró. Viajaron en el mismo tren que el empresario, pero en un vagón distinto, de segunda clase. Las entradas eran obsequio, el traslado fue por cuenta de ellos. En Lille tampoco se cruzaron, evitaron acercarse al dueño de *Coquialles*. Occidente funciona como una plaga que contagia sus banales expresiones a los ajenos reticentes. Ekioh Yato, en las primeras filas, delante del

escenario, movía la cabeza y la pierna derecha esbozando bailar, desaforado.

Bernard nunca le corrigió a su patrón sobre la profesión de su pareja. Para evitar que la explosividad de su mujer lo comprometiera con un comentario errado, en el instante en que lo vio a lo lejos llevó a la actriz a uno de los baños portátiles instalados en los pasillos de acceso. Dentro de la cabina, Bernard limpió cada centímetro, acabándose el rollo de papel higiénico. Afuera, más de uno los escuchó por media hora. Ella gritaba. Sentada sobre sus piernas se movía con la falda levantada a la cintura. Él, pantalones abajo en el retrete cerrado, cubierto con una chamarra que creyó dejar abandonada. Al terminar, Veronique giró sus hombros, abrió su bolso de tela pintada con batik y sacó un pequeño sobre de papel encerado. Le extendió la mano mostrando un par de pastillas color arena. Ignorando sus efectos, aventurándose a lo que pensaban tendría como máxima consecuencia una terrible resaca, ingirieron la nada pequeña dosis de una sustancia que provocó efectos desastrosos en el ejecutor.

Un amigo de la actriz, el mismo que la ayudó a robar el gafete de Bernard, había regresado de un viaje a Dallas. Con él llegaron a Francia un buen número de las píldoras de moda en las fiestas de las universidades. Para evitar los controles de seguridad en los aeropuertos, en especial el americano —aunque los franceses también eran de cuidado—, envolvió las pastillas en trozos de cinta adhesiva y las pegó a su vello púbico. Confió en el olor natural de su cuerpo para ocultar cualquier rastro de su contrabando, detectable por los perros que buscaban explosivos en todos los vuelos entre Estados Unidos y Europa, sobre todo después de una racha de atentados perpetrados por grupos de corte islamista, en particular el encabezado por un terrorista venezolano llamado Carlos, *El Chacal*, a quien Bernard conoció en La Santé.

El compuesto, lejos de producir el sentimiento de cercanía y euforia que a Veronique le fue ofrecido, mandó a Bernard al suelo por tres horas. Una taquicardia de proporciones épicas, según recordó, le hizo experimentar por única vez la sensación de los condenados al perder la cabeza. Terror y una constante serie de escalofríos, húmedos por el sudor helado brotando de su frente y manos, lo acercaron a la muerte de forma empática, como ocurre con los maridos de embarazadas cuando dicen sentir los dolores de sus mujeres. Un par de asistentes al concierto ayudaron a la actriz, afuera de los sanitarios. Le colocaron a Bernard compresas sobre la frente, utilizando la chamarra que había dejado en el baño, empapándola con el agua del escusado, hasta que los efectos pasaron.

Primera experimentación con resultados poco deseados. Cada quien tiene sus espacios, y los encontraron por fin a las semanas de aquel

incidente. En ellos recayó el resto de su relación.

Esos tres días en Lille pidieron un poco de distancia y nuevamente se dejaron de ver, ahora por dos noches. Fue ella quien volvió a su puerta, tarde, contenta, recurrente. Cargaba dos píldoras dentro de un pastillero de los que usan las señoras viejas, de plata o algún metal barato, bañado con otro más fino. Con un dibujo de flores hecho a mano, sobre la cerámica laqueada de la tapa.

Para finales de los setenta no existían exámenes de dopaje para la policía. Bernard admitió que entre sus obsesiones no se encontraba la gente. Lo privado se convertía en el refugio para ser quien realmente era, un hombre cariñoso y solo, buscando amar. Durante casi dos años, la pareja se encerraba cada mes un fin de semana, para sumergirse en lo que quedaba de su relación. En ese espacio no necesitaban hablar de lo cotidiano, tampoco de planes y futuros, simplemente decir que se querían, y para quererse, necesitaban ayuda. Ya habían encontrado dónde comprar pastillas en París.

Desayunaban el sábado terminando la mañana, cuando el hambre avisaba que el mediodía se acercaba y sus estómagos estaban vacíos. Bernard planeaba las semanas previas a ese momento escribiendo recetas en su pequeño cuaderno, el que se parecía al de su amigo argelino. Preparaba sus mejores inventos matinales: albahaca, aceites con sabores superiores al de simple oliva y especias que, después de esa época, nunca más volvió a emplear. Tres meses le dejaron un control ejemplar en las espumas hechas con claras de huevo, salsas precursoras de la cocina molecular que tanto despreció de viejo. Mucha agua a lo largo del día y luego, acercándose la tarde, se desnudaban a manera de ritual. Vestían con sus pijamas favoritas, él en pantalón largo sin camisa y ella un camisón corto, fácil de quitar. Comprimido en la boca de cada uno, un trago de agua y a esperar. Media hora para los efectos que, con la práctica, tuvieron absolutamente amaestrados. Un cigarro servía como detonador: tabaco mezclado con hachís comprado a un recluso bajo la protección del viejo argelino. Se volvían a desnudar, ahora uno al otro, y permanecían así por más horas de las que se daban cuenta. La dilatación de sus pupilas ocupaba el lugar del reloj; al desparecer el iris de los ojos, una sonrisa y una caricia esfumaban el mundo.

Una de esas noches, la euforia ausente en la primera ocasión hizo saltar a Bernard de la cama, con el ridículo colgante de los hombres al pararse desnudos. Esa debería ser una acción solo permitida para las mujeres, le reclamó ella más de una vez. Abrió el cajón de su buró, sacó su pequeña caja de reiteraciones y le pidió a la actriz que se casara con él. Nunca esperó que le devolviera el anillo, tampoco hubo llamada dando la noticia.

Los días de sobriedad eran útiles para aguardar aquellos momentos,

pero el riesgo metido entre sus acciones fue demasiado para que siguieran juntos. Al inaugurarse el Forum des Halles a finales de 1979, ella participó en las protestas que exigían se incluyera una sala de conciertos en el complejo comercial. Un teatro, por mínimo que fuera. El verdugo disfrutaba caminar entre los pasillos flanqueados por los escaparates de las tiendas y beber café, sentado en los establecimientos de su jardín interior. Ahí se agarraron a gritos ante la indiferencia de la gente. Fue la última vez que se vieron. Bernard sólo hablaba de las conchas en la tienda y a veces, con entusiasmo, de los platillos que horrearía, decidido a alejarse de la estufa. Ávido por explorar nuevas formas de cocina.

Los socialistas ganaban una medida simpatía entre los electores. Con Badinter junto al próximo presidente, adoptaron la abolición de la pena de muerte como bandera de campaña. Los ecos de un gobierno de izquierda en Europa occidental llevaron a las prensas de todo el mundo a imprimir cada paso de los liberales franceses.

Ekioh Yato dudó en mantener su residencia tras leer el encabezado del *Yomiuri* enterrando la candidatura de Giscard, sepultado por la crisis y la falta de empleo en el continente.

En México, Clóe sonrió y pensó en la catalana al leer las noticias internacionales del *Excélsior*. Justo entre la sección dedicada a los países socialistas y el par de páginas que daban nota de curiosidades científicas y tecnológicas, la comunidad médica internacional se angustiaba con las primeras observaciones de una pandemia que atacaba el sistema inmunológico. En una nota más pequeña, confirmaban que el vidrio no era un líquido como se pensaba, sino un sólido viscoso.

El 10 de mayo de 1981, con una diferencia de menos de cuatro puntos, Mitterrand ganó las elecciones. Los socialistas también obtuvieron la mayoría del Senado y el 26 de agosto del mismo año, el Consejo de Ministros aprobó pasar la enmienda que pedía la abolición del castigo capital. El documento fue presentado por Robert Badinter en la Asamblea Nacional y veinticuatro horas después, aprobado con trescientos sesenta y tres votos a favor, ciento diecisiete en contra.

A la semana, en Haut-Rin, provincia demasiado poblada en la región de Alsacia al noreste del país, un hombre acusado de asesinato no se presentó ante la corte para recibir sentencia. La costumbre de los tribunales lo hubiera sentenciado a la guillotina. Sus abogados sabían que no iba a ser necesaria ninguna apelación.

Para finales de mes, la enmienda fue aprobada por las dos cámaras.

El 9 de octubre de 1981, Francia decretó la abolición de la pena y al día siguiente, el *Diario Oficial de la República Francesa* publicó entre sus páginas el primer artículo de la ley número 81-908:

La peine de mort est abolle.

Bernard, Chevalier, Simón, Erick y los otros perdían su trabajo. Fueron citados al Ministerio de Justicia para recibir un reconocimiento por sus servicios. Medalla colgando de un listón tricolor; azul, blanco y rojo. Una estrella de varios picos rodeando el centro redondo con el escudo de la República, más una pensión vitalicia, equivalente a su sueldo sin restarle un solo centavo. El Estado era consciente de la carga depositada sobre esos hombres; sólo Bernard había tenido un segundo empleo. Ya sus compañeros lo habían visto con recelo por tener más ingresos que ellos, y como ocurrió con él, la experiencia de los ejecutores no iba a ser necesaria en ningún otro campo. Vistió como los demás, con uniforme de gala. No lo usaba desde la función en el Palacio de Garnier, cuando Simón conoció a Sophie. El tiempo había sido duro con sus cuerpos: los botones metálicos brillaban poco y entraban con esfuerzo en los ojales de las chaquetas.

El ministro Badinter los hizo esperar en una biblioteca, sirviendo de antesala. Sus libros perfectamente acomodados le hubieran hecho gracia a la bióloga, pero no fue hasta unos meses después que se conocieron. Impulsada por el llamado de la memoria de su padre y el sueño de un gobierno socialista, Clóe decidió viajar a París.

Abrió la puerta cerrada por el inicio del invierno.

—Hola, Mexique, *Gloriamaris* —lo dijo asintiendo con la cabeza a cada una de las tres palabras que salieron de sus labios, mostrando una sonrisa de lado a lado. Al entrar a *Coquialles du monde*, el ejecutor le dio la bienvenida. Una turista perdida, seguramente, pensó, preguntando, como era común para esos años, por los pasos de la Maga de Cortázar.

Aunque Cláe no hablaba francés desde su adolescencia, las palabras salieron sin problema. La lengua de una hija de académicos de otras épocas distaba del caló de las prisiones. Las pausas hacían frases claras, Bernard decía todo con prisa y era su falta de aliento la que ponía los puntos en sus oraciones. El *bourreau* llevaba casi dos años sin pareja, había amado tanto que creyó le era imposible volver a hacerlo.

—El amor se acaba, cada quien tiene una dosis y va encontrando su límite a cada relación —con tristeza le confesó a Cláe.

Su sexualidad encontró consuelo en prostitutas a domicilio: las contrataba para observarlas mientras se masturbaba. Como era de suponerse, con la edad sus manías sólo se acentuaron. De no dejar que lo tocaran, pasó a marcarles una distancia: dos metros como mínimo para evitar algún tipo de suciedad. Cerraba los encuentros por Minitel, fue uno de los primeros usuarios del aparato. El tercero según los registros de la PTT (Poste, Téléphone et Télécommunications), que al dividirse en dos empresas a principios de los noventa le regalaron un año de servicio a cargo de Telecom France en recompensa por su antigüedad.

Bernard convenció a Cláe de pocas cosas en la vida, y una de esas era que los sentimientos no se encuentran en medio del pecho, porque cuando las emociones se sienten, siempre lo hacen arriba de la cintura. Al tener los asuntos del estómago y corazón resueltos, intentó ignorar las llamativas caderas de la bióloga por unos meses, aunque era innegable el gozo de su mirada al verlas, y ella lo dejaba.

La primera vez que se encontraron, estaba cubierta con un abrigo de viajero no habituado a climas fríos. Grande, estorbando más de lo que calentaba pero dando la sensación de veintiocho grados. Esa que obliga a la gente de aires templados a comprarlos apenas se imaginan sufriendo las inclemencias de un poco de aguanieve.

Eulalia había omitido detalles en la descripción del vendedor de conchas; jamás mencionó su gran nariz. Al entrar a la pequeña tienda,

Cloé no pudo evitar prestarle tanta atención a esa extensión facial como la que otorgaba a los caparazones de los moluscos.

Bernard le mostró cada una de las conchas del escaparate. Más por amabilidad que por el recuerdo de la carta que ella había enviado años atrás.

—Excusez-moi, arrêtez... —Clóe lo interrumpió.

La bióloga abrió su gigantesco abrigo y de su cartera sacó una foto de su padre, prácticamente idéntico al hombre que tenía enfrente. Barba un tanto más que rala y ojeras no de sueño, como de una vida muy larga.

—El paso de la miseria deja huellas —decía el ejecutor. Las arrugas de su afilada cara mostraban las grietas formadas entre la boca y las mejillas, arriba de los pómulos, alargando los ojos en los pliegues que salen de los párpados. La piel demasiado blanca se arruga fácil, puede dar a los cincuenta una apariencia de setenta.

Después de ese primer encuentro, se reunieron tres veces por semana. De 1981 a 1995, mientras ella vivió en Europa y el presidente Mitterrand ocupó el Élysée.

Se veían en distintos cafés, primero cercanos al Musée de l'Homme, donde ella encontró su primer trabajo. Luego, en el comedor del Palais de la Découverte. Ahí se encargó de curar la colección de fósiles, gracias a unas impecables credenciales y a la recomendación de un comité universitario que no tuvo ningún problema en alejarla de sus aulas.

Cuarta mesa en la Découverte, cerca de la cafetera de autoservicio.

—Los humanos somos patrones, no tendremos figuras impresas en nuestra piel, pero existe esa fortuna matemática en la que repetimos lo aprendido.

La elocuencia de la catalana llegó en voz de una mujer joven que encontró un alumno en el vendedor de conchas.

Bernard tenía con quien compartir cada una de las recetas de una vida dedicada a hacer feliz a través del estómago. De esas fechas eran sus últimos refractarios. Lunes, miércoles y viernes comía con ella. Martes y jueves con Al-Khabar.

—¿En qué momento de la evolución decidimos que matar no es correcto? —Clóe le preguntó al terminar un *fondant* de chocolate y dátil. El primer postre que aprendió a hornear.

—El sentido de justicia no forma parte de nuestra conformación animal. En ella, lo justo es que el líder de la manada coma primero sus alimentos, ataque al nuevo del grupo para hacerlo entender quién toma antes el pedazo de carne entre sus dientes, siempre el más grande. La muerte en las otras especies es un trámite, se elimina al débil. Lo hace la madre lobo con el enfermo de sus cachorros. Matar en el terreno salvaje es justo, pero los hombres decidimos dejar de

serlo, y no por el desarrollo genético con el que nuestros dedos meñiques van desapareciendo. El avance de nuestra conformación social es el rasgo evolutivo más claro, menos lento.

Prendió un cigarro, le ofreció uno a Bernard. De la mesa, él tomó el encendedor y lo acercó. Siguió escuchándola, peinándose la barba con las uñas perfectamente cortadas.

—Pasaron millones de años para levantar las patas delanteras, para perder el abrigo que nos cubría tanto en invierno como en verano. Nuestros dientes llegaron a hacerse inútiles para desgarrar los músculos de las presas en muchos, muchos más lustros que los que nos tomó pasar de la manada a la familia. El desarrollo social es rápido en términos evolutivos. Nuestro cerebro define cosas que nos son familiares desde las primigenias civilizaciones de Ebla. No ha pasado demasiado desde entonces. Nuestra conciencia de la muerte es nueva, antes teníamos otra, que no tenía que ver con la justicia como lo es ahora.

—Nosotros éramos la justicia —dijo el ejecutor. Su respuesta era más bien una pregunta. Bernard señaló la cajetilla de cigarros, ella asintió.

—Bien sûr! —la bióloga le acercó el encendedor prendido—. Conformamos el Estado para proteger nuestra construcción social. Decimos que es el único con derecho a aplicar la fuerza en cuanta situación lo pida, para preservar el orden. Supervivencia de primera categoría, pero su papel tiene límites. No puede ponerse al nivel del ciudadano, por eso no debe matar. —Bernard volvió a escuchar los argumentos de Veronique, sin gritos ni blasfemias—. Porque nunca puede dictar lo definitivo de la existencia. Tú, tus amigos, el verdugo, el ejecutor, el que castiga, debe dejar de tener la forma de uno de los suyos. El Estado no es un común, el que tira del seguro de la guillotina sí.

Los dos soltaron una bocanada de humo. Bernard se sentía el más viejo vestigio de salvajismo en medio de las instituciones. Sentenciado de forma gratuita.

Para 1981, en Francia cayó la última condena y lo hizo sobre los entrenados para acabar con la vida.

—Tú, el espectador, el asesino de nadie —le dijo a Bernard mientras lo consolaba con pena y cariño.

A un ejecutor que pasó su vida sin matar, sólo le quedaba esperar su propia muerte.

Cléo fue la oportunidad de redención. Hakim al-Khabar, su conducto. Ekioh Yato, el final.

El dueño de *Coquialles du monde* le recomendó a Bernard una película japonesa, exhibida en las salas Gaumont dentro de una muestra de cine oriental. Cléo pagó por los boletos, tenían el acuerdo

de intercalarse los gastos de sus salidas. Primero uno, luego la otra. Juntos vieron a los ancianos protagonistas de la cinta viajando en pareja para morirse, posiblemente por miedo a la soledad.

—Es como la historia de los elefantes que van a morir solos —recordó él al salir de la sala.

—Tampoco es que seamos muy sofisticados.

Él traía sus manos dentro de las bolsas del saco. Cloé lo agarró del brazo, sosteniéndose. Abrazándolo.

Para principios de los ochenta, Bernard rondaba los cuarenta y seis. Según los estándares de la época, estaba a cuatro de ser considerado alguien mayor. La bióloga franco mexicana, treinta y uno. Pero Cloé nunca fue realmente joven, no le había interesado serlo.

También les gustaba reunirse en parques sin niños, caminar las catacumbas y mercados de arte. Ella compró tantos cuadros como pudo y al quedar sus paredes llenas, empezó a colocarlos en las del departamento de Châtelet.

Sólo en una ocasión en más de una década, muy al principio, se acercaron a lo frágil.

Sentados en el sillón que acompañó al ejecutor en varias parejas, Cloé puso la mano entre sus piernas y él se dejó hacer sin siquiera pensar en obsesiones y limpieza. Se vieron a la cara mientras ella movía su mano. No pasó de eso, si acaso le acercó la boca al acabar. Volteó nervioso a ver cada esquina del cuarto, recordando el anillo que no había regresado a su habitual escondite. Por fin había encontrado una mujer a quien no le pediría matrimonio. Ese único experimento sexual fue suficiente para ambos, el exceso de seducción cumplió el propósito de aclarar si su continuidad podría destruirlos. Al encontrar en el placer de la vista una respuesta afirmativa, se molestaban hablando de un instante que ambos ansiaban se repitiera.

Jugaron a gustarse, a no juzgarse, a vivir como un par de medios hermanos que compartieron cama un día, cuando adolescentes, y jamás se atreverían a repetir la intimidad.

El segundo año nuevo de Cloé en París fueron juntos al departamento de Ekioh Yato. Los había invitado a cenar el día siguiente al que ella se presentó en la tienda, para llevarlo a cenar. Ese diciembre las ventas navideñas pidieron ampliar el horario de atención nocturna. Bióloga y japonés coincidieron gracias a una pareja indecisa, que tardó en elegir una simple voluta de cuarenta francos.

Cuando le mencionó el nombre de su maestra, el japonés no tardó en recordar a la catalana. Por respeto a aquella mujer desafiante, en cuanto entraron a su sala la dejó ver el *Gloriamaris*, reliquia codiciada por el reducido mundo de malacólogos. Dos horas pasó observándolo. Dio vueltas alrededor de un cubo de vidrio grueso. Adentro, colocado sobre un soporte de acrílico hecho a la medida para sostenerlo, las

líneas del molusco dieron razón a todas y cada una de sus horas de estudio. La muesca para el tentáculo mortal había desaparecido, la pigmentación también cambió de forma ligera. El molusco se empezaba a alimentar de plantas. Los flamencos a punta de minúsculos camarones se tornan rosados, el plancton trae colores más ocres.

—Pobre, perdió el gran placer de los carnívoros —concluyó satisfecha.

Bernard nunca habló con Ekioh Yato sobre la abolición que le quitó su empleo principal. El japonés lo supo, al final. Había aprendido a hablar francés y compraba *Le Figaro* para alternarlo con su diario importado. Mantuvo la boca cerrada, para no obligar al antiguo ejecutor a confrontar la pérdida del oficio.

Los horarios de *Coquialles du monde* nunca más cambiaron mientras permaneció abierta. El tiempo antes asignado para entrenarse en la guillotina, ahora estaba destinado a las lecturas que Clóe le acercaba.

Visitaron cuatro veces más el departamento del japonés. En uno de los balcones con vista al río, Bernard le enseñó al oriental cuanto insulto éste pudiera pronunciar y ella contempló la concha hasta que, sin poderla sostener entre sus manos, no hubo más provecho que le pudiera sacar.

Cuando Ekioh Yato se negó a venderle a Eulalia el *Gloriamaris*, lo hizo determinante pero con absoluta corrección, pero la brusquedad de los occidentales se había instalado en aquel hombre aunque cruel, antes discreto. No dejó a la bióloga ni siquiera de ofrecer una suma de dinero que bien sabía le costaría reunir, y al dueño de la concha poco le podría interesar.

La ventaja de los insultos que pueden ser dichos.

La confianza no se gana, sólo se pierde; una vez establecida dentro de los códigos de las personas, se le da entrada a la camaradería. Al romperse las relaciones, la brutalidad del desencuentro es mayor a la distancia y violencia de un par de extraños haciéndose daño.

La salida con prisa del séptimo piso obligó a la pareja a bajar por las escaleras saltándose peldaños. Evitaron los gritos del japonés dispuesto a mezclar en una sola palabra el *conard-merde-putain-papapa* que escucharon al esperar por un segundo la llegada del ascensor, que, impulsado con un sistema de cuerdas, motor tan viejo y a la vista, tardaba usualmente varios minutos en recorrer su camino.

Bernard no sentía el poder de la humillación desde las catacumbas de su pubertad.

Cargada de culpa por haber provocado una pelea con resultado previsible, Clóe tocó a la mañana siguiente la puerta del departamento de Châtelet. Sentimiento brutal, por ella se han construido y destruido culturas.

Bernard le dio la bienvenida con una mirada de reclamo silencioso. Salieron tras un beso en la mejilla; lo llevó a un lugar que descubrió caminando durante la noche, cerca de la sucursal bancaria donde el ejecutor alquiló una caja de seguridad.

Caminaron unos dos kilómetros sin hablarse. Llegaron a una camioneta, especie de casa rodante, estacionada en la esquina del Boulevard des Italiens y Rue de Gramont. La decoraban pinturas de crepas rellenas y *gaufres* cubiertos. Una de las paredes del vehículo abría de la mitad hacia arriba, a manera de ventana que terminaba sirviendo como extensión del techo. En su interior, dos franceses preparaban los alimentos —esos puestos aún eran atendidos por locales—. Ella pidió por ambos. Crepa con jamón del país, queso, champiñones y huevo, mucha pimienta y poca sal. Más un *gaufre* con puré de castañas y crema batida. Rebosantes los dos, como los que un día le platicó su madre en la nostalgia. Difíciles de comer sin perder la dignidad por lo grande de la mordida.

Las narices terminaron llenas de comida. Con el tamaño de la de Bernard, eso no resultó tan complicado.

Se separaron y el antiguo ejecutor fue a la tienda de conchas para iniciar su jornada. Encontró las ventanas cubiertas con periódicos. Páginas de *Le Figaro* y el *Yomiuri* impedían ver al interior. En la cerradura, la entrada de la llave estaba cubierta con un trozo de madera, mal claveteada. Esperó por horas, sentado en una puerta que nunca volvió a abrir.

El antiguo ejecutor se despedía de lo que quedaba de su vida. El resto de ella, un simple tránsito.

A Ekioh Yato lo siguió viendo a lo lejos, espiándolo en la calle abajo de su departamento. Caminando a la licorería donde compraba cada semana tres botellas para embriagarse. Su única compañía: ron antillano, whisky americano, absenta checa y una concha.

Bernard no se despidió de Cloé. Ella regresó a México el año que Jacques Chirac ganó las elecciones presidenciales y con él regresó la derecha al poder. En su lugar visitó por última ocasión a Hakim al-Khabar, quien murió al lunes siguiente. Asistía a La Santé cumpliendo su cita como lo hacen quienes ven a sus padres en los asilos. El argelino llevaba tiempo sin ocultar su pasado. La demencia de la edad le permite a las máscaras dejarse de lado y dos veces por semana, el ejecutor escuchó al fantasma de ese hombre contarle las razones que lo llevaron a la cárcel. Desvaneciéndose.

Su amor por la cocina comenzó con la preparación de recetas *sui generis*. Instruía a sus discípulos en el norte de África, que buscaba ser independiente. Medio Oriente comenzaba a pelear, como lo siguió haciendo para siempre. Las confesiones que nunca lograron los jueces, las obtuvo el verdugo. Una sesión completa para que el argelino explicara el funcionamiento de algunos de sus inventos: focos inyectados con gasolina se transformaban en pequeños y discretos explosivos al ser encendidos. De pinturas de uñas había logrado extraer el cianuro necesario para envenenar a una persona en tres días. Nitroglicerina casera hecha con limpiador de plata, al que dejaba tomar la temperatura ambiente para mezclarlo con el ácido sulfúrico de la batería de un auto. Metía los dos líquidos en un congelador y al llegar a los diez grados, unas gotas de glicerina comprada en la farmacia permitían la nitración de un producto listo para detonar. Como si se tratara de una salsa, tenía que ser cuidadosamente decantada en agua. Minutos de reposo y quedaba una mezcla espesa. Vaciaba el exceso de líquido y a su restante lo estabilizaba en bicarbonato de sodio. Combinando esa preparación con un poco de fruta congelada, sin azúcar para evitar una reacción química indeseada, más dos onzas de jugo de chabacano o té verde y un ligero toque de grenetina, se obtenía el perfecto y estético contenedor de un postre mortal.

Cloé le escuchó a Bernard preguntar sobre la posibilidad de las recetas. Sabía suficiente química. El argelino nunca mintió.

Último encuentro dentro de los muros de La Santé, la vejez busca aconsejar por sentir que otros le seguirán. El bereber le pidió al ejecutor no irse sin despedir a esa mujer.

Había hablado tanto de ella que no se atrevió a decirle adiós. Aún le faltaba encontrar su camino hacia la tumba. Epitafio hecho acción.

—Todos moriremos, matón. La experiencia debe ser fantástica, pero jamás podrá ser contada.

En enero de 2014, Bernard salió de una sucursal de DHL. Se limpió las manos con sus toallas húmedas y, aprovechando las bajas temperaturas del invierno, preparó una gelatina con mermelada de frutas rojas, crema y un poco de jalea de jengibre.

La policía responsabilizó al poco mantenimiento de las tuberías de gas por la fuga que provocó la explosión y total destrucción del departamento de Châtelet. No se encontró relación entre ese incidente y la muerte sin resolver de Ekioh Yato, doce años atrás. Hallado a la orilla del Sena, flotando con un cuchillo de limpiar pescados atravesándole la parte posterior del cuello.

Cuatro días después, en México, una camioneta de mensajería pidió permiso para estacionarse frente al Instituto de Biológicas de la Universidad Nacional. Traía un paquete con la indicación precisa de ser entregado en las manos de Cloé Gilbert. En su interior, el *Gloriamaris* del japonés, acompañado de una carta escrita a mano.

Enero 2014

Querida Cláe,

La claridad del fin hace que uno quisiera ser más joven para vivir la lucidez de este momento antes de la muerte.

Bernard Maurice Reynaud
Ejecutor suplente de presos criminales
República Francesa

Janvier 2014

Chère Cloé,

La clarté de la fin nous fait souhaiter d'être plus jeunes pour vivre la lucidité de ce précis moment avant la mort.

Bernard Maurice Reynaud.
Exécuteur remplaçant de prisonniers criminaux
République française

Agradecimientos:

A Carlos Campillo, por la lectura que trajo este libro. Jorge Alberto Gudiño, por las recomendaciones de un lector. Jorge G. Castañeda y Pedro Sáez. Ana y Erick, que se saben en las páginas. Enrique Bellato, gran amigo. María, quien siempre escucha. Mariana, por la danza. Diego y Pri. Yuriria Sierra, tantas coincidencias. Begné, Ziehl y Chellet, queridos vietnamitas.

Ramón Córdoba y Marcela González Durán, los mejores cómplices.

Mayra, Miriam, Jeanette, Marisol, Carlos y todos en Alfaguara. Samy y Esteban, gracias.

A Adriana, siempre a Adriana.

Diego, Mica, Uma, Gato, Laia y Camila.

LA CARTA DEL VERDUGO

D. R. © Maruan Soto Antaki, 2014

D. R. © 2014, derechos de edición mundiales en lengua castellana:
Santillana Ediciones Generales, S.A. de C.V., una empresa de
Penguin Random House Grupo Editorial, S.A. de C.V.
Av. Río Mixcoac 274, col. Acacias, C.P. 03240
México, D.F.

www.alfaguara.com/mx

Comentarios sobre la edición y el contenido de este libro a:
megustaleer@penguinrandomhouse.com

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía, el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-607-11-3407-3
Conversión libro electrónico: Kiwitech

Alfaguara es un sello editorial del Grupo Penguin Random House

www.alfaguara.com

Argentina
www.alfaguara.com/ar
Av. Leandro N. Alem, 720
C 1001 AAP Buenos Aires
Tel. (54 11) 41 19 50 00
Fax (54 11) 41 19 50 21

Bolivia
www.alfaguara.com/bo
Calacoto, calle 13, n° 8078
La Paz
Tel. (591 2) 279 22 78
Fax (591 2) 277 10 56

Chile
www.alfaguara.com/cl
Dr. Aníbal Ariztía, 1444
Providencia
Santiago de Chile
Tel. (56 2) 384 30 00
Fax (56 2) 384 30 60

Colombia
www.alfaguara.com/co
Carrera 11A, nº 98-50, oficina 501
Bogotá
Tel. (571) 705 77 77

Costa Rica
www.alfaguara.com/cas
La Uruca
Del Edificio de Aviación Civil 200 metros Oeste
San José de Costa Rica
Tel. (506) 22 20 42 42 y 25 20 05 05
Fax (506) 22 20 13 20

Ecuador
www.alfaguara.com/ec

Avda. Eloy Alfaro, N 33-347 y Avda. 6 de Diciembre
Quito
Tel. (593 2) 244 66 56
Fax (593 2) 244 87 91

El Salvador
www.alfaguara.com/can
Siemens, 51
Zona Industrial Santa Elena
Antiguo Cuscatlán - La Libertad
Tel. (503) 2 505 89 y 2 289 89 20
Fax (503) 2 278 60 66

España
www.alfaguara.com/es
Avenida de los Artesanos, 6
28760 Tres Cantos, Madrid
Tel. (34) 91 744 90 60
Fax (34) 91 744 90 19

Estados Unidos
www.alfaguara.com/us
2023 N.W. 84th Avenue
Miami, FL 33122
Tel. (1 305) 591 95 22 y 591 22 32
Fax (1 305) 591 91 45

Guatemala
www.alfaguara.com/can
26 avenida 2-20
Zona nº 14
Guatemala CA
Tel. (502) 24 29 43 00
Fax (502) 24 29 43 03

Honduras
www.alfaguara.com/can
Colonia Tepeyac Contigua a Banco Cuscatlán
Frente Iglesia Adventista del Séptimo Día, Casa 1626
Boulevard Juan Pablo Segundo
Tegucigalpa, M. D. C.
Tel. (504) 239 98 84

México
www.alfaguara.com/mx

Avenida Río Mixcoac, 274
Colonia Acacias
03240 Benito Juárez
México D. F.
Tel. (52 55) 54 20 75 30
Fax (52 55) 56 01 10 67

Panamá
www.alfaguara.com/cas
Vía Transísmica, Urb. Industrial Orillac,
Calle segunda, local 9
Ciudad de Panamá
Tel. (507) 261 29 95

Paraguay
www.alfaguara.com/py
Avda. Venezuela, 276,
entre Mariscal López y España
Asunción
Tel./fax (595 21) 213 294 y 214 983

Perú
www.alfaguara.com/pe
Avda. Primavera 2160
Santiago de Surco
Lima 33
Tel. (51 1) 313 40 00
Fax (51 1) 313 40 01

Puerto Rico
www.alfaguara.com/mx
Avda. Roosevelt, 1506
Guaynabo 00968
Tel. (1 787) 781 98 00
Fax (1 787) 783 12 62

República Dominicana
www.alfaguara.com/do
Juan Sánchez Ramírez, 9
Gazcue
Santo Domingo R.D.
Tel. (1809) 682 13 82
Fax (1809) 689 10 22

Uruguay

www.alfaguara.com/uy
Juan Manuel Blanes 1132
11200 Montevideo
Tel. (598 2) 410 73 42
Fax (598 2) 410 86 83

Venezuela
www.alfaguara.com/ve
Avda. Rómulo Gallegos
Edificio Zulia, 1º
Boleita Norte
Caracas
Tel. (58 212) 235 30 33
Fax (58 212) 239 10 51